

A stylized illustration of a man from the chest up, wearing a red suit jacket, a white shirt, and a dark tie. He is holding a large, light-colored sheet of paper that covers the lower half of the image. The background is white with some faint, light-colored rectangular shapes on the left side, suggesting a wall or a display. The man's face is partially visible at the top, showing a slight smile.

El invierno del comisario Ricciardi

Maurizio
de Giovanni

Lectulandia

Si pudiera decirlo, lo diría así: me llamo Luigi Alfredo Ricciardi, y veo a los muertos...

Estamos en Nápoles y corre el año 1931, una época en que el fascismo en Italia goza de sus momentos de gloria. Es invierno, y la ciudad parece adormilada por el frío, pero el comisario Ricciardi no para de trabajar. Hombre de pocas palabras, solitario y terco, ha heredado de su madre un extraño poder: ve el último gesto de las víctimas de muerte violenta y escucha sus últimas palabras. Ése don le permite meterse de lleno en las investigaciones, pero le obliga a compartir parte del dolor de quien ha muerto. De ahí sus silencios y su mirada a veces extraviada.

En este primer caso vemos a Ricciardi en los camerinos del Teatro San Carlo de Nápoles. Ahí el gran tenor Arnaldo Vezzi, artista admirado por su talento y amigo personal de Mussolini, ha sido brutalmente asesinado justo antes de subir al escenario para cantar *I Pagliacci*. Poco a poco iremos descubriendo el verdadero carácter de Vezzi y veremos cumplirse una vez más la ley de Ricciardi: las víctimas de un crimen, vengan de donde vengan, hagan lo que hagan, sean pobres o ricos, acaban muriendo por hambre o por amor.

Con este relato se inicia la larga serie de novelas dedicadas al comisario Ricciardi, unos libros donde la intriga es importante, pero cuenta también y sobre todo ir disfrutando de la buena literatura y de la vida de Nápoles en la época del fascismo, un tiempo que parece repetirse hoy sin descanso y con mucho descaro.

Lectulandia

Maurizio de Giovanni

El invierno del comisario Ricciardi

Comisario Ricciardi 1

ePub r1.0

P31µµ5 27.08.13

Título original: *Il senso del dolore. L'inverno del commissario Ricciardi*

Maurizio de Giovanni, 2007

Traducción: Celia Filipetto Isicato

Editor digital: P3lμdμ5

ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

A mi madre.

El niño muerto estaba de pie, parado en el cruce de Santa Teresa y el Museo. Miraba a los dos muchachos que, sentados en el suelo, jugaban a canicas. Los miraba y repetía: «¿Juego? ¿Puedo jugar?».

El hombre sin sombrero notaba la presencia del niño muerto incluso antes de verlo, pero mantuvo la vista al frente y apuró el paso. Dejó atrás a los dos muchachos que, con expresión seria, seguían jugando. Niños pobres, pensó.

Luigi Alfredo Ricciardi, el hombre sin sombrero, era comisario de policía de la brigada móvil perteneciente a la Real Jefatura de Policía de Nápoles. Tenía treinta y un años, los mismos que llevaba el siglo. Nueve de la era fascista.

No era pobre el niño que jugaba solo en un patio de la casa solariega de Fortino, en la provincia de Salerno, una mañana de julio de hace un cuarto de siglo. El pequeño Luigi Alfredo era el único hijo del barón Ricciardi di Malomonte; de su padre, fallecido muy joven, no guardaría recuerdo alguno. La madre siempre estuvo enferma de los nervios y murió en un sanatorio cuando él, ya adolescente, estudiaba en un colegio de los jesuitas; de ella conservaría su última imagen, la tez morena, el pelo encanecido prematuramente a los treinta y ocho años, los ojos febriles. Diminuta, en una cama demasiado grande.

Hubo una mañana de julio en que su vida cambió definitivamente. Había encontrado un pedazo de madera que se había convertido en el sable de Sandokán, el Tigre de Malasia; muy poco tardaban en hacerse realidad los cuentos de Mario, el granjero enamorado de Salgari en cuya compañía pasaba largas horas, con los ojos entornados, conteniendo la respiración. Armado de esa manera no temía a las fieras ni a los enemigos desalmados, pero necesitaba una jungla. Junto al patio había un pequeño viñedo donde le estaba permitido entrar. Le gustaban la sombra de las anchas hojas de las vides, el frescor inesperado, el zumbido de los insectos. Con la audacia que le daba su sable, el pequeño Sandokán se internó en la oscuridad, avanzando silencioso por su selva imaginaria donde, en lugar de cigarras y abejorros, se imaginaba papagayos multicolores y casi oía sus exóticos reclamos. Una lagartija se lanzó por el sendero y surcó la grava; él la siguió, levemente doblado hacia adelante, la lengua asomando entre los labios, los ojos verdes concentrados. La lagartija giró y cambió de trayectoria.

Sentado en el suelo, debajo de una rama de vid vio a un hombre; se encontraba en una zona en penumbra, como si buscara guarecerse de la feroz canícula de aquel terrible mes de julio en la jungla. La cabeza inclinada, los brazos caídos al costado del busto, las manos tocaban el suelo. Parecía dormido, pero tenía la espalda rígida y

las piernas, estiradas en el sendero, daban la sensación de desorden. Vestía al estilo de los jornaleros, pero como si fuera invierno, el chaleco de lana, la camisa de franela sin cuello, los pantalones de tela gruesa atados a la cintura con un cordel. Empuñando el sable, el pequeño Sandokán registró esos detalles sin reparar en su incongruencia; después, en el lado izquierdo vio el mango del cuchillo que asomaba por el tórax del hombre, como la rama de un árbol. Un líquido oscuro le manchaba la camisa y goteaba en el suelo, donde se había formado un charquito; el Tigre de Malasia lo veía bien a pesar de la sombra de las vides. La lagartija se había detenido a poca distancia y lo observaba, como decepcionada de que la persecución no continuara.

El hombre, que debía de estar muerto, levantó despacio la cabeza y la volvió hacia Luigi Alfredo, con un leve crujir de vértebras, y lo miró con los ojos turbios, entornados. Las cigarras dejaron de chirriar. El tiempo se detuvo.

«Por Dios, a tu mujer ni la he tocado».

No fue por el encuentro inesperado, ni por el mango del cuchillo, ni por toda esa sangre. Luigi Alfredo salió de allí gritando como un poseso para dejar a sus espaldas todo el dolor que el cadáver del jornalero le había echado encima. Nadie le había contado nunca que el crimen cometido en el viñedo cinco meses antes era fruto de los celos de otro jornalero, que había huido tras matar también a su joven esposa; se comentaba que se había unido a un grupo de salteadores de Lucania. Atribuyeron el susto y el pavor del niño a su extraordinaria imaginación, a su carácter solitario y a las conversaciones de las comadres que, por las tardes, buscando el frescor del patio, se sentaban a coser debajo de la ventana de su cuarto. Hablaban de aquello como el «asunto».

Luigi Alfredo se acostumbró a pensar en lo que le había ocurrido utilizando precisamente esas palabras: el Asunto. Desde que había sucedido el Asunto, por lo que había entendido del Asunto. El Asunto que había orientado su existencia desde ese día. Entonces ni siquiera Rosa, la tata que se había dedicado a él toda su vida y que todavía vivía en su casa, había creído en su historia. En los ojos de aquella mujer habían aflorado la tristeza y el fulgor del miedo, como una especie de presagio de que el niño también estaría destinado a padecer el mal de su madre. Y él había creído que nunca más podría hablar con nadie, que solo él llevaba aquella marca en el alma, como una condena, como una maldición.

En los años que siguieron, el muchacho fue definiendo los límites del Asunto. Veía a los muertos. No a todos, ni por largo rato, únicamente a aquellos que habían sufrido muertes violentas, y durante un lapso de tiempo que reflejaba la emoción extrema, la energía imprevista del último pensamiento. Los veía como si contemplara la foto del instante en que había concluido su existencia, mientras sus siluetas iban perdiendo nitidez hasta desaparecer, como en una película de esas que había visto alguna vez en el cine, pero que reproducía siempre la misma escena. La imagen del

muerto con las marcas de las heridas y la expresión del último instante antes del final; y las últimas palabras, repetidas sin cesar, como si quisieran concluir un trabajo iniciado por el alma antes de ser arrancada.

Más que nada sentía la emoción, captaba a veces el dolor, la sorpresa, la rabia, la melancolía. E incluso el amor; en las noches en que la lluvia golpeaba su ventana y él no conseguía dormirse, con frecuencia se acordaba de la escena de un crimen en el que la imagen de un niño, sentado en el cubo en el que se había ahogado, alargaba la mano hacia el punto donde se encontraba su madre, buscando la ayuda de su propia asesina. En otra ocasión se había encontrado ante el cadáver de un hombre apuñalado por su amante, enloquecida por los celos, en el momento del orgasmo. Había captado la intensidad del placer y se había tenido que marchar a toda prisa del cuarto, tapándose la boca con el pañuelo.

Así era el Asunto, su condena, que se le presentaba sin más, como el fantasma de un caballo al galope, sin darle tiempo a esquivarlo; no iba precedido de advertencia alguna, ni seguido de más sensación física que el recuerdo. Otra cicatriz más en su alma.

Luigi Alfredo Ricciardi era delgado, de estatura media. De tez oscura, los ojos verdes destacaban en la cara; el cabello negro, peinado hacia atrás con brillantina, a veces dejaba suelto un mechón que le cruzaba la frente y que él colocaba en su sitio distraídamente, con gesto brusco. La nariz era recta y fina, como los labios. Las manos pequeñas, casi femeninas, nerviosas, siempre en movimiento. Las llevaba metidas en los bolsillos, consciente de que traicionaban su tensión, sus emociones.

No necesitaba trabajar, podría haber vivido de las rentas de su familia, de las que no se ocupaba demasiado. Y, tal como le recordaba algún pariente en las contadas ocasiones en que lo veían por el pueblo en verano, debería haber frecuentado el trato de una sociedad más en consonancia con su apellido. Pero él ocultaba tanto sus rentas como su título, para pasar lo más inadvertido posible y seguir con la vida que había elegido, o mejor dicho, que lo había elegido. Me gustaría veros, les habría dicho a los parientes de haber podido, sintiendo todo ese dolor constante, perenne, de todo tipo, ese dolor que os pide paz, os reclama justicia desde siempre, todos los días.

Decidió estudiar derecho, hizo la tesis en derecho penal, luego ingresó en la policía, única fórmula para responder a aquella demanda, aligerar aquel peso. Para sepultar a los muertos en el mundo de los vivos.

Carecía de amigos, no veía a nadie, no salía de noche, no tenía mujer. Su familia se limitaba a la vieja tata Rosa, que, con setenta años, lo cuidaba con absoluta devoción y lo amaba tiernamente sin tratar jamás de ahondar en sus miradas y sus pensamientos.

Trabajaba hasta tarde, aislado de sus compañeros, que procuraban evitarlo. Sus superiores temían su valor, su extraordinaria capacidad para resolver casos complicados, su total dedicación al trabajo, factores que hacían pensar en una ambición desbocada, en un afán por destacar, escalar posiciones, quitarle el puesto a los demás. Sus subordinados no entendían su impenetrabilidad, sus silencios; nunca sonreía, nunca hacía comentarios superfluos. Empleaba unos métodos extravagantes, no se atenía a los procedimientos, pero al final siempre tenía razón. Los más supersticiosos, que en aquella ciudad no eran pocos, percibían algo extraño en las soluciones de Ricciardi, como si sus investigaciones fueran a la inversa, como si recorriera retrospectivamente el curso de los acontecimientos. Era difícil que los guardias, cuando los destinaban a colaborar directamente con el comisario, no reaccionaran con un gesto de fastidio. Por otra parte, sus investigaciones eran febriles, y una vez las iniciaba, no las terminaba nunca hasta dar con la solución del

caso. No había noches, ni días, ni siquiera domingos hasta que el culpable acababa en la cárcel. Como si en todas las ocasiones la víctima fuese un pariente suyo; como si la hubiese conocido en persona.

Algunos apreciaban el hecho de que sistemáticamente renunciase en favor de la brigada a los premios especiales en dinero, otorgados a las investigaciones más importantes; además nunca faltaba al trabajo, cedía a otros los días de permiso, se ocupaba personalmente de ocultar a los superiores los errores de sus subordinados, para después enfrentarse con cara de palo al responsable y exigirle que prestara más atención. Con todo, solo uno de sus colaboradores le tenía verdadero aprecio: el sargento Raffaele Maione.

Apenas superada la cincuentena, Maione estaba contento de seguir con vida y en pleno uso de sus fuerzas. Por las noches, sentado a la mesa, le gustaba repetir a su mujer y a sus cinco hijos: «Debéis dar gracias a Dios por poder comer. Y a la fortuna, porque todavía no hayan matado a vuestro padre». Y los ojos se le llenaban de lágrimas al pensar en Luca, su hijo mayor, que como él había entrado en la policía, aunque no había tenido tanta suerte. Llevaba un año de servicio cuando, en el curso de un registro, fue apuñalado mortalmente en el barrio de Sanità. Habían pasado tres años, pero el dolor seguía vivo; su mujer no volvió a hablar del tema, como si aquel hijo hermoso y fuerte, que reía siempre y la levantaba en brazos para hacerla volar y la llamaba «mi novia», no hubiese existido. Sin embargo, allí estaba, sentado en el centro de su alma, quitándole el sitio a sus hermanos y hermanas, acompañándola el día entero.

Maione le había tomado aprecio a Ricciardi justamente a raíz de la muerte de su hijo. El entonces agente de policía había sido de los primeros en llegar al lugar de los hechos. Con amabilidad le había pedido a Maione que se alejara de la taberna donde habían encontrado el cuerpo del muchacho, boca abajo en un charco de sangre, con el cuchillo sobresaliéndole por la espalda. Se había quedado solo apenas unos minutos y, al salir de la oscuridad, sus ojos verdes parecían iluminados por una luz interior, como los de un gato, pero estaban anegados en lágrimas. Se había acercado a Maione. Rodeado del silencio de los presentes, cohibidos por la pena atroz del padre, Ricciardi había alargado una mano y le había apretado el brazo. Maione recordaba aún la inesperada fuerza que había sentido, el calor de aquella mano a través de la tela del uniforme.

—Te quería mucho, Maione, como a nadie en el mundo. En su último pensamiento te llamó. Te acompañará siempre, a ti y a su madre.

Pese a estar obnubilado por el inmenso dolor, Maione sintió un escalofrío en la espalda y la nuca. No preguntó, ni entonces, ni después, en los años de vigilancias o en los largos viajes a que los obligaban las distintas investigaciones, cómo lo sabía

Ricciardi, por qué había sido precisamente él quien había recibido el último mensaje de su amado hijo. Pero sabía que había ocurrido así, que el agente había dicho lo que había visto y sentido, que no eran las habituales palabras de consuelo que él mismo había ofrecido tantas veces a los parientes de los muertos.

El aprecio que Maione sentía por Ricciardi venía de entonces. De los días terribles que siguieron, sin descanso ni perdón, mañanas, tardes y noches sin comer, sin beber, sin volver a casa, dedicados a erosionar el recio muro de la ley del silencio del barrio, a intercambiar información, incluso a prometer hacer la vista gorda ante ciertos trapicheos, con tal de echarle el guante al vil asesino de la taberna. Hasta Maione, que actuaba movido por la rabia, fue dejándose vencer por el cansancio. Pero no Ricciardi, que parecía impulsado por un fuego, poseído.

Y al final encontraron al asesino, en otro barrio, en el almacén donde guardaban el botín, rodeado de los suyos. Cuando entraron, después de reducir y maniatar a los vigilantes que el asesino había colocado a la entrada del callejón, lo encontraron riéndose. Fue una operación en la que participaron doce hombres, pues no había un solo policía que no quisiera echarle el guante al asesino de Luca Maione. Y cuando, en el cuarto enorme, vacío de cómplices y sin el botín, el hombre se vio a solas con Ricciardi y Maione, y entre sollozos, despojado ya de toda su fiereza de chulo, imploraba que le perdonasen la vida, Ricciardi miró a Maione. Maione miró al hombre y vio a su hijo pequeño que le llevaba una pelota de trapo, y reía, la cara sucia, los ojos hermosos. Se dio media vuelta y salió del cuarto sin decir palabra. Fue entonces cuando Ricciardi le tomó aprecio a Maione.

Desde aquel momento, el hombre se convirtió en el fiel compañero de Ricciardi; cada vez que el comisario salía, era él quien organizaba el grupo que debía escoltarlo. Sabía que durante la primera inspección del lugar del crimen había que dejarlo a solas; a él le correspondía la tarea de mantener alejados a los otros agentes, a los testigos, a los familiares desesperados y a los simples curiosos, durante esos primeros y largos instantes en que Ricciardi iba a conocer a la víctima, a seguir su legendaria intuición, a identificar los elementos para iniciar la cacería. Además, servía de contrapunto a la soledad y a los silencios de Ricciardi con su afabilidad innata, con su capacidad para dialogar con las personas de forma directa, atento a los peligros a los que su compañero se enfrentaba, siempre desarmado, con una audacia a veces rayana en la inconsciencia o incluso en el instinto suicida. Maione sospechaba que Ricciardi, empujado por una furia de conocimiento, iba en busca de la muerte, de su esencia, como si quisiera definirla, descubrirla, sin manifestar un especial interés por su propia supervivencia.

Pero él no quería que Ricciardi muriese. En primer lugar, porque, en su cordial simplicidad, estaba convencido de que en el comisario vivía una parte del hijo que había perdido; en segundo lugar, porque con el tiempo le había tomado cariño a

aquellos silencios, a aquellas sonrisas fugaces, al eco del dolor que se percibía en los gestos de aquellas manos atormentadas. Por eso, en nombre y en recuerdo de Luca, seguiría velando por la salud del comisario.

Ricciardi bajaba de la piazza Dante envuelto en el frío viento de aquel miércoles por la mañana. Las manos en los bolsillos del sobretodo gris oscuro, la cabeza un tanto hundida entre los hombros, la mirada clavada en el suelo. Caminando a paso vivo, sentía la ciudad sin mirarla.

En el recorrido desde la piazza Dante a la piazza del Plebiscito sabía que cruzaría una frontera invisible entre dos realidades muy distintas: abajo, la ciudad rica, de los nobles y los burgueses, de la cultura y el derecho. Arriba, los barrios populares en cuyo interior imperaba otro sistema de leyes y normas, de una rigidez igual o quizá mayor. La ciudad ahíta y la hambrienta, la ciudad de las fiestas y la de la desesperación. En más de una ocasión, Ricciardi había sido testigo del enfrentamiento entre las dos caras de la misma moneda.

La frontera estaba en la via Toledo. Edificios antiguos, calladas fachadas exteriores, traseras ruidosas, ventanas abiertas de par en par a los callejones, los primeros canturreos de las amas de casa. Las puertas de las iglesias, con fachadas encajadas entre los edificios colindantes, se abrían para recibir a los fieles que encomendaban su jornada a Dios. Sobre las anchas piedras que cubrían la calle pasaban las ruedas de los primeros autobuses.

La mañana era uno de los pocos momentos en que se producía una especie de osmosis, del laberinto de callejuelas de los Quartieri Spagnoli bajaban a la via Toledo las carretas de los vendedores ambulantes, cargadas con las mercancías más variopintas y festivos reclamos; de los barrios populosos del puerto y las afueras, los artesanos de manos hábiles, zapateros, guanteros, sastres subían al dédalo para llegar al incipiente barrio residencial de Vomero o a las tiendas de las callejas oscuras. A Ricciardi le gustaba pensar que aquel era un momento de pacificación, de intercambio, antes de que la conciencia de la desigualdad y el hambre impulsaran a los unos a morirse de envidia y a tramar algún delito, y a los otros a temer el ataque y a intensificar la mano dura.

En la esquina del largo della Carità, como venía ocurriendo algunas mañanas por esa zona, Ricciardi vio la imagen de un hombre víctima de un carterista, que tras rebelarse había sido salvajemente apaleado con un bastón. Del cráneo hundido brotaba la masa encefálica y la sangre cubría un ojo; el otro ojo seguía lanzando miradas furibundas y la boca de dientes rotos continuaba repitiendo sin cesar que jamás soltaría sus posesiones. Ricciardi pensó en el ladrón, ilocalizable ya tras perderse dentro de los Quartieri Spagnoli, en el hambre y el precio pagado por víctima y verdugo.

Como de costumbre, fue el primero en llegar a la jefatura; el guardia se cuadró tras el saludo militar y Ricciardi respondió con una leve inclinación de la cabeza. No

le gustaba pasar entre la multitud cuando la vida en el Palazzo San Giacomo se encontraba en la fase de bullicio y desorden, ni caminar entre las invectivas venenosas de los detenidos, las fuertes llamadas al orden de los guardias, las discusiones a voz en cuello de los abogados. Prefería, con mucho, esas horas de la mañana, con la escalinata todavía limpia, el silencio y aquel ambiente dieciochesco.

Al abrir la puerta de su despacho, percibió, como todos los días, el olor familiar: libros viejos, periódicos, un aroma al polvo del tiempo y los recuerdos. La piel del viejo sillón, de las dos sillas delante del escritorio, del mugriento cartapacio verde aceituna. La tinta del tintero de cristal encajado en el portacartas. La madera clara del escritorio y de la biblioteca repleta. La esquirra plúmbea de granada que llevó a Fortino el viejo Mario, veterano de guerra, y fue instrumento de muchas de las fantasiosas batallas de su niñez, convertida ahora en dudoso pisapapeles. La luz del sol traspasaba el cristal polvoriento de la ventana, llegaba a la pared e iluminaba los retratos, cual divina investidura.

Qué hermosura, ironizó Ricciardi para sus adentros, con una leve sonrisa. El reyezuelo sin fuerzas, el gran comandante sin flaquezas. Los dos hombres que habían decidido eliminar el crimen por decreto. Siempre recordaba las palabras del jefe de policía, un atildado diplomático que dedicaba su vida entera a complacer en todo a los poderosos: no existen suicidios, no existen homicidios, no existen atracos ni heridos, a menos que sea inevitable o necesario. Que la gente no se enterara, sobre todo, la prensa: la ciudad fascista está limpia y pulcra, no conoce fealdades. La imagen del régimen es granítica, el ciudadano no debe temer nada; nosotros somos los guardianes de la seguridad.

Pero mucho antes de estudiarlo en los libros, Ricciardi había comprendido que el crimen es la cara oscura del sentimiento; la misma energía que mueve a la humanidad, la desvía, se infecta y supura para estallar luego en forma feroz y violenta. El Asunto le había enseñado que el hambre y el amor se encuentran en el origen de todas las infamias, en todas sus formas: orgullo, poder, envidia, celos. Siempre presentes, pues, el hambre y el amor. Allí estaban, en cada crimen, tras simplificarlo al máximo, tras eliminar los oropeles de la apariencia, el hambre o el amor, o ambos, y el dolor que generan. Todo ese dolor del que solo él era testigo constante. Y tú, mi querido Mussolini, pensó Ricciardi con tristeza, ya puedes emitir todos los decretos que quieras que, por desgracia, no conseguirás cambiar las almas con ese traje negro y ese sombrero con borla. Puede incluso que consigas dar miedo en lugar de dar risa, pero no cambiarás el lado oscuro de la gente, que seguirá sintiendo hambre y amor.

Tras dar un golpecito discreto en la jamba, Maione se había asomado a la puerta.

—Buenos días, *dottore*. He visto la puerta abierta, ¿ya está usted aquí? ¿Es que tampoco con este frío descansa bien? Éste año la primavera se hace de rogar. Se lo

tengo dicho a mi mujer, que no podemos permitirnos gastar otro mes en leña para la estufa. Si seguimos con este tiempo, a todos mis hijos les saldrán sabañones. ¿Qué tal se encuentra usted esta mañana? ¿Quiere que le traiga una tacita de sucedáneo?

—Como siempre. No, gracias. Tengo que terminar una montaña de informes. Vete, vete; si te necesito, ya te mandaré llamar.

Fuera, entre los primeros reclamos de los vendedores ambulantes, un tranvía pasó chirriando y una bandada de palomas levantó el vuelo contra el sol todavía frío. Eran las ocho.

Doce horas más tarde, lo único que cambió en la oficina de Ricciardi era la luz; la polvorienta lámpara de sobremesa con su pantalla verde había sustituido al anémico sol del invierno tardío. El comisario seguía inclinado sobre el escritorio, concentrado en cumplimentar unos impresos.

Cada vez más pensaba en sí mismo como en un empleado del catastro, obligado a dedicar la mayor parte de su tiempo a transcribir fórmulas y registrar números: la contabilidad del crimen, la retórica del delito.

A eso de las dos había cedido al hambre y, a pesar del frío, salió a la calle sin sobretodo para tomar una pizza en el carrito ambulante que había debajo de la jefatura. El humo espeso de la olla de aceite hirviendo, el apetitoso olor de la fritura, el calor de la pasta caliente, siempre le habían resultado irresistibles. Uno de esos momentos en que se sentía alimentado por la ciudad como por una madre. Luego, como tenía por costumbre, tomó un café rápido en la piazza del Plebiscito, en el Gambrinus, donde veía pasar los tranvías, llevando a remolque su cargamento habitual de alegres granujillas, que, en inestable equilibrio sobre las vías, viajaban agarrados a la carrocería.

Mientras apretaba la taza caliente entre los dedos, se acercó al cristal una niña de mirada ceñuda; de su mano derecha, abandonada al costado del cuerpo, colgaba un hatillo de trapos, tal vez una muñeca. No tenía brazo izquierdo, por la carne arrancada asomaba un blanco fragmento de hueso, astillado como un pedazo de madera nueva. La cadera ahuecada, la depresión del tórax hundida. Un carruaje, pensó Ricciardi. La niña lo miraba fijamente, y de pronto levantó el hatillo de trapos hacia él: «Ésta es mi hija. Yo le doy de comer y la lavo». Ricciardi dejó la taza, pagó y salió. Ya no se quitaría el frío de encima en todo el día.

A las ocho y media de la tarde, Maione se asomó otra vez a la puerta.

—¿Necesita algo más, *dottore*? Yo ya me voy, esta noche vienen a cenar mi cuñado y su mujer. Muchas veces me pregunto si esos dos no tienen casa. Siempre comen a mi costa.

—No, Maione, gracias. Tengo para un rato más, y después yo también me iré, termino con esto y por hoy cierro. Que pases una buena velada. Hasta mañana.

Maione cerró la puerta, dejando entrar una corriente helada que hizo estremecer a Ricciardi, como un presentimiento. Y debía de tratarse de un presentimiento, porque no transcurrieron ni cinco minutos cuando la puerta volvió a abrirse y por ella asomó la corpulenta y achaparrada silueta de Maione.

—Olvídese de lo que he dicho, *dottore*. Por una vez que me quería ir a mi hora. Alinei ha llamado por el telefonillo desde el portón, hay un muchacho. Tenemos que ir a ver, dice que ha ocurrido una desgracia en el San Carlo.

El padre Pierino Fava se encontraba en la puerta lateral de siempre, a las siete de la tarde, según lo convenido. Era la entrada que daba a los jardines del Palazzo Reale, la que vigilaba Lucio Patrisso. Amistades valiosas. No es que él fuera más indulgente con Patrisso que con los demás feligreses, o que lo tuviera en especial estima, pero el hombre consideraba un honor ser el destinatario de un saludo personal a la salida de la iglesia, después de misa.

Por este precio moderado, el padre Pierino se permitía el placer más grande de su vida: la ópera lírica. Su corazón sencillito alzaba el vuelo y acompañaba a las voces, mientras sus labios seguían en silencio los textos que se sabía de memoria. Cuando era niño, en Santa Maria Capua Vetere, cerca de Caserta, se sentaba en el suelo del jardín de una casona donde un gramófono difundía magia en el aire. Podía pasarse así horas, sin importarle el frío, el calor o la lluvia, conteniendo la respiración, los ojos anegados en lágrimas.

Pequeño y regordete, los ojos negros muy vivaces y la sonrisa espontánea y contagiosa, era tan inteligente y desenvuelto que preocupaba mucho a sus padres, jornaleros con ocho hijos más. ¿Qué harían con aquel muchacho listo y holgazán que encontraba siempre la excusa perfecta para no trabajar? La respuesta vino de un párroco arisco, que lo llamaba cada vez con más frecuencia para confiarle pequeñas tareas con tal de tener cerca a aquel alegre trasto. Y así, el pequeño Piero pasó a ser «Pierino, el de la iglesia»; le gustaban la sombra fresca, el penetrante olor del incienso, los rayos de sol que se filtraban por los vitrales de las ventanas.

Pero por encima de todo adoraba el sonido cavernoso y atronador del inmenso órgano, al que había comenzado a considerar la voz de Dios. Y se sintió llamado cuando comprendió que no querría vivir en ningún otro lugar. Siguió años de estudio en los que Pierino mantuvo intacto su amor al prójimo, a Dios y a la música; y entre estas tres pasiones repartía su tiempo, ayudando a los pobres, tomando ejemplo y provecho de la vida de los santos, cultivando la música sacra.

Al cumplir los cuarenta llevaba diez como vicedeán de San Ferdinando, un barrio no muy grande, pero muy poblado. Comprendía calles elegantes y la majestuosa Galería, pero también los tugurios de los Quartieri y el laberinto de callejuelas por encima de la via Toledo; en el centro de aquel territorio se levantaba otro templo, que lanzaba una llamada pagana al alma sencilla del padre Pierino: el Real Teatro de San Carlo. Nunca lo admitiría, pero era precisamente el teatro el motivo por el que siempre había respondido humildemente a la Curia que no se sentía a la altura de ser párroco en otro lugar. Consideraba un don personal de Dios el hecho de poder asistir a la magnificencia del arte vivo de la ópera, sentir su latido cristalino, ver las pasiones humanas representadas con tanta fuerza y belleza. Cuánto Dios había

en las lágrimas y la risa que vislumbraba en las caras de los espectadores del patio de butacas, de los palcos, del gallinero; y cuánto amor humano y cuánta gracia divina había en la música que llevaba de la mano a las almas hasta donde las mentes no sabían llegar.

Por ello, el padre Pierino estaba más que contento de seguir siendo el vicepárroco del viejo padre Tommaso, que no ponía límites a su inmensa energía. Muy querido por los granujillas, que se mofaban de él por su aspecto achaparrado y lo apodaban 'o *munaciello*, el duende travieso de la leyenda; pero también era conocido por denunciar las frecuentes epidemias provocadas por las indignas condiciones higiénicas de los Quartieri. Se le podía perdonar esa única debilidad y regalarle tres horas de alegría un par de veces al mes. Para eso estaba el bueno de Lucio Patrisso, que por lo que al padre Pierino respectaba, era el hombre más importante del patio de butacas parroquial. El cura le daba algunas clases de matemáticas al hijo mayor del portero del teatro y este dejaba que el sacerdote se colara por la entrada de los jardines la noche del estreno; su lugar era una estrecha crujía detrás de los bastidores, desde donde asistía a la representación sin ser visto. Una perspectiva extraordinaria, a la que el cura no habría renunciado por nada del mundo. Y precisamente allí estaba también el 25 de marzo de 1931, cuando asesinaron a Arnaldo Vezzi.

A Ricciardi no le gustaba la ópera. No le agradaban los lugares atestados, aquellas marañas de almas, de sensaciones, de emociones. Aquélla manera de influirse recíprocamente, que hacía que la multitud se convirtiera en algo por completo distinto de las personas que la componían. Conocía por experiencia la bestia en la que podía transformarse la multitud.

Además, no le gustaba la representación teatral de los sentimientos. Los conocía bien, sabía mejor que nadie que sobrevivían a quien los experimentaba, engullendo y arrasando con su oleada cuanto encontraban a su paso. Sabía bien que nunca tenían un solo sabor, que la pasión jamás adoptaba el aspecto más evidente. Por eso despreciaba esos trajes de colores, esas voces moduladas, esas palabras arcaicas y doctas en boca de unos miserables que, en la vida real, se morían de hambre; no, la ópera no le gustaba. Y nunca había ido al teatro; pero conocía su aspecto exterior en las veladas importantes, el clima de alegre expectación que se notaba con solo pasar delante.

Tras salir de la Galleria, al frente de un pequeño grupo compuesto por Maione y tres guardias, Ricciardi se encontró en lo alto del breve tramo de escaleras de mármol que daba a la calle y vio el panorama de siempre: la mole imponente del Palazzo Reale, el pórtico elegante desde el que se accedía al teatro; a la derecha, las luces de la piazza Trieste e Trento, los cafés llenos de vida y alegría. Un sonido difuso de música y carcajadas. A la izquierda, más allá del Castillo angevino y los árboles de la

piazza del Municipio, el fragor del mar en el puerto.

El Real Teatro de San Carlo se alzó ante sus ojos, elegante e iluminado gracias al maquillaje de las noches de gala. Los grupos escultóricos en lo alto, la columnata de la terraza, los cinco arcos que daban a las entradas. La casa de las pasiones fingidas, pensó Ricciardi, se ofrece al público desde su misma fachada.

El olor acre a avellanas garrapiñadas, a alcachofas asadas, a algodón de azúcar que provenía de los carritos exaltaba el ambiente festivo que, sin embargo, no se correspondía con la incertidumbre que flotaba en el aire. La luz de las farolas, temblorosa bajo las ráfagas de viento, iluminaba caras inexpresivas, ojos curiosos, cabellos sujetos con dificultad por manos enguantadas.

Ni siquiera los mendigos, que pululaban por los alrededores como era habitual, parecían a gusto. Ricciardi vio a una mujer harapienta, con una criatura de pecho entre los brazos y tres pequeños aferrados a sus faldas, que miraba a su alrededor como si esperase a que la llamaran para entrar en escena; un poco más allá, un jorobado y un ciego buscaban cobijo en las sombras del pórtico, más por sustraerse a la vista de los guardias que para resguardarse del frío. Personas que sabían de sobra que, en medio de la confusión, podía aparecer alguien que la tomaría con ellas, acusándolas de algo que no habían hecho.

Las sombras que regalaban los muros externos del San Carlo ofrecían protección. Sin embargo, por una vez, los bajorrelieves de la fachada, los porteros de librea, los carruajes discretamente detenidos en la placita adyacente no constituían el prelude de una fiesta de música y cultura, en la cual las hermosas damas podían lucir sus sombreritos nuevos, sus vestidos vaporosos y sus acompañantes con sombreros de copa, zapatos de charol y bigotes de guías. Por una vez, el espacio delante del teatro se había convertido en un escenario, y la diferencia con su aspecto habitual era llamativa.

En medio de un silencio sobrenatural, cientos de personas se aglomeraban ante la entrada principal; sin prestar atención al viento cortante que silbaba bajo el estrecho pórtico, hombres vestidos con exquisita elegancia y mujeres ataviadas con largos trajes de seda se arrebujaban en sus abrigos, sujetando con manos enguantadas los sombreros para que no salieran volando. Los niños harapientos y descalzos, atormentados por los sabañones, se alzaban de puntillas, tratando de ver algo. Ni un rumor de voces, ni un comentario, solo el lamento del viento. Ni siquiera los caballos, al frente de los carruajes que esperaban en la calle, bufaban o piafaban. De los carritos de los vendedores ambulantes de castañas asadas y golosinas no llegaba reclamo alguno. Las luces de las farolas de gas que adornaban la fachada del teatro alumbraban aquí y allá a la multitud, desvelando ojos desorbitados y ávidos de detalles, cuellos de piel y bufandas al viento.

La llegada de los agentes tuvo el efecto de la piedra lanzada en un espejo de agua.

La multitud se abrió a su paso y se elevó el coro de las voces de quienes preguntaban qué había ocurrido, cuál era el inconveniente, por qué la policía llegaba con retraso, como de costumbre. Un par de muchachitos rompieron a aplaudir tímidamente. En el amplio y lujoso vestíbulo del teatro, bien caldeado e iluminado como si fuera pleno día, Ricciardi se vio rodeado de periodistas, empleados del centro y espectadores, todos parloteando a la vez. Por otra parte, tanto él como Maione sabían muy bien, por su dilatada experiencia, que conseguiría con dificultad la información realmente útil, luchando con reticencias de todo tipo; por tanto, era inútil, cuando no perjudicial, escuchar aquella cacofonía de palabras en la agitación del momento.

Ricciardi identificó, entre otros, a un hombrecito vestido de frac que daba saltitos, como impulsado por un resorte, y sudaba copiosamente; los empleados de uniforme lo miraban, nerviosos, y el comisario imaginó que se trataba del responsable del teatro.

—Señor delegado..., quiero decir, comisario..., qué tragedia —balbuceaba de forma inconexa—. Que ocurra algo así..., aquí, en el San Carlo..., he de decir que nunca, jamás..., desde que el mundo es mundo...

—Cálmese, por favor. Ya estamos aquí. Dígame, ¿con quién tengo el gusto...?

—Pero, pero..., soy el duque Francesco Maria Spinelli, superintendente del Real Teatro de San Carlo, ¿es que no me ha reconocido?

—No, la verdad. Haga el favor de decirme dónde podemos ir para alejarnos de este alboroto —le contestó Ricciardi con frialdad, mientras los tres guardias y Maione se las veían y se las deseaban para contener a la multitud de curiosos que se agolpaba por todas partes. El superintendente recibió aquella respuesta como una bofetada y su expresión pasó de la agitación a la ofensa. Dos camareros de librea, que se miraron a los ojos conteniendo la risa, fueron fulminados con una mirada. Con gracia altiva, el hombrecito dio media vuelta y comenzó a subir la escalinata de mármol atestada de gente, que se apartaba a su paso, como el mar Rojo ante un Moisés enano.

Patrisso, el portero de la entrada de los jardines, miró a su alrededor con circunspección.

—Dese prisa, padre Pierino, pase, pase. Que no lo vea nadie, si llegan a enterarse de que deo que se cuele justo el día del estreno, no sabe la que me puede caer encima. Corra, dese prisa, ya sabe por dónde tiene que entrar.

El padre Pierino sonrió, feliz como un niño en una pastelería; se levantó la sotana por encima de los tobillos y, con insospechada agilidad, subió veloz el tramo de la escalera principal. Dobló primero a la derecha, y enseguida a la izquierda por el corredor de los palcos, y enfiló la estrecha escalinata que conducía al escenario. Allí se detuvo en un pequeño rellano y se metió en una especie de entrada desde uno de cuyos extremos se veían el pasillo de los camerinos y la escalera de acceso de los actores, y del otro, gran parte del escenario. Tenía que estirar el cuello y ponerse de puntillas, pero la perspectiva era especial y extraordinaria: al lado de los cantantes, de cara al público, pero también testigo del trabajo incesante que había detrás del escenario. Contuvo el aliento, disponiéndose a disfrutar de «su» velada.

No era por el programa, la verdad. *Cavalleria rusticana* y *Pagliacci* tenían su atractivo, pero lo más importante era que esa noche volvería a escuchar la voz celestial de Arnaldo Vezzi, el tenor más grande del mundo. En el cartel de esa temporada, Vezzi era, sin duda, la estrella. Su elección interpretativa, Canio de *Pagliacci*, no era la mejor; al padre Pierino le habría gustado más verlo en un papel pucciniano, que habría permitido a los matices de su sonoridad hallar la colocación adecuada. Sin embargo, según sospechaba el vicepárroco, el papel de Canio era el más importante. La partitura de la ópera de Leoncavallo permitía a Vezzi interpretar prácticamente solo, disponer de todo el escenario sin que nadie le hiciera sombra.

La orquesta ya había entrado, acompañada de un gran aplauso. Tres golpecitos de batuta en el atril, las dos manos en el aire, y comenzó la magia.

Al final del tramo de escaleras de mármol alfombradas de terciopelo rojo, sin detenerse, Ricciardi le susurró a Maione que mandara a los guardias que bloquearan las entradas, tanto la principal como las secundarias para que nadie abandonara el teatro. El pequeño superintendente los condujo por un pasillo secundario y una estrecha escalinata hasta un rellano donde había una puertecita a la izquierda y dos enfrente; un pasillo a la derecha dejaba ver otras puertas abiertas.

—Éste —dijo el duque, señalando la puertecita— es el despacho del director de escena. El de enfrente es el camerino del director de orquesta. Y allí..., qué tragedia..., en mi..., en nuestro gran teatro...

Ricciardi echó un vistazo a su alrededor para captar el mayor número de detalles. La puerta que el superintendente había indicado en último lugar había sido separada de sus goznes. En el suelo había fragmentos de madera y la cerradura, todavía cerrada, había quedado colgando, casi arrancada por completo. La jamba presentaba daños visibles; la puerta había sido forzada desde fuera, era evidente por la posición del picaporte y el pestillo deformado. Se arremolinó una multitud variopinta; el comisario vio payasos, aldeanas con traje regional siciliano, campesinos calabreses, un Arlequín, una Colombina. Notó que empezaba a asomar un considerable dolor de cabeza. Además, el ambiente estaba caldeado en exceso y él llevaba puesto el grueso sobretodo.

—¿Quién derribó la puerta? —preguntó.

—Yo —contestó un hombre corpulento, de cabello rojizo y aspecto desgreado—. Soy el director de escena, Giuseppe Lasio.

—¿Quién le avisó?

—Nosotras. Vinimos a traer el traje. Llamamos a la puerta durante cinco minutos, gritamos preguntando si había alguien, pero nadie salió a abrirnos —contestó una mujer imponente de mediana edad, que llevaba un delantal azul y un par de tijeras enormes colgadas del cuello con una cinta; a su lado, una muchacha sostenía con esfuerzo una percha en la que llevaba un traje de payaso muy amplio y colorido.

—Que nadie se mueva hasta que yo salga del camerino. Maione, encárgate tú.

Maione sabía lo que debía hacer, se acercó a la puerta descolgada, se asomó al interior del cuarto, comprobó que no hubiese nadie y dijo:

—Apártense todos. Comisario, ya puede pasar.

Ricciardi avanzó hacia la puerta, bajó la mirada y entró.

Al llegar a la mitad de *Cavalleria rusticana*, el padre Pierino estaba agradablemente sorprendido. De hecho, la ópera era una guarnición, mejor dicho, un entrante de *Pagliacci*, debido a la presencia del gran Vezzi. Como muchos otros, el vicepárroco estaba tan ansioso por asistir a la exhibición del tenor que habría invertido el orden canónico de las representaciones; sin embargo, comprobó maravillado que los cantantes de *Cavalleria* estaban ofreciendo una interpretación notable. El tenor que encarnaba al compadre Turiddu, la soprano en el papel de Santuzza y especialmente el barítono, que hacía de compadre Alfio, parecían en gran forma y deseosos de no desentonar ante semejante intérprete. La orquesta también demostraba estar a la altura, y la ejecución, al llegar al coro después del intermedio musical, estaba pasando de notable a memorable. El padre Pierino se emocionó tanto con la música conmovedora que no se dio cuenta de que se había movido de su sitio e invadido parte de la estrecha escalera que llevaba a los bastidores; fue entonces cuando notó que alguien chocaba con él y se volvió sorprendido.

—Disculpe —bisbiseó distraídamente un hombre corpulento, envuelto en un amplio abrigo negro; lucía un sombrero de ala ancha y una bufanda blanca.

—Discúlpeme usted —contestó el padre Pierino, retirándose a toda prisa a su cruja. Temía ser descubierto y crearle problemas al pobre Patrisso. Pero el hombre no pareció dar importancia alguna a su presencia y, tras bajar los últimos peldaños, se fue hacia los camerinos. El padre Pierino lo siguió con la mirada..., no sería por casualidad... De hecho, el hombre lanzó un vistazo a su alrededor y se detuvo un momento delante de la puerta de la que colgaba una tarjeta con el nombre «Arnaldo Vezzi». Dijo algo y entró en el camerino. El cura estuvo a punto de desmayarse, ¡había chocado con el tenor más grande del mundo! Lanzó un suspiro y, sin dejar de sonreír, se concentró otra vez en el escenario, donde el compadre Turiddu proponía un brindis, cantando al vino sincero.

En el camerino hacía frío; Ricciardi lo notó enseguida. Observó el ventanal, comprobó que estaba entreabierto y dejaba pasar unas corrientes de viento helado y el olor de la hierba húmeda de los jardines reales. Las bombillas que enmarcaban el espejo estaban encendidas e iluminaban profusamente el cuartito. Había sangre por todas partes. El cadáver se encontraba en la silla, delante del espejo, inclinado sobre la repisa, de espaldas a la puerta. En realidad, el espejo estaba hecho añicos, excepto la parte superior, salpicada de sangre. Los cristales estaban esparcidos por todo el cuarto.

El cadáver apoyaba la cabeza sobre la repisa, descansando sobre la mejilla izquierda; por el lado derecho de la garganta asomaba un pedazo enorme de espejo en el que se reflejaban un ojo vítreo y la boca torcida, de la que fluía un hilo de baba. Ricciardi oyó cantar, con voz queda:

—*Io sangue voglio, all'ira m'abbandono, in odio tutto l'amor mio finì...*

Sobre el lado visible de la cara, en la espesa capa de maquillaje se veía el surco de una lágrima. El comisario se volvió, y en el ángulo entre el marco del espejo roto y la pared, vio la imagen de Arnaldo Vezzi de pie, aunque ligeramente inclinado hacia adelante, con las rodillas dobladas; la cara muy maquillada, la boca risueña de payaso. Lágrimas postizas en los ojos, lágrimas verdaderas en las mejillas. La mano derecha con la palma abierta, tendida hacia adelante, en ademán de alejar a alguien, y borbotones de sangre densa que el corazón moribundo bombeaba a través del tajo en el lado derecho del cuello. Sin perder la calma, Ricciardi miró fijamente al espectro durante largo rato: los ojos apagados lo observaban sin verlo, la boca articulaba el canto sin que en el tórax se percibieran los movimientos de la respiración. El comisario lanzó otra mirada al cadáver. El último canto del payaso, solo para él, que de ópera no entendía nada. Fue hacia la puerta y salió.

El padre Pierino observaba extasiado al público que, puesto en pie, tributaba una ovación a la compañía que acababa de interpretar *Cavalleria rusticana*. Se sentía especialmente orgulloso porque el día anterior, tras colarse como de costumbre por la entrada lateral, había asistido a los ensayos y se había encariñado con los intérpretes. No había *prime donne*, tan solo jóvenes con talento y algún profesional modesto y afable; se notaba que entre ellos reinaba cierta armonía, y fue agradable comprobar que la camaradería y el respeto mutuo habían contribuido al éxito de aquella velada.

La compañía se componía en su mayor parte de artistas locales que servían de sustitutos cuando, a lo largo de la temporada, por motivos de enfermedad o accidente, se producían ausencias entre los protagonistas destacados. En cierta ocasión, cuando se anuló una representación de *El lago de los cisnes*, tras haberse torcido el tobillo la primera bailarina, montaron *La Traviata* en una semana. Pero esta vez, pensaba el padre Pierino, realmente se habían superado a sí mismos.

Mientras disfrutaba de la segunda salida de todos los intérpretes que, tomados de la mano, se inclinaban ante el público, oyó a su espalda el grito estridente de una mujer que venía desde los camerinos.

Desde la fresca oscuridad del confesionario, el cura estaba habituado a prestar atención a las emociones, y su largo y apasionado contacto con la lírica le había educado el oído para captar los tonos de los distintos estados de ánimo. No dudó en reconocer que aquel grito estaba cargado de horror y turbación. Dio media vuelta y, con el corazón en la boca, corrió hacia el lugar de donde procedía tanta angustia. Delante del camerino de Vezzi ya se formaba una pequeña multitud.

Ricciardi miró a su alrededor y habló sin dirigirse a nadie en particular.

—Ahora mismo entraré en ese despacho —dijo señalando la pequeña habitación del director de escena—, y el sargento Maione hará pasar de uno en uno a quien yo le diga. Nadie puede irse a su casa, nadie puede abandonar el teatro. Nadie puede entrar en este camerino a menos que yo lo llame. No pueden quedarse aquí, deberán retirarse a algún lugar..., al escenario, los acompañarán a todos al escenario, donde deberán permanecer hasta que hayamos terminado. En cuanto a los demás, se marcharán todos aquellos que no podían tener acceso a esta zona, el público, el personal de la entrada. No obstante, los guardias tomarán los datos a todos.

El superintendente, morado de la rabia, se puso de puntillas y balbuceó:

—Esto es una afrenta..., es inconcebible. El acceso a esta zona está sumamente restringido. Además, ¿sabe usted acaso quién estaba esta noche en el patio de

butacas? Y van a tomarle los datos al señor gobernador, a los miembros de la realeza, a los jerarcas... Exijo que se respeten las funciones.

—Mi función es la de encontrar al asesino. Y la suya, en estas circunstancias, señor, es la de facilitar mi tarea. Cualquier otro comportamiento constituiría un delito y sería perseguido. Usted decide.

La voz de Ricciardi era un silbido, los ojos verdes estaban clavados en la cara del superintendente, sin un pestañeo. El hombrecito pareció deshincharse, sus tacones tocaron el suelo sin hacer ruido. Bajó la mirada y murmuró:

—Me ocupo enseguida. Pero plantearé mis objeciones a las autoridades pertinentes.

—Como usted quiera. Ahora retírese.

Rígido, como buscando algún rastro de la dignidad perdida, el superintendente se dio la vuelta y se alejó en dirección al escenario, seguido de los presentes y del murmullo de sus comentarios.

El despacho del director de escena era diminuto, ocupado casi por entero por un escritorio sobre el que se acumulaban en desorden dibujos, apuntes, páginas de libretos anotadas a mano. De las paredes colgaban carteles de espectáculos. Había dos sillas delante del escritorio, una detrás. Por un ventanuco en lo alto entraban la luz y el aire. Ricciardi interrogó en primer lugar al propio director de escena, Giuseppe Lasio, el hombre desgredado que había derribado la puerta del camerino de Vezzi.

—¿Cuál es exactamente su cometido?

—Soy el responsable de escena. En la práctica, todo lo que ocurre en el escenario está bajo mi dirección. Los técnicos, la entrada y salida de los actores, las instalaciones. Todo lo que no es artístico; en una palabra, la organización.

—¿Qué ha ocurrido esta noche? Por favor, cuéntemelo todo, incluso los detalles que le parezcan insignificantes.

Lasio arrugó la frente bajo los mechones de cabello rojizo.

—Fue después del entreacto de *Cavalleria*, nos ocupábamos de la salida, a continuación del brindis. Se trata de una escena coral, en la que interviene toda la compañía, el decorado estaba en su sitio, también el telón de fondo. La señora Lilla fue a llamarme a la entrada del escenario.

—¿La señora Lilla?

—Letteria Galante, pero nosotros la llamamos señora Lilla. Dirige la sastrería del teatro, se ocupa de entregar directamente los trajes de escena de los actores principales. Ya la ha visto, es esa mujer... robusta. Siciliana de origen. Muy, muy competente. En fin, que vino y me dijo: «Señor director, Vezzi no abre la puerta. Hemos llamado, hemos gritado su nombre, pero no contesta».

—¿Hemos?

—Sí, estaba con una muchacha de la sastrería. Son unas treinta, no las conozco a todas. Iban a entregar el traje de Canio, el de payaso que vio usted, el que llevaba la muchacha. Yo bajé a toda prisa, no se dispone de mucho tiempo entre el final de *Cavalleria* y el comienzo de *Pagliacci*, y Vezzi no siempre es..., era..., cómo decirlo, riguroso y puntual. A veces desaparecía y había que buscarlo en el teatro e incluso fuera. Como sabrá, era uno de los grandes, el más grande de todos en escena. Pero fuera, a veces era difícilmente gobernable. De esos que van a lo suyo y los demás que aguanten. Privilegios del talento.

—¿Y esta noche había salido? ¿Lo vio salir?

—No, yo no. Pero por mi trabajo me muevo mucho, y a lo mejor se me pasó por alto. En cualquier caso, bajé al camerino y comprobé que la puerta estaba cerrada con llave. No ocurre nunca. Los cantantes, y especialmente Vezzi, nunca se levantan para abrir la puerta mientras se maquillan. Eso me preocupó.

—¿Y qué hizo?

—Después de llamar, pensé que Vezzi se había encontrado mal y derribé la puerta de una patada. Hice la guerra y estoy acostumbrado a lo peor. Pero jamás había visto tanta sangre junta. Detrás de mí entró la señora Lilla y se puso a gritar. Luego, todos empezaron a correr de aquí para allá. Y entonces mandé a uno de los operarios para que fuera a llamarlo a usted. ¿Hice bien?

—Sin duda. ¿Entró alguien más en el camerino después de usted?

—No, nadie. Esperé al lado de la puerta a que usted llegara. Ya le he dicho que estuve en la guerra. Sé cómo hay que proceder.

—Un último detalle. Según nos han dicho, el camerino estaba cerrado con llave. Pero yo no he visto la llave, ni dentro ni fuera. ¿La sacó usted?

Lasio se pasó la mano por el cabello rojizo, despeinándolo aún más, mientras intentaba recordar.

—No, comisario. Ahora que me lo pregunta, la llave no estaba, ni por dentro ni por fuera.

—Gracias. Puede retirarse, pero no se marche, podría necesitar algún dato más. Maione, haz pasar a las dos sastras.

La señora Lilla entró como un velero y llenó el despacho. Era rubia, de ojos azules y penetrantes. Detrás iba la muchacha que, comparada con su jefa, parecía todavía más pequeña y delgada, y llevaba una bata que le sobraba por todos lados. La mujerona se cruzó de brazos y miró a Ricciardi con aire belicoso.

—¿Qué significa eso de que nadie puede abandonar el teatro? ¿Qué se piensa, que hemos sido nosotras? Para que lo sepa, nosotras aquí venimos a trabajar, no a hacer porquerías. Somos gente honrada.

—Nadie ha dicho nada. Siéntese y conteste a las preguntas. Cuénteme lo que ocurrió.

La mujer se sentó pesadamente, lanzando un suspiro, como si con aquella aclaración se hubiese quitado un peso de encima y ahora pudiera hablar con más educación. O tal vez porque no podía oponerse a la personalidad decidida del comisario, que emanaba en oleadas de sus ojos verdes.

—Nosotras traemos antes los trajes. Mucho antes. Los cantantes normales se los prueban, piden los arreglos que hacen falta, y se acabó. Pero éste, quiere veinte pruebas. Que si le queda corto, que si después le queda largo. Que si ahora está ancho, que si está estrecho. El botón del sobrecuello no cierra. Una cruz. Nosotras estamos en la cuarta planta, comisario. Si nos honra con su visita, comprobará con sus propios ojos en qué condiciones trabajamos, las treinta allí metidas. En verano nos ahogamos de calor, entre el carbón de las planchas y el pedaleo de las máquinas. Allá arriba ni siquiera nos llega el frescor de los árboles. Y en invierno, ya ni le cuento, tenemos que coser con guantes cortados y todas las estufas encendidas, salen sabañones por todas partes. Pero no nos quejamos, ¿no es verdad, Maddale'? —dijo, dirigiéndose a la muchacha—, porque el trabajo es el trabajo y nosotras nuestro trabajo lo hacemos bien. El San Carlo es famoso en todo el mundo, incluso por sus trajes, y los trajes somos nosotras. En fin, que cuando viene Vezzi nos pasamos el día subiendo y bajando sin parar. Cuatro pisos, cargadas de piezas de tela. Pero, a Dios gracias, el traje del payaso al fin quedó listo, le hicimos incluso el arreglo de último momento, pedido esta misma noche. Quise bajar yo misma, con Maddalena aquí presente, para comprobar si le había quedado bien. Y nos encontramos con la puerta cerrada.

Ricciardi estaba pensando que no le habría gustado nada encontrarse en el lugar del tenor, en caso de que el traje hubiese precisado más modificaciones. Después, tras analizar las actuales condiciones de Vezzi, se dio cuenta de que su preocupación era inútil.

—¿Qué hizo usted al darse cuenta de que la puerta estaba cerrada?

—Llamamos al director Lasio para que nos dijera qué debíamos hacer. Si no, después, nos echan la culpa a nosotras, si el espectáculo empieza con retraso. Vino él y esperamos delante de la puerta.

—¿Y él qué hizo?

—Él llamó, gritó el nombre del tenor y después derribó la puerta de una patada. ¡Eso es un hombre! —dijo, con imprevista coquetería. Ricciardi se sorprendió del cambio—. Fue entonces cuando me asomé y vi..., aquello parecía la matanza de los atunes de mi pueblo..., salí corriendo de allí. Y eso es todo.

—Y usted, señorita...

—Maddalena Esposito, para servirlo, comisario.

Otra vez en comparación con la señora Lilla, la joven hablaba con voz suave, la vista clavada en el suelo. Limpia y ordenada con su bata azul, se quedó allí de pie,

palidísima, con las manos entrelazadas sobre el vientre.

—¿Lo confirma todo?

—Sí, señor comisario. El maestro nunca estaba contento, tuvimos que arreglarle el traje muchísimas veces. Después bajé con la señora Lilla y la puerta estaba cerrada. No sé decirle nada más.

—De acuerdo, pueden retirarse. Maione, ¿ha llegado el fotógrafo?

La intervención de la policía consistía en tomar fotografías del cadáver desde diferentes ángulos. Hasta que se cumpliera con este trámite, no se podían levantar las pruebas, que se conservaban para las futuras investigaciones. Ricciardi exigía estar presente para poder observar por última vez la escena del crimen y, al mismo tiempo, evitar que en la confusión que se originaba se alterase algún detalle, algún elemento necesario para su trabajo. Por tanto, al salir del despacho del director de escena, se reunió con el fotógrafo, el técnico de la policía y el forense, que sudaban envueltos en sus abrigos, a la espera de poder acceder al camerino. Ricciardi los saludó con una leve inclinación de la cabeza, volvió a entrar y se plantó delante de los pedazos de espejo, del muerto y de su imagen.

A medida que la noche se volvía más húmeda y el aire entraba por el ventanal entreabierto, en el camerino el frío se hizo más intenso.

Ricciardi se asomó y comprobó que abajo, a no más de dos metros, había un arriate de los jardines del Palazzo Reale. Era increíble que al subir y bajar las escaleras de aquel teatro se perdiera conciencia de la altura a la que se estaba. Se apartó de la ventana y quedó deslumbrado por el destello del magnesio de la cámara fotográfica, se restregó los ojos y solo vio con nitidez la imagen del tenor que repetía su estrofa. Sabía de sobra que no eran sus ojos los que le permitían aquella percepción. Cuando consiguió ver otra vez con normalidad, captó un detalle que antes había pasado por alto: en el sofá bajo, al lado de la puerta derribada, había un abrigo negro con un sombrero de ala ancha. En el suelo, entre el sofá y los pies del cadáver, una bufanda blanca de lana. Algo no cuadraba, pero ¿qué era? Ricciardi tardó una fracción de segundo en darse cuenta; entre tanta sangre, precisamente en medio de un charco coagulado, la bufanda aparecía inmaculada. Con un rápido movimiento, el comisario levantó el abrigo y el sombrero del sofá y descubrió que los cojines que había debajo estaban impregnados con la sangre del tenor. Todos ellos, excepto uno, de rayas azules y blancas, que estaba limpiísimo.

El forense daba vueltas alrededor del cadáver, mientras observaba la escena y tomaba rápidos apuntes en una libreta de tapas negras. Cuando los destellos fotográficos terminaron, movió el cuerpo con la ayuda del técnico y lo depositó sobre una gruesa alfombra manchada de sangre; el jersey de lana que llevaba Vezzi en el momento de morir estaba completamente empapado.

El médico forense era un profesional serio y concienzudo, cuyo trabajo Ricciardi había valorado en otras ocasiones. Cincuentón, había adquirido una sólida experiencia en la guerra, en el Véneto. Había estado en el Carso entre 1916 y 1918, incluso lo habían condecorado. Se llamaba Bruno Modo, y era una de las poquísimas personas a las que Ricciardi tuteaba.

—Y bien, Bruno. ¿Qué me dices?

—Veamos..., herida punzante, carótida seccionada. Muerte por desangramiento, en esto no hay ninguna duda. Como podrás ver... —Y señaló el cuarto con un gesto amplio—. Pequeña equimosis debajo del ojo izquierdo, sobre el pómulo. Un golpe, tal vez un puñetazo. A simple vista, nada más, no veo otros traumatismos, no hay piel debajo de las uñas..., los nudillos de las manos, normales..., no hay desgarros en el cuero cabelludo...

Mientras hablaba, daba vueltas alrededor del cadáver tendido en el suelo y lo observaba a través de las gafas, que llevaba en la punta de la nariz; de vez en cuando, le levantaba una mano o le apartaba el cabello. Pero con delicadeza, con respeto. Por eso a Ricciardi le gustaba aquel hombre.

—¿Cuándo calculas que fue?

—Ah, no hace mucho. Un par de horas, diría, quizá menos. Pero te lo confirmo después, en el hospital.

Después, en el hospital. Cuando de ti no queden, pensó Ricciardi mirando al muerto, más que unos pobres pedazos cosidos a la buena de Dios y el verso de una romanza de ópera cantada en la oscuridad. Ya no te quejarás más del traje. El próximo, el último, te lo coserán encima sin ningún respeto.

—Oye, Bruno. El modo..., perdona, el arma —se corrigió, con una sonrisa torcida, por la involuntaria confusión con el apellido del médico—, ¿puede ser una esquirra del espejo?

—Yo no hablaría de arma, me parece imposible manipular un pedazo de vidrio tan punzante sin herirse, y no veo rastros de sangre en la supuesta empuñadura. Yo me inclinaría más por pensar que se cayó encima del fragmento con todo el peso del cuerpo. Fíjate qué grueso y puntiagudo es. Yo diría que recibe el puñetazo y va a parar al espejo. Es un hombretón, pesa lo suyo, es alto y corpulento.

Maione intervino muy respetuoso.

—Doctor, ¿se deduce cómo se golpeó? Quiero decir, ¿ve usted por casualidad cómo pudo ir a estrellarse contra el espejo?

—No, sargento, no veo otras equimosis. Pero eso no significa nada, puede haberle dado un codazo, un golpe con el hombro. Lleva un jersey grueso de lana que pudo haber amortiguado el golpe. Después se cayó en la silla y se murió. No tardaría mucho con esa herida, cuestión de segundos. Fíjese usted, inundó una habitación.

Ricciardi lanzó una mirada fugaz a la imagen del tenor, ligeramente inclinada hacia adelante, con las rodillas dobladas y la mano tendida.

—Bien, si ya habéis terminado aquí, vamos al escenario.

La aparición de Ricciardi y Maione fue recibida por un coro y, bien mirado, estaban en el lugar adecuado, pero el coro era de vehementes protestas. Unos querían saber si estaban detenidos, otros se lamentaban porque los esperaban sus familias,

otros tenían hambre, otros, frío; todos preguntaban por qué seguían allí retenidos. Ricciardi levantó despacio una mano y se hizo un silencio.

—Calma. En seguida les dejaré marchar. Pero antes quiero verlos a todos, saber quiénes son. Todos los que estuvieron en escena se pondrán a la derecha. El personal, los técnicos y la orquesta, a la izquierda.

Se produjo un momento de desorden, como en una coreografía no ensayada. Algún que otro choque, unos cuantos gruñidos irritados y se formaron dos grupos numerosos. En realidad, tres: en medio había quedado un hombre vestido de cura.

—¿Y usted? Decídase, ¿no lleva usted traje de escena?

—Verá, señor comisario, no es un traje... Yo soy el padre Pietro Fava, vicepárroco de San Ferdinando.

—¿Y qué hace aquí? La víctima ya estaba muerta cuando la encontraron. ¿Quién lo ha llamado?

—No, comisario, yo..., verá usted, a decir verdad, me he colado.

Se oyó una carcajada general, un tanto nerviosa. El director de escena dio un paso al frente, pasándose la mano por la tupida cabellera rojiza.

—Comisario, si me permite, se lo explicaré.

—Hable, hable.

—El padre Pierino, aquí presente, es un viejo amigo mío. Un amante de la ópera, un entusiasta de la ópera. Él cree que nadie lo sabe, pero desde hace dos años, y con mi permiso, Patrisso, el portero de la entrada que da a los jardines, lo deja pasar. No molesta a nadie, se pone en el balcón corrido de la escalera estrecha y mira. Nos hemos acostumbrado a verlo, sin él nos parece que falta algo. Los cantantes, los músicos de la orquesta lo consideran un amuleto.

Un murmullo de aprobación y muchas sonrisas confirmaron las palabras del director de escena. El padre Pierino, solo en el centro del escenario tan amado, se puso rojo de orgullo, sorpresa e incomodidad.

—Entonces, usted conoce la ópera, ¿no? —dijo Ricciardi—. Y también el teatro. Pero no es ni cantante, ni músico de la orquesta, y tampoco trabaja aquí. Conoce a todos, pero no conoce a nadie. Bien.

Después se dirigió a los demás.

—Los guardias les han tomado los datos, durante unos días no podrán ausentarse de la ciudad. Si alguien se viera en la necesidad de hacerlo, que pase por jefatura y nos lo comunique. Si alguien se muda de casa, que pase por jefatura y nos lo comunique. Si alguien tiene algo que decir, si se ha acordado de algo, que pase por jefatura y nos lo comunique. Por ahora, pueden irse. Usted no, padre. Con usted tengo que hablar un momento.

Lanzando un suspiro coral de alivio, la gente se agolpó en dirección a la salida; solo el padre Pierino se quedó en su sitio, con aire afligido y preocupado. No es que

tuviera nada que temer, pero, según él aquellos eran tiempos en los que tener que vérselas con la policía no era nada bueno. Además, estaba sinceramente afectado por la muerte de Vezzi. Pensaba con verdadero pesar en su voz, en esa delicada prueba del amor de Dios por los hombres, ese regalo a los enamorados de la ópera que nunca volvería a oír más que a través del gramófono chirriante de su cuartito.

El comisario se acercó a él, siempre seguido a poca distancia por el sargento de más edad. El padre Pierino había notado que el corpulento militar no perdía de vista ni un instante a su superior, y miraba continuamente a su alrededor, como queriendo asegurarse de que no se cerniera sobre él algún peligro. Debía de tenerle mucho apego.

Ricciardi, en cambio, le producía una emoción peculiar. Al verlo de lejos era un hombre sin características destacables: estatura media, corpulencia media, ropas de calidad media. Pero el padre Pierino había cruzado con él una mirada al llegar a la escena del crimen. Y aquellos ojos le habían revelado mucho. Acostumbrado a buscar y a encontrar la verdad tras las apariencias, el padre Pierino tuvo la impresión de asomarse a un panorama multiforme.

Había dolor: un dolor que venía de lejos, pero estaba siempre vivo. Un dolor que era un antiguo compañero. Soledad. Inteligencia y un punto de ironía, de sarcasmo, para con el superintendente que balbuceaba a su lado. Había sido un instante, pero el cura intuyó una personalidad compleja y atormentada.

Ahora se encontraba con él frente a frente: sin sombrero, un mechón de cabello negro cayéndole sobre la nariz afilada. Las manos en los bolsillos del sobretodo que, a pesar del calor, no se había quitado. Y los ojos: verdes, casi transparentes. Apenas pestañeaba, la frente ligeramente arrugada. Soledad y dolor, pero también ironía.

—O sea que esta noche está fuera de su territorio, ¿no es así, padre?

—¿Por qué, un cura se mueve por territorios? Yo nunca he visto un territorio donde un cura no sirviera para algo. Pero no, esta noche no ejercía, si es eso lo que quiere saber. No obstante, como puede ver, voy de uniforme.

Ricciardi hizo una mueca, que quiso ser una sonrisa, y luego bajó un momento la vista. Cuando la volvió a alzar, tenía la frente sin una arruga, pero su expresión no había cambiado.

—Hay uniformes que da igual si se ponen o no, siempre se llevan. Usted, yo. Siempre con el uniforme puesto.

—Lo importante es no dar miedo cuando se lleva uniforme. Que el uniforme sirva para quitarle el miedo a la gente. Y para no dar miedo es necesario no tener miedo.

El comisario dio un leve respingo, como si el cura lo hubiese abofeteado de repente. Incluyó un poco la cabeza hacia un costado y lo observó con otra consideración. Detrás de él, a dos pasos, Maione cambió el peso de un pie al otro. El teatro, vacío ya, escuchaba en silencio.

—Y usted, padre, ¿nunca tiene miedo?

—Sí, casi siempre. Pero pido ayuda. Al Padre Eterno, a las personas. Y consigo salir adelante.

—Muy bien, padre. Muy bien. Mejor para usted. Y ahora, pasemos a las... notas dolientes, ¿se dice así? Estamos en el lugar adecuado. Usted conoce la ópera y este ambiente. Me puede ayudar, porque no conozco ni la una ni el otro. ¿Haría un trato con un policía?

Otro sarcasmo. Ni una sonrisa, ni un guiño. Siempre con aquellos ojos verdes fijos, como cuentas de vidrio.

—Un cura no hace tratos, comisario. No es dueño de su sinceridad, pero no delata a nadie. No espía a ningún pobre infeliz.

—Entiendo. Entonces, mejor que por una omisión ese pobre infeliz acabe en la cárcel. Y que el verdadero culpable siga en la calle, así puede cometer otro crimen. Tiene razón, padre. Tendré que buscarme otras ayudas.

Maione estaba sorprendido; rara vez oía a Ricciardi hablar tanto. No había comprendido bien el diálogo, pero notaba que el comisario se había apesadumbrado más, lo notaba por el agarrotamiento de la espalda, por la posición de la cabeza. Aquél curita de aspecto tranquilo y sereno, que se balanceaba sobre la punta de los pies con las manos entrelazadas sobre el vientre, lo estaba poniendo en aprietos. Como un perro de caza inquieto por seguir el rastro de su presa, el sargento tenía la sensación de que perdían el tiempo. De todos modos, en casa estaba su cuñado y no le entusiasmaba demasiado la idea de marcharse.

—No, comisario —dijo el padre Pierino—, no era eso lo que quería decir. Le daré toda la información que necesite, pero ni ahora ni más adelante me pida ayuda para acusar a nadie. A usted le corresponde la justicia de los hombres. Yo me ocupo de otra justicia, la que también sabe perdonar.

—No invadiré su terreno, padre. No dejaría que usted invadiera el mío. Lo espero mañana por la mañana en mi despacho de la jefatura, a las ocho. Le ruego que sea puntual.

Sin esperar respuesta, se dio media vuelta y salió. Ensimismado, Maione observó un momento al cura, luego abandonó el teatro detrás de Ricciardi.

A pesar de que eran las once y de que había salido por la puerta lateral, Ricciardi se encontró con que lo esperaba una multitud de curiosos y periodistas, indiferentes al viento que soplaba con furia bajo el pórtico. Maione se le adelantó y, con firmeza, apartó a quien se ponía delante del comisario y trataba de arrancarle un comentario para los diarios de la edición vespertina. Él ni siquiera levantó la vista, acostumbrado como estaba a hacer caso omiso de los vivos y de los muertos que lo llamaban, aunque nunca dejara de escucharlos.

En el breve trayecto hasta la jefatura, apenas se hablaron; Maione tenía claro el proceso que seguirían las investigaciones a partir del día siguiente; se trataría de describir las últimas horas de la víctima y se interrogaría a los posibles testigos. El sargento conocía la forma de trabajar del comisario, que buscaba con empeño

obsesivo los posibles móviles, las situaciones, las palabras que podían ponerlos en el buen camino. Serían días de fatigas; esperaba al menos que a esa hora su cuñado se hubiese ido.

Cuando llegaron al edificio de la jefatura, Ricciardi se despidió de Maione con una inclinación de la cabeza y enfiló la via Toledo. Caminaba a paso vivo, con la cabeza entre los hombros, el viento a sus espaldas. La ciudad, que a esas horas en otras estaciones todavía ofrecía canciones y voces, ese noche ya estaba en silencio. En la calle revoloteaban papeles y hojas de periódico, bajo los haces de luz fluctuante de las farolas colgadas de los cables de la luz. Los pasos de Ricciardi resonaban en las piedras de la acera, sirviendo de contrapunto al esporádico aullido del viento en la entrada de alguna tienda o en los portones de las antiguas casonas. El muerto de la piazza Carità le notificó una vez más que no le entregaría sus posesiones al ladrón. Ricciardi no se dignó a mirarlo siquiera.

Reflexionaba: la ventana abierta, con ese frío y en el camerino de un hombre que debía cuidarse la voz y evitar las corrientes de aire. No tenía sentido. El abrigo limpio encima del sofá manchado de sangre. No tenía sentido. La bufanda blanca en el suelo, pero inmaculada. No tenía sentido. El cojín de rayas, el único sin una sola mancha de sangre. No tenía sentido. La puerta cerrada. No tenía sentido. ¿Y si todo, en su conjunto, tuviese sentido? El niño de la esquina de la via Salvatore Rosa le preguntó si podía bajar a jugar con su pobre esqueleto destrozado. La imagen comenzaba a desvanecerse, tal vez acabaría desapareciendo y entonces podría dormir en paz. Ricciardi hizo votos porque ocurriera pronto.

Había llegado a casa.

Rosa Vaglio tenía setenta años. Había nacido el mismo año en que declararon la unidad de Italia, pero no se había dado cuenta, ni entonces ni después; para ella, la patria siempre había sido la familia, de la que era una fuerte y decidida defensora. Había entrado en casa de Ricciardi di Malomonte a los catorce años, era la décima de doce hijos y la baronesa la había elegido sin vacilaciones.

Recordaba aquel día como si fuera ayer; la mujer alta y rubia, sonriente, que negociaba el precio con su padre. Había sido amiga del hijo, un poco mayor que ella, hasta que el muchacho se marchó a estudiar a Nápoles, donde se quedó muchos años. Rosa tenía una inteligencia viva y no tardó en convertirse en un punto de referencia para todos en la gran casa solariega de Fortino, cuando tras fallecer el viejo barón primero y luego la baronesa se había ocupado de que todo siguiera su curso como si, de un momento a otro, sus amos fueran a regresar de un viaje.

Y quien regresó fue el hijo, ya cuarentón, con su esposa niña. Ajetreada en la cocina, la noche de aquel 25 de marzo de 1931, suspirando por el enésimo retraso con que tomarían la cena, dedicó una rápida sonrisa a aquel pensamiento: su niña. En realidad, la pequeña señora Marta ya tenía veinte años. Pero parecía una adolescente, menuda, delgada, morena, los ojos tan verdes que te llegaban al alma. Y todo ese dolor.

Rosa se había preguntado muchas veces de dónde venía el dolor reflejado en los ojos de la joven baronesa; tenía cuanto quería, comodidades, bienestar, un marido enamorado. Sin embargo, durante los largos paseos que daba en su compañía por los campos de Fortino, entre los campesinos que dejaban de trabajar y se quitaban el sombrero y el olor penetrante de las cabras, ella sentía que el dolor las seguía de cerca, un paso por detrás. Tal vez fueran los recuerdos, o los pesares. Hablaba poco, la baronesa Marta. Pero le sonreía con ternura y, algunas veces, le acariciaba la cara, como si fuera ella la que tuviera veinte años menos.

Rosa recordaba la mañana de octubre del último año del siglo en que, sentada en el banco de la terraza mientras bordaba, había levantado los verdes ojos para posarlos en ella y le había dicho:

—Rosa, a partir de mañana, tenemos que coser sábanas para la cuna.

Así, simplemente. Desde aquel día había pasado a ser la tata Rosa para el resto de su vida.

—Sabes que no quiero que me esperes levantada. Es tarde para ti, deberías estar durmiendo.

Ricciardi sintió que el calor de la casa le iba entrando poco a poco en los huesos

castigados por el viento. El olor de la leña en la estufa y el de la cocina, ajo, aceite, alubias. La luz de la lámpara, cerca de su sillón, el periódico en el reposabrazos. En la habitación, la bata de franela, las pantuflas de cuero suave, la redecilla para el pelo. Mi tata, pensó.

—Cómo no..., yo me voy a dormir y lo dejo en ayunas. ¿Qué, se cree que no sé que se iría a la cama sin comer? ¿Que se pondría siempre el mismo traje y la misma camisa si no se los dejara yo preparados encima de la cama? No es normal, treinta años y sin una mujer al lado. Y en los tiempos que corren, además, que dentro de nada acabarán deteniendo a los solteros. Con todas las muchachas guapas que hay ahí fuera. ¿Y a usted qué le falta? Es apuesto, rico, joven, tiene prestigio. Yo, en un asilo, y usted, a vivir su vida, que ya le toca.

Listo, ya lo había dicho. Cuando se sentó a la mesa, se cuidó mucho de no suspirar, de lo contrario, le habría soltado un discurso interminable y él tenía una cita a la que ya llegaba tarde.

Rosa lo observaba comer, con voracidad, como de costumbre. Inclinado sobre el plato, con bocados rápidos, silenciosos. Pensaba que hasta eso se negaba, el gusto de saborear. Nunca saboreaba nada, ni la comida ni nada. En él era evidente el dolor que en su madre había estado oculto. Los mismos ojos verdes. El mismo dolor. Lo había atendido toda la vida, en las noches de fiebre y soledad. En los años en que iba al colegio esperaba a que regresara en vacaciones, en las fiestas, los domingos, le tenía preparadas las cosas que le gustaban sin que él se las pidiera. Percibía el rumor de sus pensamientos, aunque no supiera en qué pensaba. Había sido su familia y él se había convertido en su razón de vivir; un brazo habría dado con tal de verlo reír aunque fuera una sola vez. Le habría gustado saber que estaba tranquilo, sin aislarse de los demás y del mundo, que daba vueltas veloz, mientras él lo miraba de lejos con las manos en los bolsillos y un mechón de pelo sobre la cara. Sin sonreír, sin decir palabra. Y sin embargo, ¿qué le faltaba?

Se enterneció como una madre; lo contemplaba comer, ensimismado, y tuvo la impresión de que volvía a ser niño. Siempre le habían gustado las alubias.

A Ricciardi nunca le habían gustado las alubias, pero no quería decepcionar a la tata; además, esa noche tenía hambre, quizá por el frío que notaba en los huesos. Repasó mentalmente la escena del crimen. Si el abrigo y la bufanda fueron a parar al camerino después de la muerte de Vezzi, ¿quién los había llevado? ¿Y por qué? Los únicos que habían visto el camerino después de cometerse el crimen fueron Lasio, el director de escena, la sastra Lilla y la modistilla. Mientras rebañaba la salsa con pan, Ricciardi recordó la expresión fascinada de la mujerona cuando se refirió al director de escena; ¿acaso estarían compinchados? Y la modistilla, la tal Esposito, ¿estaría compinchada con su jefa? No, demasiada gente. Demasiada sangre; el homicidio no había sido premeditado, de eso estaba seguro. ¿Y la ventana abierta? ¿Y el cojín

pequeño, el de rayas? Demasiadas preguntas y el Asunto no lo ayudaba. Le ocurría con frecuencia: lo que la víctima le transmitía podía llegar a despistarle, inducirlo al error. Era una emoción, un sentimiento, no un mensaje elaborado racionalmente. Padecimiento, rabia, odio, incluso amor.

Una copa de vino tinto, otra más; después de cada nueva muerte le costaba dormir. En el pecho le quedaba como una especie de vibración, de ansiedad.

Mientras paladeaba el vino, Ricciardi pensó en aquel cura peculiar que había visto en el teatro; respuestas sagaces, ojos brillantes. Le parecía un buen hombre. Otro que pensaba que después estaba Dios. ¿Y dónde estaba Dios para él, cuando veía la imagen del dolor y sentía su eco? ¿Acaso le tocaba solo a él aliviar el dolor?

Ricciardi se levantó de la mesa, de lo contrario, la tata iba a seguir allí de pie, viéndolo beber toda la noche, y no se pondría a recoger. La besó con ternura en la frente y fue a su dormitorio para acudir a su cita.

La mujer rubia caminaba pegada a las paredes de la piazza Carolina, en dirección a la via Gennaro Serra, empujada por el viento frío que soplaba del mar, pero su paso no era veloz. A diferencia de los escasos transeúntes que se apresuraban por llegar al calor del hogar, ella no tenía ganas de encontrarse delante de aquella mirada que exploraría su ánimo en busca de sus sentimientos ocultos.

Había adquirido destreza en disimular. En ocultarse. Debía evitar que se supiera, que todos se enteraran de lo ocurrido. Bajo la trémula luz de las farolas, caminando a paso cada vez más lento, notaba en el cuerpo las manos de su amante; recordaba su rostro, su tono, la respiración entrecortada. Repasaba mentalmente las palabras que se habían dicho, las promesas, los proyectos. ¿Cómo había podido ocurrir?, se preguntaba. Y ahora, ¿cómo iba a ocultar a los ojos de su hombre que había amado a otro, y que había soñado marcharse con él?

Se pasó la mano por la cara, bajo el sombrero que ocultaba sus hermosísimos ojos. Lágrimas. Lloraba. Debía dominarse, no estaba lejos de su casa, vislumbraba la oscura mole de la iglesia de Santa Maria degli Angeli, en lo alto de la subida de Pizzofalcone. Dentro de poco se encontraría delante del hombre que sentía por ella un amor tan grande que conocía hasta sus pensamientos. Estaba arrepentida. Sufría por él, por la traición. Debía hacer lo posible porque nadie se enterara, debía defenderlo del escándalo.

Apretó el paso y se preguntó una vez más qué ocurriría.

Como todas las noches, Ricciardi cerró la puerta de su habitación en cuanto hubo entrado; antes de acostarse, la volvería a abrir, para escuchar la pesada respiración de la tata Rosa y asegurarse de su regularidad. Se puso la bata y la reddecilla para el pelo. Se acercó a la ventana, las luces estaban apagadas; apartó las cortinas. En el retal de cielo, terso y despejado por obra del viento del norte, se veían cuatro estrellas luminosas; pero Ricciardi no quería ser iluminado por las estrellas.

La luz que ansiaba ver era la de una tenue lámpara sobre una mesita, detrás de la ventana, a la misma altura que la suya, en el edificio de enfrente. La mesita estaba al lado de un sillón en el que se sentaba una joven concentrada en su bordado, un rincón íntimo en la gran cocina. Ricciardi sabía que se llamaba Enrica y que era la mayor de los cinco hijos de un comerciante de sombreros; una familia numerosa, pues una de las hermanas de Enrica, casada y madre de un niño pequeño, vivía con el marido en el mismo apartamento. La joven bordaba con la mano izquierda, abstraída; llevaba unas gafas con montura de carey. De ella Ricciardi sabía incluso que inclinaba un poco la cabeza cuando se concentraba; sus gestos eran armónicos y agradados,

aunque cuando discutía no sabía dónde meter las manos; era zurda. A veces reía de repente, cuando jugaba con sus hermanos pequeños o con su sobrino; y lloraba a veces, cuando estaba a solas y pensaba que nadie la veía.

No había noche en la que él no dedicara un momento a asomarse a la ventana, para vivir a través del reflejo la vida de Enrica, único reposo que él concedía a su alma atormentada. La veía durante la cena, tranquila y amable en compañía de los suyos, sentada a la izquierda de su madre. Cuando escuchaba la radio con expresión atenta y recatada, o un disco en el monumental gramófono, embelesada y con una media sonrisa en los labios. Cuando leía con la cabeza inclinada y se humedecía el dedo para volver la página. Cuando discutía y, firme y testaruda, defendía sus razones. Seguramente no había nadie que la conociera mejor que él.

Nunca le había dirigido la palabra. Tampoco pensaba que fuera a hacerlo. Un domingo en que la tata no había podido ocuparse, tuvo que salir a comprar verdura al vendedor ambulante que bajaba de Capodimonte; después de pagarle, se había dado la vuelta con el brécol debajo del brazo y se había encontrado con ella cara a cara. Todavía se estremecía al recordar la extraña mezcla de placer, incomodidad, alegría y pánico que había experimentado; a partir de aquel día, iba a ver en cientos de ocasiones el negro profundo de aquellos ojos, antes de conciliar el sueño o nada más despertar por las mañanas. Se había marchado a la carrera, con el corazón galopándole en el pecho y zumbándole en los oídos. Sin volverse, perdiendo tallos de brécol por la calle, mantuvo los ojos entrecerrados para atrapar la imagen de aquellas piernas largas, el esbozo de sonrisa apenas atisbado. ¿Cómo podía hablarte? ¿Qué podría ofrecer yo, aparte de la pena de verme continuamente exhausto?, pensaba el hombre.

En el pequeño cono de luz, Enrica seguía bordando, ajena a todo.

Antes de entregarse al sueño, Ricciardi volvió a pensar en el payaso y en su último y desesperado canto.

—*Io sangue voglio, all'ira m'abbandono, in odio tutto l'amor mio finì...*

¿Qué impulsa a cantar a un hombre que se encuentra al borde de la muerte? ¿Se disponía a entrar en escena? ¿Repasaba su papel? ¿Por qué lloraba? Recordaba bien el surco dejado por aquella lágrima en el maquillaje.

¿O acaso el llanto expresaba una emoción vinculada a la ópera? Y en ese caso, ¿cuál? ¿Qué tenía de peculiar aquella función? ¿Por qué si en el escenario llevaban más de una hora cantando, el protagonista seguía maquillándose en su camerino? Debía encontrar respuesta a todos estos interrogantes. Entrar en la vida de Vezzi y en su curioso oficio hecho de simulación. Le pediría ayuda al cura.

Y mientras el viento sacudía los postigos, Ricciardi se sumió en un sueño confuso, en el que una mano zurda bordaba delante de un payaso lloroso.

A la mañana siguiente, el viento frío no había amainado; gruesos y pesados nubarrones recorrían el cielo, dejando que los rayos de sol iluminaran la ciudad por trechos, como reflectores enfocados al azar con el fin de resaltar incluso detalles sin importancia. En el camino hacia la jefatura, Ricciardi había visto a unos hombres corriendo detrás de sus sombreros, niños descalzos jugando a que eran barcos de vela con los harapos con los que se cubrían, indiferentes al frío, y mendigos envueltos en sus trapos buscando la quietud en los portales de los edificios, de donde eran expulsados por los porteros intolerantes.

Ricciardi pensó cuánto cambiaría la ciudad si solo cambiara el tiempo. En el viento frío y la luz tenue, los viejos edificios que bullían llenos de vida se transformaban en grutas oscuras y las nuevas obras en construcción parecían monumentos a la soledad y el abandono.

Grandes construcciones, una pegada a la otra sin solución de continuidad, salvo por las estrechas separaciones que, de vez en cuando, servían de intervalo: los callejones. Un mundo aparte. Al comisario aún le pillaba por sorpresa la diferencia entre la ciudad que se abría en la amplia calle limpia, recorrida por parejas elegantes, flanqueada por los escaparates iluminados de las sombrererías y las pastelerías; y la otra, la de los niños harapientos y alegres, la de las gallinas sueltas que escarbaban en la basura, la de los perros sarnosos en perpetua búsqueda de restos de comida, la de la sucesión de sábanas y ropa interior tendida entre vivienda y vivienda. El barrio pobre lindaba con el rico, a veces, incluso se superponía a él. Los granujillas bajaban raudos por los callejones para hacerse con algún sombrero arrebatado por el viento, y después, descalzos y chillando como locos, perseguidos en vano, regresaban a las sombras de su planeta oscuro y se encerraban en los bajos cuyas puertas de madera aporreaban inútilmente los perseguidores.

Los guardas de uniforme, castañeteando los dientes por el frío, abandonaban de mala gana el abrigo de los portones para ahuyentar a aquellos pequeños delincuentes ruidosos, ajenos a las inclemencias del tiempo, a pesar de sus escasos harapos. Era como si las bajas temperaturas golpearan solo la vía Toledo y, movidas por el respeto, se detuvieran a la entrada de los callejones pobres; en realidad, el viento soplaba con violencia también allí dentro, y se notaba por cómo se agitaba la ropa colgada de las cuerdas entre los balcones y por la ausencia de las mujeres, refugiadas en el interior de las viviendas en lugar de estar sentadas en la calle charlando, como cuando hacía buen tiempo.

Al llegar a la oficina, Ricciardi se encontró en la entrada con el auxiliar de su superior, el subjefe de policía Garzo. El desgraciado, un poco por efecto del frío y otro poco por un evidente estado de nerviosismo, golpeaba el suelo con los pies y se

restregaba las manos.

—Ah, dottor Ricciardi, por fin, me estaba congelando, sopla un viento... El dottor Garzo quiere que vaya a verlo a su despacho enseguida.

El auxiliar se llamaba Ponte, era uno de los que se cohibía mucho en presencia del comisario y sentía una especie de temor supersticioso. Procuraba evitar su mirada y no cruzarse en su camino. En esta ocasión también miró al suelo, luego hacia arriba, luego hacia un lado, echando de vez en cuando rápidos vistazos a su interlocutor. A Ricciardi le molestaba todo aquello, ya fuera porque sospechaba el motivo de tanta agitación, o porque le resultaba difícil deducir por su expresión de qué se trataba.

—¿A esta hora? Normalmente hasta las diez solo estoy yo en esta planta. De acuerdo. Me quito el abrigo y voy.

—No, *dottore*, por favor, el subjefe me dijo: «Lo quiero inmediatamente en mi despacho». ¡Está aquí desde las siete y media! Se lo ruego, *dottore*, que si no después la toma conmigo.

—He dicho que antes quiero quitarme el abrigo. Tendrán que esperar, usted y el subjefe de policía. Apártese, por favor.

Ante el tono brusco y la mirada implacable, Ponte se apartó de un brinco. Pero se notaba que se sentía sumamente incómodo. Ricciardi entró con calma en su despacho, guardó el abrigo en el armario de madera oscura, se pasó la mano por el pelo y siguió al ansioso auxiliar por el pasillo.

Angelo Garzo era un arribista. Toda su vida, no solo su carrera, estaba dominada por esa pulsión; al borde de los cuarenta, tascaba el freno porque lo asignaran a una jefatura de policía, aunque fuera menor.

Creía reunir todos los requisitos: buena presencia, magníficas relaciones, una familia perfecta, dedicación al trabajo, afiliación al partido y participación en toda iniciativa política, aptitud para complacer a los superiores y pulso firme con sus subordinados. Se consideraba dotado de gran capacidad de organización; su presencia en todo era concienzuda y constante, era moderadamente mundano y, a su juicio, bastante simpático. Pero en realidad se trataba de un inepto.

El recorrido hasta alcanzar su puesto actual había estado marcado, según las circunstancias, por la delación, la astucia, el servilismo con los superiores y, sobre todo, por un eficaz aprovechamiento de la capacidad de sus subordinados.

Con ese espíritu recibió a Ricciardi cuando este asomó por la puerta, acompañado del auxiliar.

—¡Mi querido Ricciardi! ¡No veía la hora de que llegara usted! Por favor, pase.

Había rodeado su escritorio, en perfecto orden y completamente despejado, salvo por una hoja de papel colocada en el centro. Fulminó a Ponte con la mirada y le dijo entre dientes:

—¡Y eso que te dije que me lo trajeras enseguida! Quítate de en medio.

Ricciardi entró, lanzando un rápido vistazo a su alrededor. Aunque de medidas parecidas al suyo, el despacho de Garzo tenía un aspecto muy distinto. Muy ordenado, sin montañas de informes ni viejas carpetas, la inmensa biblioteca, detrás del escritorio, repleta de austeros volúmenes de derecho y leyes, sin duda, pero jamás consultados. En el amplio respaldo del sillón de piel marrón destacaba, a la altura de la cabeza, un suave paño verde. Delante del escritorio, dos sillas de piel en tono rojo oscuro, con un pequeño cojín. Un voluminoso florero se elevaba en lo alto de un mueble, bajo y abierto, donde se veían una botella de cristal y cuatro copitas de licor. En las paredes, además de los dos retratos oficiales, una distinción concedida por escrito a la jefatura de Avellino, de la que Garzo se había apropiado indebidamente. Encima del escritorio, como complemento del cartapacio y del abrecartas de piel verde, la foto de una mujer sonriente, aunque no guapa, con dos niños serios vestidos de marineros.

De toda aquella ostentación, Ricciardi envidiaba únicamente la fotografía.

En los pasillos se rumoreaba que la mujer de Garzo era sobrina del gobernador de Salerno y que de ese matrimonio dependía gran parte de su carrera. De todos modos, pensó Ricciardi, en tu vida hay una sonrisa. En la mía, solo una mano que borda, observada desde muy lejos.

Garzo, con su voz persuasiva e impostada, acompañaba sus pensamientos con movimientos parsimoniosos.

—Póngase cómodo, por favor. Tome asiento. Verá, Ricciardi, sé muy bien lo que piensa, que le falta el reconocimiento explícito de su superior, que su trabajo no siempre es bien valorado, que no recibe los elogios que merece. Sé muy bien que, con motivo de la espléndida y rápida solución del caso Carosino, esperaba usted una distinción del señor jefe de policía, que en esa ocasión prefirió dirigir sus honores a toda la brigada móvil, a través de mi modesta persona. Sin embargo, y esto debe quedarle bien claro, nunca le faltarán mi estima y mi consideración. Y en caso de que se presentara una situación positiva, sabría demostrarle con hechos cuánto aprecio su colaboración.

Ricciardi escuchaba en silencio, las manos en continuo movimiento. Era consciente de la falsedad de las palabras de Garzo, que lo consideraba una amenaza para su cargo. El subjefe de policía habría prescindido de buena gana de aquel hombre raro y taciturno, con ojos como dagas, sin amigos, que jamás se confiaba a nadie y que, por lo que se comentaba, no tenía afectos ni inclinaciones sexuales dignas de mención que lo hicieran más vulnerable. Por desgracia, era muy capaz: casos aparentemente complicadísimos, que él no habría podido interpretar siquiera en su totalidad, eran resueltos por aquel individuo con una habilidad casi sobrenatural. Como si fuera cierto lo que se rumoreaba por ahí, que tenía tratos con el mismo

diablo, que le contaba sus fechorías. Garzo pensaba que, para llegar a comprender tan bien el crimen, había que ser un poco criminal. Por eso él, persona cabal, no entendía nada de esas cuestiones.

—¿Para qué me ha mandado llamar? —preguntó sin rodeos Ricciardi.

Garzo se mostró casi resentido ante la brusquedad del comisario, pero le duró un instante. De inmediato continuó halagándolo, en tono conciliador.

—Tiene razón, no hay tiempo que perder. Somos hombres de acción. Es por lo ocurrido anoche en el San Carlo. Yo no estaba, ya sabe, por compromisos de trabajo inaplazables; a mí tampoco me queda tiempo para divertirme. Me han informado de su oportuna intervención, me congratulo, o sea que usted también estuvo trabajando hasta tarde. Se presentó con el sargento, cómo se llama..., ah, sí, Maione. ¿Qué tal fue? Sé que estuvo usted un poco... ¿cómo diría yo? Un poco brusco. A veces, lo sé muy bien, no queda más remedio. Pero, caramba, que estaban allí el gobernador, el príncipe D'Avalos, los Colonna, los Santa Severina... ¿No había forma de pasar por alto la toma de datos? Ricciardi, a veces es usted demasiado... directo. Lo digo por su bien, es usted muy eficiente, pero debería ser más diplomático, al menos con la gente influyente. Hubo quejas. Incluso del superintendente Spinelli. Un mariconcito, pero con amistades importantes.

Ricciardi no había movido un solo músculo, se había limitado a escuchar en silencio, sin pestañear siquiera.

—Es usted muy libre de pasarle el caso a otros, *dottore*. Yo trabajo así. Según los procedimientos, me parece.

—¡De eso no cabe duda! Y ni en sueños le pasaría el caso a otros. No hay nadie que pueda resolverlo mejor que usted. Precisamente por eso lo he mandado llamar tan temprano. ¿Cómo va la investigación?

—Empezamos esta mañana. Haremos otra inspección y tomaremos declaración a los testigos. Trabajaremos sin descanso.

—Muy bien, estupendo, sin descanso. Seré franco con usted, Ricciardi. Se trata de algo gordo, más gordo de cuanto podamos imaginar. Ése cantante..., Vezzi..., al parecer, era lo mejor de lo mejor en lo suyo. Los aficionados lo adoraban, un auténtico orgullo nacional. Y en los tiempos que corren, en que el orgullo nacional es un valor absoluto... Parece que el propio Duce se encontraba entre sus admiradores y que iba a verlo cuando cantaba en Roma. Dicen que valía tanto o más que el mismísimo Caruso. Y el hecho de que haya ocurrido aquí, en nuestra ciudad, ha sembrado la consternación entre las autoridades. Pero, seamos sinceros, también se trata de una oportunidad. Si encontráramos al culpable con la rapidez y la perfección que le caracterizan a usted, en fin, con ello me..., nos ganaríamos la atención directa de las máximas autoridades del Estado, Ricciardi. ¿Lo entiende?

—Entiendo que hay un muerto, *dottore*. Y que murió asesinado, y un asesino

anda suelto por la ciudad. Le dedicaremos el tiempo que haga falta, como siempre; haremos cuanto haya que hacer, como siempre. Sin perder tiempo. Siempre que no nos lo hagan perder.

En esta ocasión, Garzo no pudo dejar de percibir el frío sarcasmo en las palabras del comisario.

—Verá, Ricciardi —dijo, frunciendo el ceño—, no pienso permitir que me falten al respeto. Lo he mandado llamar para decirle lo importante que es esta investigación, en primer lugar, por su propio bien. Le consta que no dudaré en atribuirle la responsabilidad del fracaso, en caso de que fracase. No pienso poner en juego mi carrera por sus errores. Haga bien su trabajo y a todos nos irá bien. Hágalo mal y lo pagará caro. ¿Ve esto? —preguntó, señalando la hoja de papel que había sobre su escritorio—. Éste despacho viene del Ministerio del Interior. Nos piden que comuniquemos hasta el último detalle de la investigación. Hasta el último detalle, ¿me comprende, Ricciardi? Debe rendirme cuenta de todo, paso por paso. A su vez, el señor gobernador rendirá cuentas a Roma. Suspenda todos los demás asuntos de los que se esté ocupando.

Por fin Ricciardi reconocía al verdadero Garzo.

—Como de costumbre, *dottore*. Seguiré el caso como de costumbre. Con toda la atención necesaria.

—No lo dudo, Ricciardi. No lo dudo. Puede marcharse.

Al otro lado de la puerta, el auxiliar Ponte puso sumo cuidado en no mirarlo.

El padre Pierino había celebrado la misa de siete; le gustaba, por la mirada de las personas que buscaban a Dios antes de comenzar la guerra de una nueva jornada. A esa hora no había distancia social entre los bancos de la iglesia, hombres y mujeres ataviados de formas muy distintas pero guiados por el mismo impulso.

Ésa mañana, además, hacía un tiempo raro y magnífico; el viento ululaba con fuerza en la estrecha nave central, y la luz que se filtraba por las altas ventanas era intermitente, como si diera a entender que no era un regalo, sino que debía conseguirse con esfuerzo, como los frutos de la tierra y el pan de cada día.

Al terminar la misa, el padre Pierino se había puesto el sobretodo raído y, sujetándose el sombrero con una mano, se había encaminado hacia la jefatura de policía para acudir a su cita con el comisario. Desde la noche anterior había pensado mucho en aquella mirada intensa y en lo que había visto en ella.

Además del natural interés por el prójimo, la práctica del sacerdocio le había procurado la habilidad para reconocer los sentimientos ocultos tras las expresiones, más allá de las palabras dictadas por las circunstancias; por ello, el pequeño cura había aprendido a mantener dos diálogos a la vez, uno con la boca y el otro con los ojos, ofreciendo ayuda a quien la precisaba y no encontraba fuerzas para solicitarla.

Los ojos del comisario, aquellos formidables ojos verdes, eran una ventana abierta a la tempestad.

El padre Pierino recordaba que al poco tiempo de hacer los votos había trabajado en un viejo hospital irpino, donde encerraban en una habitación a los niños infectados por enfermedades contagiosas; la puerta de aquella sala tenía un cristal, al que siempre pegaba la nariz un niño enfermo de cólera. En los ojos de aquel niño, que observaba los juegos de otros niños menos desafortunados que podían estar juntos, había visto una desesperación parecida. En la mancha dejada por el vaho de su respiración captó el sentimiento de exclusión, la inmensa soledad, la condena a mantenerse en las orillas de la vida de los demás, sin compartirla jamás.

Mientras caminaba con el viento de frente, el cura descubrió que, en el fondo, no le disgustaba volver a ver al policía, pues aquella inteligencia desesperada suscitaba su curiosidad.

Ricciardi fue a recibir al padre Pierino a la puerta de su despacho, le dio un apretón de manos firme y breve, sin hacer ademán alguno de ir a besársela. Lo invitó a sentarse delante del escritorio, en el cual, según notó el vicepárroco, no había fotografías ni objetos que pudieran ofrecer algún indicio de la vida de quien allí trabajaba. Solo vio un curioso pisapapeles, un pedazo de hierro oscurecido y medio fundido, del que salía una pluma estilizada de metal, como si pretendiera dotar de refinamiento a aquel utensilio.

—Qué raro —dijo el cura, acariciando brevemente el objeto.

—Es una esquirra de granada, de la guerra.

—¿Estuvo usted en la guerra?

—No, era demasiado pequeño. Nací en el año 1900. Me la trajo un viejo amigo, la granada estuvo a punto de matarlo y él quiso conservarla como recuerdo. ¿Cómo dice el refrán? Lo que no mata, fortalece.

—Eso dicen, sí. Pero también fortalece la ayuda. La de los demás, la de Dios.

—Cuando está presente, padre. Cuando está presente. ¿Qué me dice usted de lo ocurrido ayer? ¿Ha pensado en ello? ¿Tiene alguna idea de lo que pudo pasar? ¿De quién pudo haber cometido el crimen?

—No, comisario. No podría tener ninguna idea sobre algo de esta naturaleza, aunque me lo propusiera. Y créame, no quiero. ¡Además, una voz como ésa! ¿Cómo se puede llegar a imaginar siquiera el querer apagarla para siempre? Un regalo que el mismo Padre Eterno nos hizo a todos.

—¿Por qué, padre? ¿Tan talentoso era ese Vezzi?

—Talentoso no, celestial. Me agrada pensar que los ángeles tienen voces como la de Vezzi, para cantar alabanzas al Señor en el paraíso. Si así fuera, nadie tendría miedo a morir. Yo lo escuché dos veces, en el *Trovatore* de Verdi y en la *Lucia di Lammermoor* de Donizetti; como es lógico, él hizo el papel de Manrico en la primera y de Edgardo en la segunda. Debería haberlo oído, comisario. Cuando terminó de cantar, descubrí que tenía la cara empapada en lágrimas, y ni siquiera me había dado cuenta de haber llorado. Ayer, al verlo de cerca, me dio un vuelco el corazón.

Ricciardi escuchaba al sacerdote, mirándolo por encima de las manos entrelazadas delante de la boca. Percibía su pueril entusiasmo y se preguntaba cómo era posible que la ópera, una ficción, pudiera producir semejante emoción. El comisario pensó en sí mismo. En su pena, en la condena que llevaba como una cicatriz que mancillaba su alma. Se preguntó cómo habría sido su carácter de no haberle tocado en suerte ver a los muertos en todas las esquinas, empeñados estúpidamente en volcar sobre él todo su dolor junto con la sangre que les brotaba de las heridas. ¿Habría sido alegre?, se preguntó. ¿Me habrían gustado la ópera, el teatro, las canciones populares? ¿Habría sido capaz de conmoverme ante las páginas de un libro o un poema, me habría identificado con un dolor fingido, creado por un escritor o un músico?

Sin motivo aparente, su pensamiento voló hacia la vecina de enfrente que bordaba en silencio, bajo el cono de luz de la lámpara. En ocasiones, tenía la sensación de ver en el rostro de la muchacha una leve sonrisa, y se preguntaba en qué estaría pensando. ¿Seguirías sonriendo, dulce muchacha que bordas por las noches, si estuvieras al lado de un hombre como yo? Su condena, pensó, debía ser solo suya. No podía compartirla con nadie, ni transmitirla.

Volvió a concentrarse en el tenor, que cantaba mientras la sangre le brotaba de la garganta herida. Con un ademán, apartó el mechón que le cruzaba la frente como un mal pensamiento, y prestó atención al sacerdote sentado frente a él.

—¿Y esta vez cómo cantó?

—No, comisario, esta vez todavía no había cantado. Ayer era el estreno, la primera representación. Y él todavía no había salido a escena.

—Y entonces, ¿cómo es que la representación había comenzado? ¿Quién estaba cantando?

—Ah, comprendo su perplejidad. Permítame que le explique. Veamos, en general, se representa una sola ópera, en tres actos o más. Sin embargo, en este caso, al tratarse de óperas breves, se representan dos, *Cavalleria rusticana* de Mascagni y *Pagliacci* de Leoncavallo. Son dos obras que pertenecen a la misma época, la primera es de 1890 y la segunda, de 1892, si no me equivoco.

—¿Y Vezzi solo cantaba en una de las dos?

—Sí, en *Pagliacci*. Él encarna..., habría encarnado a Canio, el protagonista. Un personaje difícil, y leí que en este papel se superaba a sí mismo.

—Entonces era la segunda ópera.

—Eso mismo, la segunda. Se suelen representar así, primero *Cavalleria* y después *Pagliacci*, que es más entusiasmante y colorida, por lo que se capta la atención del público con mayor facilidad. Personalmente, desde el punto de vista musical, prefiero *Cavalleria*, que tiene un entreacto extraordinario. Pero en *Pagliacci* hay algunas arias hermosísimas, las que corresponden al papel de Canio. Vezzi nunca hubiera interpretado a Turiddu en *Cavalleria*, por ejemplo.

Ricciardi escuchaba con la máxima atención. Captaba ávidamente la información, analizando las situaciones que podían haberse creado la noche en que se cometió el delito.

—Entonces, si dejamos de lado los papeles principales, ¿la compañía es la misma?

—Puede ser la misma, pero en general no lo es. En el caso que nos ocupa, Vezzi contaba con una compañía reunida expresamente para él, mientras que *Cavalleria* fue interpretada por una compañía que actúa con frecuencia en el San Carlo.

—¿O sea que los ensayos se hicieron por separado y las compañías nunca estuvieron en contacto?

—No, excepto algún ensayo de la orquesta, destinado a que sus miembros estudien y repitan las entradas y alguna escena, es difícil que las dos compañías lleguen a superponerse. Incluso en las representaciones, como las de anoche, entre las dos hay tiempo suficiente para que se alternen sin estar en contacto. Como es natural, muchos se conocen. El ambiente no varía, es siempre el mismo.

—Hablando de la orquesta. Es la misma, ¿no?

—Sí, es la misma. La del teatro, con su director. Un caballero, además de un profesional, el maestro Mariano Pelosi. Tuvo una época prometedora, en la que parecía que haría una carrera fulgurante, que llegaría a ser un Toscanini. Pero después se estancó. No obstante, es un director más que digno, y el San Carlo es uno de los principales teatros del mundo.

—¿Y las dos óperas? Cuénteme algo de las tramas.

—Ah, las dos óperas. Tienen argumentos parecidos, aunque tratados de distinta manera. *Cavalleria rusticana* se basa en una obra de Verga, y transcurre en Sicilia, la mañana de Pascua.

Tiene un solo acto, con el entreacto del que le he hablado. Hay un hombre, Turiddu, un tenor, que está prometido con Santuzza, pero sigue enamorado de Lola, su antigua compañera, casada con Alfio, un barítono, carretero de oficio. En fin, dos parejas, un antiguo amor y dos nuevos. Santuzza, presa del desaliento y de los celos, le cuenta a Alfio lo que hubo entre los dos, y en un duelo final, Alfio mata a Turiddu. En mi opinión, en esta ópera son más logrados los papeles femeninos, Lola, Santuzza y Lucia, la madre de Turiddu.

»*Pagliacci*, en cambio, está ambientada en Calabria. Dura aproximadamente lo mismo que *Cavalleria*. Una compañía de cómicos llega a un pueblecito; el jefe es Canio, el tenor, el papel que habría interpretado Vezzi. Se trata de un hombre que es cualquier cosa menos alegre, pese a que hace el papel de payaso; en realidad lo envenenan los celos que siente por Nedda, su mujer, que en las representaciones hace de Colombina. Y ella lo traiciona con Silvio, un joven rico que vive en el pueblo. Al final, en una escena dramática y hermosísima, pasan de la simulación a la realidad y Canio mata a Nedda y a su amante, y luego se arranca el disfraz. Lo bonito de la ópera, además de la música, es esa mezcla de verdad y representación, la gente no entiende si fingen o si van en serio, hasta que corre la sangre.

»Como verá, comisario, la temática es la misma, celos, amor y muerte. Como por desgracia ocurre a menudo en la vida cotidiana, ¿no?

—Es posible, padre. Aunque quizá la vida cotidiana presenta también otras complicaciones. El hambre, por ejemplo. En sus óperas, ¿hay hambre? Si supiera usted cuánta hambre hay en los crímenes, padre. Pero volvamos a Vezzi. ¿Qué sabe usted de Vezzi, cómo era en realidad?

—No sabría decirle. En general, cuando puedo, y gracias a la cortesía de Patrisso, mi feligrés que trabaja de portero en la entrada de los jardines, me gusta asistir a los ensayos, en especial los generales, donde salen todos con los trajes. Pero en esta ocasión, el ensayo de *Pagliacci* fue a puerta cerrada. Vezzi suscita gran atención, se dice incluso que es el tenor preferido de Mussolini.

—Sí, eso he oído. Muy bien, padre. Le estoy muy agradecido. Si precisara algún dato más, ¿puedo molestarlo? Como ya le he dicho, yo de estas cosas no sé mucho.

—Por supuesto, comisario; pero permítame que le haga una sugerencia, no estaría mal que de vez en cuando escuchara algo de lírica. Le haría bien ver lo hermoso que puede llegar a ser un sentimiento y su expresión.

Sorprendentemente, el padre Pierino vio en los ojos verdes de Ricciardi la sombra de un dolor inmenso. No era un recuerdo, más bien una condición. Como si, por un solo instante, el policía le hubiese abierto una ventana que daba a un misterioso territorio de su alma.

—Conozco los sentimientos, padre. Y a veces llegan a hartar. Gracias, ya puede irse.

En la puerta, el padre Pierino se cruzó con Maione, que entraba en ese momento.

—Buenos días, padre. ¿Ha impartido ya su clase de ópera?

—Buenos días, sargento. He expuesto algunas nociones, pero dudo que el comisario llegue a ser un asiduo espectador del San Carlo. Si me necesita, estaré en la parroquia.

Tras dirigir a Ricciardi un saludo casi militar, Maione se sentó.

—Le informo, comisario. Anoche obtuvimos las declaraciones y aquí tiene la lista de los que estaban en el escenario interpretando la *Cavalleria rusticana*, y la de los músicos de la orquesta. El doctor Modo nos espera esta mañana en el hospital, pero no antes de mediodía; ayer dijo ya que Vezzi llevaba muerto como mínimo una hora cuando lo encontraron, y por lo tanto había empezado la primera ópera. De manera que podemos excluir a los cantantes de la *Cavalleria* y a los músicos, ¿no? ¿Cuáles eran sus movimientos durante la ópera? Aquí tiene la lista del reparto de *Pagliacci*. En mi opinión, todas estas personas son las que debemos controlar bien.

—Todo, debemos controlarlo bien todo. ¿Y el personal?

—No es que fuesen muchos, pero vimos a los que podían acceder a los camerinos. Es una zona de por sí restringida que, además, cuando viene Vezzi, se convierte en una especie de hotel de lujo, según me contó el portero. Al parecer, cuando alguien se presentaba en la portería, Vezzi pretendía que le pidieran autorización expresa a él para entrar. En fin, podemos excluir al personal encargado del público y a los camareros, los de esta lista de aquí.

Ricciardi sabía que Maione había comprobado a fondo la información antes de presentarse en su despacho. Y que podía fiarse de esos datos.

—¿Y esta mañana a quién tenemos en el San Carlo?

—Al superintendente, seguro. Está como loco, ayer saltaba de aquí para allá, lloriqueaba, un auténtico incordio. Estaba molesto con nosotros, decía que se encargaría de que lo apartaran a usted del caso. También estarán los de la orquesta; me comentaron ayer que por contrato deben ensayar todos los días. Nosotros solo cerramos la zona de camerinos, los jardines del Palazzo Reale, debajo de las ventanas y la entrada lateral, de manera que pueden trabajar entre el escenario y la sala.

Después llamó la gente de Vezzi, el empresario, un tal Marelli, un tipo del norte de Italia; también llamaron de parte de la mujer, una excantante de Pesaro, Livia Lucani. Querían saber cuándo podrán retirar el cadáver para el funeral. Les dije que llamaran más tarde. De todos modos, vienen hacia Nápoles, emprendieron el viaje anoche, llegarán esta tarde a la estación.

—En cuanto lleguen, quiero hablar con ellos. Y ahora vamos al teatro.

En el pasillo de las oficinas, aterido como de costumbre, vieron a Ponte, el auxiliar de Garzo. En cuanto el hombre vio a Ricciardi y a Maione fue a su encuentro.

—*Dottore*, el subjefe quería que... que pasara un momento por...

—Ahora no puedo. Tal vez cuando vuelva. Estoy ocupado con la investigación, sin pérdida de tiempo, según sus órdenes. Mándele mis saludos.

Y se marcharon escaleras abajo, dejando al pobre hombre helado en todos los sentidos, y con el problema de tener que enfrentarse solo a la ira del subjefe de policía.

Ricciardi no tenía intención de malgastar unas horas valiosísimas; sabía demasiado bien que la resolución de los casos era una carrera contrarreloj, pues las probabilidades de éxito disminuían con el paso del tiempo. Un viejo comisario con el que había trabajado sostenía que pasadas cuarenta y ocho horas del crimen, ya no hay manera de descubrir al asesino, a menos que se entregue por voluntad propia. Algo que ocurría las raras veces en que la voz de la conciencia se tornaba ensordecedora y arrojaba el alma de los asesinos directamente al infierno. Con más frecuencia, con mucha mayor frecuencia, prevalecía el deseo de evitar el infierno en la tierra, es decir, el castigo de los hombres.

Recordaba que un par de años antes, un delincuente que había cumplido ya condena, al que habían detenido por hurto, en ese mismo patio de la jefatura, tras dejarse capturar y no haber dicho ni una palabra hasta ese momento, le había quitado la pistola a uno de los dos guardias que lo acompañaban y, sin vacilar, se había pegado un tiro en la sien, matando con el mismo proyectil al guardia que estaba a su lado.

Durante meses Ricciardi vio a los dos en la esquina del patio: el detenido gritaba que él no volvería al infierno de la cárcel, el guardia llamaba a su mujer y a su hijo, y los dos con un buen agujero en la sien derecha.

Fuera, la ciudad estaba atrapada en el torbellino del viento. Las violentas ráfagas impedían a los transeúntes cruzar el espacio abierto de las calles o las plazas, por lo que todos caminaban pegados a las paredes. Los pesados tranvías avanzaban por las vías y parecían oscilar bajo las fuertes rachas; los cocheros de los escasos carruajes iban encorvados en el pescante, con el látigo apretado en la mano. En el aire, el olor a leña quemada de las estufas y al estiércol de los caballos se renovaba con cada ráfaga.

Ricciardi y Maione llegaron al San Carlo en medio de un torbellino de páginas de diario y sombreros arrancados a sus dueños. Como siempre, el sargento avanzaba obstinadamente, un paso por detrás del comisario, que caminaba con la cabeza descubierta y la mirada clavada en el suelo.

En el teatro, el ambiente era muy distinto al de la noche anterior. Luces apagadas, todo limpio y en orden. El fastuoso vestíbulo estaba frío y en silencio. Un joven cronista, encajado en un silloncito y embutido en un pesado abrigo, se levantó como impulsado por un resorte.

—Buenos días, ¿es usted el comisario Ricciardi? Soy Luise, del *Mattino*. ¿Me permite que le haga unas preguntas?

—No. Pero puede pasarse por la jefatura, donde el subjefe de policía Garzo se las responderá encantado.

—En realidad, el dottor Capece, el jefe de redacción, me dijo que hablara con usted, que es quien se ocupa directamente de la investigación.

—Por favor, jovencito, no me haga perder el tiempo. Estoy ocupado, de modo que no contestaré a ninguna pregunta. Y tenga la bondad de retirarse.

En el camerino de Vezzi, aparte del cadáver, que ya se habían llevado, todo estaba exactamente como la noche anterior. La sangre se había coagulado y manchaba de negro la alfombra, el sofá y las paredes. En un rincón, Ricciardi veía la imagen del tenor que repetía su canto, con las lágrimas surcándole el rostro y la mano tendida.

De brazos cruzados, el comisario se preguntaba qué sería lo que el tenor quería detener con aquella mano. Y por qué se había quedado sentado, con la cara en el cristal y un largo pedazo de vidrio clavado en una arteria. Se acercó al sofá, contempló el abrigo. Supongamos que lo hayan dejado aquí después de morir el tenor, pensó, ¿quién lo habrá traído de vuelta y por qué? Un asesino que consigue alejarse del lugar del crimen no regresa enseguida, a menos que se vea obligado. Y con toda la gente que había, ¿quién podía moverse libremente por los camerinos? Lanzando un suspiro, Ricciardi llamó a Maione; era hora de empezar a conocer más de cerca al hombre que cantaba en aquel rincón, mientras la sangre le brotaba a borbotones de la garganta.

El secretario de Vezzi era un hombre visiblemente trastornado. Stefano Bassi, así se llamaba, no sabía imaginarse su vida sin el maestro.

—No tiene usted idea, comisario. No tiene usted idea de lo que el maestro ha sido para mí. No puedo creer que todo esto sea verdad. Y además de este modo tan atroz.

Hablaba con voz temblorosa, de forma inconexa, retorciéndose las manos. Ordenado, de estilo atildado, aspecto agradable y físico espigado, Bassi siempre había sido la viva imagen de la eficiencia, pero ahora, al verse privado de su punto de referencia, no sabía por dónde empezar. Se ajustó a la nariz las gafas con montura de oro.

—No me separé de él ni un instante. Pero esa maldita costumbre de maquillarse y vestirse a solas. Era una especie de conjuro, una obsesión. El capricho de Vezzi, solía decir él. Ya no volveré a oírlo reír y tampoco cantar con su voz de ángel. Me parece mentira.

—¿Dónde estaba ayer, durante la representación de *Cavalleria rusticana*? ¿Cuándo lo vio por última vez?

—Estaba en la sala, con el superintendente, puede comprobarlo usted. No me moví de allí en toda la representación. No lo hicieron del todo mal, por cierto, especialmente el barítono, el que interpretaba a Alfio. Al maestro lo habíamos saludado antes, cuando se retiró a su camerino. Siempre decía que nadie debía verlo con el traje fuera del escenario, que traía mala suerte. Tenía un carácter, no sé cómo calificarlo, digamos que firme. No había que llevarle la contraria. Era de esas personas que siguen su camino sin desviarse. Sabía ser... duro. Pero si lo complacías, si desaparecías en el momento adecuado, entonces, era el jefe ideal.

—¿Si desaparecías en el momento adecuado? Explíqueme mejor en qué sentido lo dice.

—En el sentido de que con frecuencia pedía que le dejaran libertad. Libertad para hacer lo que quería. Era un artista, ¿sabe usted? Un gran artista, el más grande en lo suyo. Hasta el Duce...

—Lo consideraba el mejor de todos, un orgullo nacional, ya lo sé. ¿Y ayer? ¿Notó usted si estaba, no sé, de mal humor, o distinto de lo habitual?

Bassi soltó una risita nerviosa.

—¿De mal humor? Cómo se nota que no lo conoció. El maestro siempre estaba de mal humor. Consideraba a todo el mundo inferior a él e indigno de interponerse entre él y sus metas. Eliminaba con un gesto de la mano, como si de una mosca se tratara, a todo aquel que se pusiera en su camino. Y eso hizo anoche, en el momento de retirarse a su camerino, una hora antes del comienzo de *Cavalleria*. Le gustaba maquillarse solo, no sabría decirle por qué, quizá así se relajaba. Creo que no consideraba a ningún maquillador digno de tocarle la cara.

—Gran tipo. ¿Hacía mucho que trabajaba usted para él?

—Un año y medio. Creo que soy el que más ha aguantado. Mi antecesor acabó en el hospital con la nariz rota. A mí me fue mejor, un poco por mi carácter, un poco por necesidad, soy de los que aguantan. Además, el maestro era de los que pagaban muy bien. No sé qué voy a hacer ahora.

—Que usted sepa, ¿tenía enemigos? Alguien a quien le interesara verlo muerto, quiero decir. Dinero, mujeres. Lo que sea.

—¿Quiere saber si había alguien que hubiese sufrido un agravio o a quien el maestro hubiera maltratado de alguna manera? No me alcanzaría el día entero para enumerarlos a todos. Pero tanto como para quererlo muerto... Verá, comisario, el mundo de la lírica es peculiar, hay mucha gente cuyo sustento depende de los artistas. Los empresarios, las empresas discográficas, los propietarios de teatros, la gente como yo. Y cuando se trata de un gran artista, que mueve multitudes, en cuyas representaciones se cuelga siempre el cartel de agotadas las entradas, entonces,

comisario, créame que no hay nadie que lo quiera muerto, y mucho menos envejecido, enfermo o loco. Todos lo mimamos, y soportamos de buen grado sus extravagancias. O alguna bofetada de vez en cuando.

—¿Y fuera del ambiente?

Bassi se ajustó otra vez las gafas en la nariz.

—En la vida del maestro no había nada fuera del ambiente. Cuando alguien es tan grande y, además, está acostumbrado a que lo consideren así, no puede relacionarse con nadie de fuera de su ambiente. En un año y medio, creo que nunca lo vi hablar con nadie que no tuviera que ver con la lírica.

—¿Desde cuándo estaban ustedes en la ciudad?

—¿Ésta vez? Hacía tres días. El tiempo de preparar la representación; el maestro solo se presenta al ensayo general y sin traje, él solo con traje de calle y los demás, con los de escena, le gustaba de ese modo. Veníamos de Roma, donde habíamos firmado unos acuerdos para una gira por Estados Unidos para este próximo otoño. No sé qué vamos a hacer ahora, la verdad. Tendré que hablar con el señor Marelli, el empresario y agente del maestro. Llegará en tren a última hora de la tarde.

—Sí, lo sé. Yo también tengo que hablar con él. Puede marcharse, pero no se aleje del hotel, porque tal vez precise volver a hablar con usted.

—**L**a verdad, comisario —dijo Maione, cuando Bassi se marchó—, el maestro Vezzi debía de ser un hijo de puta de marca mayor. Posiblemente era tan talentoso como lo pintan, pero también un hijo de puta. Ayer, en el escenario donde reunimos a todos, comentaron que se presentó al ensayo general con dos horas de retraso, y como había pedido ensayar su ópera en primer lugar, todos tuvieron que esperarlo. Cuando el director de orquesta se permitió quejarse, estuvo diez minutos insultándolo a gritos, fue una gran humillación. ¿Quiere hablar con el director?

Ricciardi asintió, distraído; tanto Bassi como el padre Pierino habían dicho algo que había disparado las alarmas de su instinto, pero no conseguía dar con el detalle y verlo con claridad. ¿Qué sería? Ya le vendría a la cabeza.

El director de orquesta, el maestro Mariano Pelosi, bebía. Ricciardi se dio cuenta enseguida, en cuanto le vio la cara, incluso antes de que se sentara delante del escritorio, en el pequeño despacho del director de escena.

Lo dedujo por el retículo de venitas que le cubría la nariz, los ojos ausentes y llorosos, el leve titubeo al hablar, el temblor apenas perceptible de las manos. En su eterna búsqueda de los motivos del dolor había visto a muchos como él; el vino servía de refugio a las debilidades y de estímulo a las soluciones impetuosas. Resultaba fácil encontrar en el vino la fuerza para cometer un crimen, derribar las barreras de la conciencia, reaccionar a las propias frustraciones.

—Ninguno de nosotros sale de su asombro, comisario. El teatro es un lugar para la alegría y el sentimiento, en el teatro la gente encuentra, y debe encontrar, sosiego a la locura de la vida diaria. Y en los tiempos que corren hay mucha locura, ¿no le parece? Uno no se espera que la locura llegue a un paso del escenario. Es exactamente como en *Pagliacci*, donde Canio mata a Nedda y a Silvio en escena, y la gente no comprende de inmediato si es realidad o ficción. Nunca se comprende de inmediato si es realidad o ficción.

—Maestro, hábleme de su relación con Vezzi. Me dicen que en el ensayo general tuvieron una, ¿cómo diría yo?, una discusión.

—Con Vezzi, Dios se divirtió, comisario. Se divirtió al dar un talento inmenso a un hombre de poca valía. Muy poca. En escena era fantástico; en cuarenta años de carrera, jamás había escuchado una voz ni visto una presencia iguales. Y mire que llevo vista a mucha gente. Caruso mismo, el gran Caruso, no tiene la tesitura, la convicción que tenía la voz de Vezzi. Por no hablar de su capacidad escénica, de su capacidad interpretativa. Parecía imposible que estuviese fingiendo. La diferencia con los demás cantantes era tan notable que, en ocasiones, hacía que la orquesta se equivocara. Su maestría restaba convicción a los demás, los hacía dudar. A sus compañeros, a los músicos de la orquesta. Al director mismo. Incluso a mí.

—Volvamos a la tarde del ensayo.

—Ah, sí, la tarde del ensayo. Llevábamos casi dos horas preparados. Habríamos podido y deberíamos haber ensayado *Cavalleria rusticana*, pues ese es el orden correcto, pero Vezzi quiso empezar con su ópera, porque no quería esperar. No sé si usted sabrá, comisario, que el ensayo general es exactamente igual que una representación, todos actúan con los trajes de escena. Vezzi no quiere ponerse el traje antes de salir a escena delante del público. Es, mejor dicho, era una manía suya. Eso en sí mismo confunde a quienes deben actuar con él, porque parece un intruso. También regañó con violencia a Bartino, el barítono que encarnaba a Tonio, a la Siloty, la soprano húngara que interpreta a Nedda. Además, ese retraso... Tengo que tomar unos medicamentos a una hora determinada, y me quedé encerrado en el foso con los miembros de mi orquesta. Estaba muy, pero que muy nervioso. Y entonces, cuando apareció sin disculparse ni dar explicaciones, tranquilo como si hubiese llegado antes de la hora, no aguanté más y me quejé. No me propasé con él, por la edad podía haber sido mi hijo. Y él... él... se puso a gritarme. Que era un viejo loco, un fracasado...

Mientras lo contaba, Pelosi empezó a conmovirse. Le temblaban los labios, y el músculo de la mandíbula se le estremecía al tratar de contener el llanto. Intento inútil, porque unos gruesos lagrimones surcaron las mejillas hirsutas del director de orquesta. Maione tosió, incómodo. Ricciardi, en cambio, lo miraba inexpresivo, como si no se hubiese dado cuenta de la emoción del viejo.

—¿Y usted? ¿Cómo se sintió usted al verse atacado delante de todos a pesar de tener razón?

—En la vida de todos, comisario, hay encrucijadas. El camino se bifurca, una es la senda correcta, la otra es la senda equivocada; lo malo es que en ese momento uno no lo sabe. Siempre cree que puede retroceder cuando quiere. Sin embargo, nunca se retrocede, nunca. Hace muchos años, demasiados, elegí la senda equivocada. Es algo que yo sé, que saben todos. Pero la música es mi vida, lo único que sé hacer. Ahora trato de trabajar lo mejor posible, y de no implicar a los demás en mis errores. Vezzi era de los grandes; con su presencia todos salimos..., salíamos ganando. Sus insultos me hirieron, sí, creo que fue un genio y un hombre profundamente egoísta y malvado, como suelen ser los genios. Pero como habrá podido comprobar usted, en toda la velada no me moví del foso de la orquesta. Yo no soy el asesino que busca.

Al salir Pelosi, Maione dijo:

—Cuanto más escucho a la gente, más me convengo de que ese Vezzi era un desgraciado. Y me pregunto cómo debe de ser trabajar para alguien que te da asco. Usted, por poner un ejemplo, no es que sea comunicativo, la verdad. Pero nosotros sabemos qué piensa. Al menos casi todos. En fin, hay que descartar que los que estaban en el escenario, incluida la orquesta, puedan haberlo asesinado.

Ricciardi parecía sumido en sus pensamientos.

—Recapitulando —dijo—, Vezzi muere degollado, o al menos con una esquirra de vidrio clavada en la carótida. Lo encontramos sentado en el camerino, con la cara sobre la repisa. Sangre por todas partes, menos en el abrigo, la bufanda, el sombrero y en uno de los cojines del sofá. La ventana abierta, la puerta cerrada. Y sabemos que para un cantante la principal preocupación son las corrientes de aire, especialmente antes de salir a escena. En los camerinos no entra nadie que no sea conocido. Todos los que, para bien o para mal, tenían alguna vinculación con Vezzi, estaban en la sala, bajo la mirada de los demás, y ninguno salió. Todos lo odiaban, pero a nadie le convenía hacerle daño. Un verdadero acertijo.

—El detalle del abrigo, la bufanda y el sombrero me parece importante. ¿Usted cree entonces que alguien entró sin ser visto y huyó por la ventana después de matar a Vezzi?

—No. Las prendas estarían sucias. Además, en el camerino hay un armarito que tiene sombrerera. Vezzi era ordenado, se deduce por la forma en que cuidaba sus cosas, por el hecho de que se maquillara solo, por los objetos de tocador del cuarto de baño. Alguien los sacó y los dejó en el suelo y encima del sofá. Pero ¿por qué? ¿Y cómo es posible que todo el sofá esté manchado de sangre salvo un pequeño cojín? No cuadra. Falta algo que debemos encontrar.

Ricciardi no dijo que el otro elemento eran las lágrimas en la mejilla del payaso que cantaba, las palabras que decía, la mano tendida.

—Por cierto, Maione, ve al hotel donde estaba Vezzi, pregúntale a Bassi, su secretario, en cuál se alojaba. Averigua si alguien se acuerda de cómo iba vestido ayer cuando salió, si alguien notó algo distinto de lo habitual, si antes fue a algún sitio. Y también a qué hora salió por la tarde para ir al ensayo general. Quiero saber por qué llegó con retraso. Yo seguiré un rato más aquí.

Fuera del despacho del director de escena y en compañía de éste, se encontraba el duque Spinelli, el superintendente. Su inquietud y sus saltitos eran los mismos de la noche anterior, pero se notaba en él una nueva deferencia, una actitud más sumisa. Evidentemente, debía de haber tomado conciencia de que sus relaciones no eran suficientes para conseguir que apartaran a ese comisario maleducado e irreverente de la dirección de las investigaciones. Sin embargo, su tono seguía siendo pomposo.

—Buenos días, comisario. No quería molestarlo mientras estuviese ocupado con los interrogatorios. Quería decirle que estoy a su total disposición, y junto conmigo todo el personal del teatro. Se nos ha informado de lo importante que es descubrir al vil asesino, y es nuestra intención brindarle nuestra más amplia colaboración.

Ricciardi lo miró fríamente. Se lo imaginaba tieso y con aire ofendido mientras ponía al mal tiempo buena cara, al recibir instrucciones de sus superiores.

—No lo dudo, duque. No lo dudo. Necesitaría un calendario completo de las

representaciones programadas últimamente, digamos desde que empezó el montaje de las óperas al día de hoy. Quiero saber también las fechas en que Vezzi estuvo en el teatro. Director, dígame, ¿desde qué entrada se accede más rápido a los camerinos?

Lasio se pasó la mano por el cabello rojizo; era de esos hombres que parecía desaliñado sin estarlo, tal vez por la piel clara y pecosa o por la cabellera rebelde. Lucía una camisa de cuello rígido, con las puntas redondeadas y la corbata con el nudo flojo. No llevaba chaqueta y tenía el chaleco desabrochado.

—Seguramente la entrada secundaria, la que da a la calle junto a la verja de los jardines. Entrando por allí hay que subir un tramo de escaleras y los camerinos están cerca. La escalera es estrecha y está medio oculta, hay que saber dónde está, pero el acceso es directo. El personal de escena la utiliza si precisa salir un momento del teatro durante la representación.

—¿Y en la puerta hay alguien?

—Durante la representación, no. Apagamos la luz del zaguán para concentrar al personal en la entrada central, y cerramos el portón. Pero hay una puerta lateral.

Ricciardi se quedó pensando.

—Durante la representación, ¿qué miembros del personal pueden acceder a los camerinos, además de los asignados al escenario?

—En condiciones normales, nadie. Excepto el personal médico, claro, y el de sastrería, encargado de llevar los trajes de escena que precisan de los últimos ajustes. Pero yo intento que el ajetreo se reduzca al mínimo; no quiero ruidos, distracciones ni desorden. Cuanto más ajetreo, mayores las posibilidades de que se produzcan errores en las entradas. No hay nada peor que una entrada anticipada o retrasada, créame.

—Comprendo. ¿Y dónde está la sastrería?

Intervino el superintendente.

—En la cuarta planta, comisario. Hay un montacargas que se usa para llevar rápidamente los trajes para los cambios en los camerinos. En algunas óperas hay decenas de cambios de vestuario entre acto y acto. Me acuerdo de que en cierta ocasión se...

—Sí, ya me lo imagino —lo interrumpió Ricciardi—, pero ahora quisiera ver la sastrería. ¿Están trabajando?

—Claro, no paran de trabajar. —El superintendente volvía a tener cara de ofendido, como si acabaran de abofetearlo, pero se mostró más cauto que la noche anterior, y añadió—: No obstante, para el personal será un placer poder colaborar.

A la sastrería de la cuarta planta se accedía por una escalera estrecha o en montacargas. Ricciardi quiso comprobar ambos accesos; subió en la cabina jadeante, sostenida por cables chirriantes, y bajó por la empinada escalera. Desde lo alto del balcón corrido había una vista espectacular del escenario y del foso de la orquesta. Un pesado cortinaje ocultaba la perspectiva sobre la sala. Al final de un largo pasillo se llegaba a una puerta que daba a otro universo.

Parecía una fábrica de sueños. Sedas y brocados, tejidos de oro y plata, de todos los colores, del rojo al violeta, del amarillo al azul y al verde. Sombreros y gorros de distintas épocas, uno al lado de otro en amplias sombrereras: cilindros, yelmos romanos y vikingos, complicados tocados egipcios; tules, velos, delicadas zapatillas de baile y pesados zapatones de soldado. Entre todo aquel material, numerosas mujeres vestidas de manera uniforme, como la señora Lilla: camisas azules con unas pesadas tijeras colgadas al cuello con una cinta, cabello recogido y cubierto en parte por una cofia blanca. Se movían con pericia en aquel desorden aparente, cortando, cosiendo y planchando. Fuera el viento aullaba, mientras por las ventanas altas entraba la luz intermitente del sol, interrumpida por las nubes que se desplazaban por el cielo.

Ricciardi era una mancha oscura en medio de aquella fiesta de colores. El abrigo gris, la tez morena, mientras su mirada recorría sin descanso la gran sala. El superintendente daba saltitos a su lado.

La señora Lilla fue a recibirlo, molesta y con aire expeditivo. Ése era su reino y no aceptaba intromisiones. La actitud belicosa hacía que pareciera todavía más imponente.

—Buenos días. ¿Qué necesitan? Vamos retrasadas con el trabajo, debemos arreglar todos los trajes del pobre Vezzi para el sustituto.

El superintendente dio un paso adelante.

—Buenos días. Señora, le ruego que usted y sus colaboradoras se pongan totalmente a disposición del comisario, que precisa de ustedes para continuar con su investigación. Ése será su principal cometido.

La señora Lilla se encogió de hombros.

—Siempre y cuando lo tenga usted presente cuando los trajes para la representación de esta noche no estén listos. ¿Qué quiere saber?

Ricciardi se dirigió a ella sin saludarla y sin sacar las manos de los bolsillos del sobretodo.

—¿Cómo se reparten el trabajo? ¿Hay alguien que se ocupe de algunos cantantes en especial, por ejemplo?

—No. Cada cual tiene su especialización, unas cosen, otras cortan

principalmente. Todas saben hacer de todo, la sastrería es el orgullo de este teatro. Pero cada una sabe hacer algo mejor que las demás, y a eso la dedico.

—¿De modo que Vezzi no tenía una sastra que lo atendiera en exclusiva?

—¡Ay no, por favor! Vezzi volvía locas a mis muchachas; si una sola se hubiese encargado de él, ya le diría yo quién lo había matado. No, no. De la prueba se ocuparon Maria y Addolorata, el otro día. Al traje de payaso, me refiero; porque los de Canio estaban listos de otra función. Después completaron el trabajo Lucia, que es la mejor en los acabados, y Maddalena, a la que ya conoció usted, la que bajó conmigo para la entrega. Ella se ocupó de la última modificación; es joven, pero va adquiriendo destreza.

—¿Dónde están estas cuatro? ¿Las puedo ver?

—Sí, con el ruego de que no nos haga perder demasiado tiempo. Están allá al fondo.

Ricciardi se acercó a una mesa ancha, a la que estaban sentadas las cuatro jóvenes; sobre el tablero estaba el traje del payaso, en el que todas trabajaban con los ojos gachos. Así vistas, de uniforme y con las tijeras y las agujas en la mano, parecían iguales. El comisario reconoció a duras penas a la muchacha pálida que la noche anterior había visto tambaleándose casi bajo el peso del traje.

—Buenos días a todas. ¿Cómo va el trabajo?

Se oyó un murmullo de asentimiento, pero fue la señora Lilla quien contestó.

—Menudo trabajito. Vezzi era un hombre grande y corpulento, con barriga. Su sustituto es delgado y bajito, no entiendo de dónde saca la voz. Tenemos que cortar los trajes de nuevo.

Ricciardi se dirigió otra vez a las muchachas.

—¿Alguna recuerda haber visto u oído algo raro en el camerino de Vezzi? Una palabra, un objeto. Un cambio de humor.

Una de las cuatro, morena, de ojos vivarachos, levantó la vista, la posó en el comisario y esbozó una sonrisa.

—El humor de Vezzi no cambiaba nunca, comisario, era siempre negro como este botón. En el mejor de los casos, te daba una palmada en el culo. En el peor, era como si una fuese transparente.

—¡Maria! ¡Cuidadito con cómo hablas aquí dentro! —exclamó la señora Lilla. Pero se notaba que el comentario la divertía. Ricciardi comprendió que así no iría a ninguna parte.

—Si os acordarais de algo, me lo hacéis saber, o venís a la jefatura, o se lo decís a la señora Lilla.

Entretanto entró el director de escena; su aparición provocó un cambio espectacular en la señora Lilla, que se sonrojó, bajó la vista y empezó a arreglarse nerviosamente la erizada cabellera rubia con las dos manos. Lasio se dirigió a

Ricciardi.

—Comisario, en la entrada principal hay un hombre que pregunta por usted, dice que es el doctor Modo, el forense. Buenos días, señora Lilla.

La mujer respondió con voz amable y aterciopelada, a kilómetros de distancia del brusco vozarrón que había empleado hasta ese momento.

—Buenos días, señor director. Caballeros, estamos a su disposición, vuelvan cuando gusten.

En la entrada principal estaba el doctor Modo, que fumaba buscando protegerse del viento frío detrás del portón. En cuanto vio a Ricciardi, sonrió.

—En el teatro de buena mañana, ¿eh? Esclavo del vicio.

El comisario hizo una mueca.

—Hola, doctor. ¿Tú por aquí? Ya me echabas de menos, ¿eh?

—Oye, ¿me invitas a comer?

—Pides demasiado. Yo me conformaba con una pizza en el carrito de siempre. Te invito a una *sfogliatella* y un café en el Gambrinus, creo que es un acuerdo justo.

—Derrochador. Y eso que dicen que eres riquísimo. De acuerdo, me conformo, con tal de no seguir aquí con ese ventarrón.

Caminaron en silencio, recorriendo con el viento en contra los doscientos metros que los separaban del café; el doctor sujetándose con fuerza el sombrero y el cuello del abrigo, Ricciardi con las manos en los bolsillos y el pelo revuelto. Analizaba los elementos reunidos esa mañana; tenía la sensación de encontrarse en posesión de las piezas de una marioneta de madera y no saber cómo montarlas; y también tenía la desagradable impresión de no haber prestado la debida atención a algo. Pero ¿qué era?

Entraron frotándose las manos y ocuparon la mesita que solía utilizar Ricciardi, la que estaba junto a la vidriera que daba a la via Chiaia. El doctor resopló mientras se quitaba el sombrero, el sobretodo y los guantes.

—¿Cuándo se ha visto semejante tiempo a finales de marzo? Tú porque eres de un pueblo de montaña, pero yo que soy de mar te digo que de jovencito, en esta época, ya me zambullía desde el peñasco de Marechiaro. Ni siquiera en los Alpes, durante la guerra, hacía este frío en marzo.

—No te quejes, que así te conservas mejor. Como tus cadáveres.

—Un momento, un momento, es que a lo mejor oigo voces como Juana de Arco. Me ha parecido oír un chiste. Pero a ver, ¿tú no eras el comisario Ricciardi? ¿El taciturno comisario Ricciardi, el hombre que no sonrío?

—Y ya lo ves, no sonrío. ¿Qué me cuentas? Te me has adelantado, esta tarde hubiera ido a verte.

Modo sonrió melancólico.

—Nunca me han presionado tanto para que me diera prisa, hasta de Roma, del ministerio. Pero a quién han asesinado, ¿al Papa? Tu amigo Garzo, con su simpatía habitual, esta mañana me ha mandado a Ponte, su auxiliar, nada menos que dos veces. Si había novedades de los análisis y la autopsia, en la jefatura querían saberlo enseguida.

—¿Y hay novedades?

—Pues verás, no lo sé. No estoy seguro, te diría que siguen en pie los comentarios que te hice anoche. Aunque hay algo raro, se trata más bien de una sensación. Pero existe, la sensación existe.

El camarero se les acercó. Ricciardi pidió dos *sfogliatella* y dos cafés.

—¿Qué sensación? ¿Hay sensaciones en tu oficio? Pensaba que solo había rigor científico.

—Ahora sí que te reconozco, el sarcástico comisario Ricciardi, dispuesto a poner la ciencia en segundo plano. Pero la ciencia puede ayudar a tus sensaciones. Puede confirmarlas o desmentirlas.

El camarero regresó con el pedido; el doctor se abalanzó como un hambriento sobre su *sfogliatella*. Mientras el bigote entrecano se le teñía de blanco con el azúcar que cubría la tierna pasta, acompañaba los bocados con gruñidos de placer.

—Mmm..., si me preguntas qué es lo que me gusta de esta ciudad, te diré que las *sfogliatella* de hojaldre. Ni el mar, ni el sol, las *sfogliatella* de hojaldre.

Ricciardi, que se alimentaba de *sfogliatella* y pizza a días alternos, trató de que el doctor volviera a centrarse en Vezzi.

—¿Y se puede saber qué sensación tuviste? Comprendo que estás viejo, pero últimamente tienes problemas para mantener la concentración.

—Oye, que estoy más despierto yo con cincuenta y cinco años que los dos médicos de veintisiete con los que me reúno en consulta, y a ti te consta. Como recordarás, ayer te mencioné enseguida la equimosis debajo del ojo izquierdo. Se trata de un puñetazo, de un golpe.

Ricciardi asintió con la cabeza.

—Recibió un golpe, un golpe fuerte, porque tenía una fractura en el pómulos, nada serio, pero fractura al fin y al cabo.

—¿Y entonces?

—Entonces es imposible que el hematoma esté tan circunscrito. ¿Tienes idea de lo rápido que se forma un hematoma con un golpe así? Debería haber tenido como una pelota debajo del ojo. Sin embargo, presentaba apenas una pequeña equimosis.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Quiere decir, y ya sé que lo sabes porque te lo noto por los ojos, que nuestro gran tenor, amigo de los ministros del fascio, un mal rayo lo parta, ya estaba muerto cuando recibió el golpe, o le quedaban apenas unos segundos de vida. El negro corazón casi no bombeaba sangre.

—Oye, Bruno, deja de hacer tantos comentarios antifascistas, o algún día acabarás recibiendo una paliza, lo veo venir.

Con la boca llena de crema y café, que no había dejado de engullir mientras hablaba, Modo sonrió de oreja a oreja y dijo:

—¡Pero yo tengo amigos en la policía!

—Bueno, tú sabrás. Por lo tanto, o ya estaba muerto o agonizaba. ¿Y para qué iban a golpearlo si ya estaba muerto?

Ricciardi clavó la mirada en el médico, que estaba de espaldas a la vidriera. Detrás de él, la niña muerta tendía el hatillo de trapos hacia ellos diciendo: «Ésta es mi hija. Yo le doy de comer y la lavo». El comisario suspiró.

—¿Te pasa algo? —preguntó Modo, al ver la expresión de dolor en la cara de Ricciardi.

—Me está entrando jaqueca. No es nada, un simple dolor de cabeza.

—Eres un tipo raro, Ricciardi. El más raro que hay, lo dicen todos. Sabes bien que la gente tiene miedo de tus silencios, de tu determinación. Es como si te quisieras vengar. Pero ¿de qué?

—*Dottore*, hablo contigo con mucho gusto. Eres eficiente, honrado; una persona que si puede dar algo más, lo da, y en los tiempos que corren ya es mucho. Pero si quieres que siga hablando contigo, no me preguntes nada más, por favor.

—Como quieras, perdona. Pero cuando uno trabaja con alguien durante mucho tiempo, acaba tomándole cariño. A veces pones cara de dolor. Y yo el dolor lo conozco, créeme.

No, no lo conoces, pensó Ricciardi. Conoces las enfermedades y los lamentos. Pero el dolor, no, ese que llega después y corrompe el aire que respiras y deja un tufo dulzón que se te pega a la nariz. La putrefacción del alma.

—Gracias, Modo. Sin ti ya me habría suicidado. Si las investigaciones revelan algún dato más, te mantendré informado. Una curiosidad —añadió Ricciardi, poniéndose en pie—, ¿por qué me lo has contado a mí y no a Ponte, el auxiliar?

—Porque tu amigo Garzo lleva traje negro, por eso, y tú de negro solo tienes el humor. Cuando salgas, paga, que un trato es un trato.

Delante de su despacho, Ricciardi se encontró con Maione y con Ponte. Al primero lo saludó con una inclinación de la cabeza, y al segundo no le hizo caso. Entró seguido por el sargento, que se quitó el abrigo. El militar hizo ademán de cerrar la puerta, pero el auxiliar asomó la cabeza.

—Perdóneme, *dottore*, pero no quiero pasar por este mal trago. El dottor Garzo me ha pedido que le dijera que en cuanto regresara fuese usted a verlo. ¡Ni siquiera ha ido a comer!

—Pero si tanta necesidad tiene de hablar con el comisario, ¿por qué no viene él? —preguntó Maione, sarcástico.

—¿Está usted loco, sargento? ¡Ése solo sale de su despacho para ir a ver al jefe de policía! Se lo pido por favor, *dottore*, por favor, no me haga usted pasar por este mal trago.

—Ponte, en este momento estoy ocupado con una investigación, como ya sabe o

debería saber el jefe de policía. Si tiene alguna comunicación que me pueda ayudar, que me la envíe. Si no, póngame por escrito que tengo que ir a verlo en lugar de trabajar. Él mismo me ordenó que no debía ocuparme de otra cosa.

Ponte lanzó un prolongado suspiro.

—Está bien, *dottore*, entiendo. Se lo diré, y que Dios me coja confesado. Usted a lo suyo.

Cuando el auxiliar se marchó, Maione se sentó y sacó la libreta.

—Vamos a ver... Vezzi se alojó en el Vesuvio, en el paseo marítimo, donde suele quedarse cuando viene a Nápoles. Llegaron en tren el veintiuno, a última hora de la tarde, él y Bassi, su secretario. El personal del hotel, para variar, no lo podía ni ver; dicen que le echaba un rapapolvo a todo aquel que se le ponía a tiro, que nunca había nada que le gustara, etcétera. Pero no ocurrió nada digno de mención, no discutió con nadie hasta el punto de que quisieran acabar con él. El ensayo general estaba programado para las seis de la tarde del lunes veintitrés. Vezzi salió a las cuatro y no regresó hasta bien entrada la noche, después del ensayo. El portero se acordaba bien porque le preguntó si necesitaba un coche y él le contestó que no se metiera donde no lo llamaban. Ayer salió a las seis para ir al teatro, y llevaba el abrigo negro largo, el que ya sabemos, un sombrero negro de ala ancha, una bufanda blanca de lana con la que se tapaba la cara para evitar el viento. El portero le deseó buena suerte, él hizo los cuernos y le echó una mirada aviesa. Eso es todo. Ah, por cierto, fíjese si estará agitado el mar, que llega casi hasta el hotel.

Ricciardi había escuchado atentamente, con las manos entrelazadas delante de la boca y los ojos fijos en Maione.

—¿A qué hora llegan, el empresario y la mujer de Vezzi?

—Dentro de dos horas, a la estación de Mergellina —contestó Maione tras echar una mirada al reloj de pulsera.

—Entonces, tráeme a Bassi; hay algo que no entiendo.

El secretario de Vezzi se presentó atildado y elegante como siempre, el cabello peinado con raya al medio, la cara recién rasurada, las gafas con montura de oro que él se ajustaba a la nariz con un gesto repetido y nervioso.

—¿Debo preocuparme, comisario? ¿No seré sospechoso? Le recuerdo que pasé la velada sentado en la primera fila, cerca del señor superintendente.

Ricciardi hizo un gesto de leve fastidio, como quien ahuyenta un insecto.

—No, Bassi. Diría que no. Pero hay algo que no entiendo; usted dijo que, para complacer a Vezzi, su colaborador debía saber desaparecer en el momento adecuado y dejarlo libre. Explíqueme mejor en qué sentido. ¿Qué quiere decir en concreto?

Bassi dio la impresión de que acababan de pillarlo desprevenido. Con el índice de la mano derecha se ajustó las gafas a la nariz.

—¿En concreto? Pues en concreto significa que el maestro quería... discreción. Uno debía adivinar lo que él quería antes de que hablara, como les ocurre a todos aquellos que están dotados de una gran personalidad.

—Verá usted, Bassi, le he hecho una pregunta bien clara. Créame, no estamos en un convento, aquí se oye todo tipo de cosas. Sé que usted insinuaba algo y pretendo que me explique qué era.

Bassi perdió al instante la seguridad en sí mismo. Y empezó a hablar con voz queda.

—El maestro tenía sus debilidades. ¿Y quién no? Era un hombre que siempre y en todas las circunstancias buscaba su gratificación. Y le gustaban las mujeres, sobre todo las del prójimo. Muchas veces llegué a pensar que no soportaba la idea de que una mujer prefiriese a otro. A quien fuese. Entonces iba y se la quitaba. O intentaba quitársela; normalmente lo conseguía.

—Pero ¿no estaba casado? ¿No es su esposa la que llegará hoy en el tren?

—Bueno, casado es un decir. Su esposa es un tipo de mujer que..., verá, era cantante, una contralto. Abandonó su carrera hace diez años, cuando se casaron. Y desde que el hijo se les murió de difteria hace cinco años, prácticamente ya no volvieron a hablarse. Cada cual hacía su vida. Pero, como usted comprenderá, comisario, el maestro era amigo personal del Duce. La familia no se puede destruir. Así que, para guardar las formas, siguieron juntos. Pero solo para guardar las formas.

—Comprendo. De modo que Vezzi le daba trabajo. ¿Y aquí en Nápoles? ¿Cómo se portó estos días? ¿Hizo algo, fue a algún sitio?

—No lo sé, comisario. Cuando... cuando tenía sus cosas, el maestro me pedía que me fuera. Decía: «Ya no te necesito, nos vemos a las siete, o a las ocho, o a las nueve». Con eso yo me daba por enterado y lo dejaba solo. De todos modos, siempre había cosas que hacer, así que...

—¿Y en los últimos días le pidió que se fuera?

—Sí, el lunes; el día del ensayo general.

—¿Y le dijo algo?

—Sí, algo raro, me preguntó dónde se tomaba la línea siete del tranvía.

En cuanto Bassi se marchó, Ricciardi le preguntó a Maione qué trayecto hacía la línea siete del tranvía. El sargento se ausentó unos minutos y, al regresar, ya disponía de la información.

—Vamos a ver, comisario. Tranvías de la línea siete hay dos. El siete rojo, que sale de la piazza del Plebiscito y llega a la piazza Vanvitelli, en la colina, por encima del barrio del Vomero; y el siete negro, que sale de la piazza Dante y sube hasta el Vomero, pero termina en el piazzale de San Martino. Me lo ha dicho Antonelli, que conoce todos los transportes de la ciudad, con lo que queda demostrado que los del archivo se pasan de la mañana a la noche mano sobre mano. Ahora bien, al siete negro lo llaman «la carroza de los enamorados pobres», porque lleva hasta un bosquecillo desde el que se ve toda la ciudad, donde me ha dicho Antonelli que se reúnen las parejas. El siete rojo es el tranvía que cogen los que trabajan en el centro y viven en las casas nuevas. ¿Cuál habrá cogido Vezzi?

—El siete negro, sin duda.

Ricciardi decidió entonces aprovechar el tiempo que faltaba para que llegaran la esposa de Vezzi y su empresario, y se dedicó a hacer una rápida inspección de la línea del siete negro. En realidad, debía reconocer también que se trataba de un pretexto para no presentarle a Garzo un informe que ya no podía postergar más. No le hacía gracia exponer teorías poco elaboradas o incompletas, pero tampoco podía inventarse un asesino si no lo tenía. Por eso le pidió a Maione que se quedara de guardia, por si alguien se presentaba a prestar declaración espontáneamente, y se fue a pie hasta la piazza Dante.

El viento había amainado un poco y el cielo se estaba poblando de nubarrones, tal vez fuera a llover. A primera hora de la tarde la calle era un hervidero de gente y de vendedores ambulantes.

Ricciardi continuaba reflexionando mientras caminaba: ¿por qué el tranvía? Un carruaje o uno de los cincuenta taxis de la ciudad habrían sido la solución más lógica. O incluso el funicular, el hermoso y moderno funicular central inaugurado tres años antes, el verdadero motivo del progresivo aumento de la población del nuevo barrio, el Vomero, el preferido por la burguesía.

La única razón por la que Vezzi podía haber preferido el tranvía era el anonimato. Que no lo reconocieran. ¿Y por qué? Porque el propósito del tenor no era dar un simple paseo tonificante. Se trataba de otro tipo de paseo; por lo tanto, también había que excluir una visita de cortesía a algún amigo noble.

La parada del tranvía, en la piazza Dante, se encontraba al pie de una larga subida

que llevaba al Vomero. Ricciardi sacó el billete y se sentó cerca de la ventanilla. Por el camino, hacia Port'Alba, entrevió la imagen de un miembro de la camorra acuchillado durante un ajuste de cuentas por el que habían detenido inmediatamente al responsable: un joven que ambicionaba hacer carrera en la sociedad, pero que, por el contrario, pasaría ahora treinta años pudriéndose en la cárcel. El muerto, un hombre grande y grueso, con los brazos en jarras, reía hasta partirse la garganta, literalmente, porque tenía el cuello abierto de oreja a oreja y a través de la herida se veía borbotear la sangre y el aire de su último aliento. Se mofaba de su asesino y de su falta de valor; un fatal error de apreciación. El tranvía emprendió la marcha con una sacudida.

A medida que subía, los edificios fueron raleando; no obstante, Ricciardi vio numerosas obras. Una ciudad en construcción, que poco a poco iba ganando terreno al campo. El terremoto del año anterior había dado paso a las necesarias consolidaciones y reestructuraciones, se habían producido algunos derrumbes con varios muertos, aunque la que había quedado arrasada había sido la lejana Hirpinia. Había también edificios nuevos, nuevas calles. Otros barrios que vigilar, otras fortunas; y nuevos crímenes y delitos, pensó el comisario con un suspiro.

El viento frío fue aumentando en intensidad a medida que el tranvía se encaramaba con esfuerzo a la colina; Ricciardi lo veía claramente por cómo se agitaba la vegetación, ahora más densa. Árboles, arbustos; parcelas cultivadas, senderos de tierra batida que se internaban en el campo, aquí y allá casitas rodeadas de palmeras. A los costados de la calle, por cuyo centro discurrían las vías, algunas barracas donde las mujeres hacían la colada y los niños jugaban al aire libre.

Un muchacho, con un perro y dos cabras atadas con una cuerda, vendía requesón y pan a un grupito de albañiles que descansaban, cerca de una obra en construcción. Uno de ellos, algo más apartado, tenía la cabeza inclinada de una forma poco natural. El comisario apartó la vista; otro más de los miles de accidentes de trabajo de los que nunca se sabía nada.

El tranvía llegó al final del trayecto, en la plaza nueva, delante de la cárcel militar. Ricciardi se acercó al responsable de la taquilla y le preguntó si conocía alguna pensión en los alrededores. Tras recibir las indicaciones se dirigió hacia una casita baja no muy alejada donde, en una placa de metal pintada de verde, se leía en letras amarillas: «Pensión Belvedere».

La propietaria mostró al principio cierta desconfianza, pero cuando él se identificó, la mujer dijo recordar al señor corpulento que «hablaba en extranjero, del norte» y que había estado allí el lunes 23. Estuvo tres horas en su habitación, donde se reunió con él la señora. La señora había llegado por su cuenta, no llegaron juntos. Sí, había dicho «su habitación»; el señor se la había alquilado por tres meses y había pagado por adelantado. ¿El señor comisario quería verla?

Ricciardi se encontró en una habitación limpia, desde cuya ventana se veía un panorama espectacular. No había ningún objeto personal, salvo una brocha, jabón y una cuchilla de afeitar cerca del lavabo, en un rincón. Ni rastro de presencia femenina, nada en la cómoda, nada en el armario, excepto un batín nuevo, en apariencia jamás utilizado. Lo cogió, como si quisiera juzgar su consistencia. En el hombro había un largo cabello rubio.

Al salir, el comisario le dijo a la señora que podía considerar que la habitación estaba libre, porque su inquilino no iba a volver; la dueña de la pensión no disimuló su contrariedad.

—Yo esperaba que renovara el alquiler. Aunque cuando se lo pregunté no me contestó. Se marchó muy apurado.

—¿Cómo que renovara? ¿No había alquilado por tres meses desde el lunes veintitrés?

—No, comisario. Tres meses a partir del veinte de diciembre pasado. Fue entonces cuando vinieron por primera vez. La plaza todavía estaba en obras.

—Y la señora que se reunía con él, ¿era siempre la misma?

—Sí, comisario. Siempre la misma. Se notaba que era joven, llegaba sola, nunca con él.

—¿Sabría describírmela?

—La verdad es que no. Llevaba sombrero, bufanda, un abrigo pesado. Nunca le vi la cara. Ni siquiera contestaba cuando la saludaba, nunca la oí hablar. Es una lástima, porque él parecía contento. ¡Y qué propinas tan buenas me dejaba!

La noticia arrojaba nueva luz sobre los acontecimientos, pensó Ricciardi mientras recorría la bajada que llevaba a la plaza panorámica y el mirador. Así que Vezzi había venido a Nápoles en diciembre; esa era la otra vez a la que Bassi había hecho referencia con tanta sutileza. Era ese el detalle que había hecho que se dispararan las alarmas de su instinto y que no había conseguido aclarar enseguida. Pero también en las palabras del padre Pierino había algo más, algo que todavía no estaba claro. ¿Qué sería?

El tranvía salía al cabo de un cuarto de hora. Decidió asomarse al nuevo mirador. La ciudad se extendía a sus pies, bajo un cielo cada vez más cargado de lluvia; vista así, mientras se encendían las primeras luces, no parecía que en ella bulleran tantas pasiones y emociones. Pero Ricciardi sabía bien cuántas capas había debajo de aquella tranquilidad aparente. Para el régimen, ni un crimen, tan solo seguridad y bienestar, así se había establecido por decreto. Pero los muertos velaban en las calles, en las casas, pidiendo paz y justicia.

Se acercó al murete, y allá abajo vio la tortuosa escalinata de la via Pedamentina que desde San Martino llevaba al corso Vittorio Emanuele. Un camino largo y agradable, que flanqueaba una pendiente cubierta de espesa vegetación. Las farolas

colgantes, que alumbraban la escalinata, se balanceaban al viento. La última luz de la tarde iluminaba todavía un pequeño parque con bancos, el lugar de encuentro de los enamorados que no podían pagarse una habitación durante tres meses, ni siquiera durante tres horas.

Ricciardi vio dos parejas en los bancos: un marinero intentaba abrazar a una muchacha que lo mantenía a raya riendo; un joven elegante, delgado, tal vez un estudiante, tomaba de la mano a una mujer que lo miraba con aire soñador. Ricciardi apartó la vista; a unos cuantos pasos del marinero vio sentado en el suelo a un hombre que con ambos brazos se sujetaba con fuerza el abdomen, como si quisiera abrazarse. Por la boca le salía una espuma amarillenta y burbujeante. Tenía los ojos vidriosos. Incluso desde tan lejos, el comisario oía sus palabras: «Sin ti no hay vida. Sin ti no hay vida. Sin ti no hay vida...». Se envenenó, pensó Ricciardi. Barbitúricos, ácido, lejía. ¿Cuál es la diferencia?

Algo más atrás, la silueta de una joven mujer se balanceaba en una rama; colgaba de una tira de tela, tal vez una bufanda. Parecía una fruta tardía de invierno, como un racimo de uva que, escapado de la vendimia, no se hubiese secado todavía. Los ojos desorbitados, el rostro cárdeno, la lengua horriblemente hinchada y azulada asomaba entre los labios tumefactos. El cuello estirado por la tracción, las piernas y los brazos tendidos y compuestos. Seguía repitiendo: «Amor mío, ¿por qué? Amor mío, ¿por qué?». Un paraje para enamorados, pensó el comisario. Había visto otros «habitados» de ese modo; la gente iba a buscar la paz a los lugares donde había sido feliz, sin saber que la paz no existía, ni siquiera tras la muerte.

Mientras observaba a los vivos y a los muertos, le vino a la cabeza la publicidad de un reconstituyente que a menudo veía en el diario. Antes y después de la toma, pensó.

Antes y después del amor.

La bocina del tranvía resonó en el aire; sin mudar la expresión, Ricciardi se dio la vuelta y despacio empezó a subir la cuesta.

La iglesia de Santa Maria degli Angeli estaba helada. En la nave y el interior de la cúpula, por la que se filtraba la luz de un sol que no calentaba, se oía el silbido incesante del viento. En los bancos frente al altar, unas cuantas viejas entonaban cánticos sin fin, con palabras trabucadas de una lengua ya olvidada, e imploraban la clemencia de Dios y de los santos.

Los frescos de la bóveda y las paredes narraban la vida de María, desde la visita del arcángel a la ascensión al cielo. La proporción de las naves, la dolorosa y devota pericia del artista hablaban del amor de Dios por los hombres, y desde hacía siglos, los napolitanos consideraban que aquel era el lugar adecuado donde acudir a solicitar una gracia, con alguna esperanza de ser atendidos en sus quejas. Olvidaban puntualmente que de ellos dependía que el destino les fuera favorable.

Se llegaba a la iglesia desde la piazza del Plebiscito, tras subir por la via Gennaro Serra; tal vez a causa de la leve fatiga del paseo la gente esperaba obtener la recompensa de ver cumplidos sus deseos. En especial, durante esos días en que el viento del norte barría las aceras y sacudía las conciencias.

En la penumbra del fondo se ocultaba una mujer. Un largo chal negro sobre la rubia cabellera y la cara, la cabeza inclinada. Ocultaba su belleza, su cuerpo, los ojos azules. Le habría gustado rezar, pero le faltó valor.

Levantó la mirada y contempló el fresco de la cúpula, manchado de humedad, donde se representaba el Paraíso.

La mujer sonrió con tristeza. Un Paraíso maltrecho, en ruinas. Un Paraíso soñado, pintado en colores vivos y después perdido. Le pareció su propia historia. Había imaginado una vida nueva, un nuevo amor. Echó un vistazo a su alrededor y vio las hermosas figuras de la vida de María. La pureza, la inocencia. Sin embargo, ella... No había entrado para pedir perdón, no se arrepentía de la traición. Había ido allí para pensar cómo se las arreglaría, después de haber estado tan cerca del paraíso, para no terminar en el infierno.

A las veinticuatro horas exactas del asesinato de Vezzi, Ricciardi volvió a entrar en la jefatura. Tal como preveía, delante de su despacho se encontró con Maione y con Ponte. La tensión se notaba en el aire, seguramente, ambos habían sostenido más de una discusión; el sargento tenía los ojos inyectados de sangre; al auxiliar le temblaban los labios.

—Por fin, *dottore*. Yo ya no sé qué decirle al subjefe de policía. Aquí, el sargento, la toma conmigo. Yo trato de cubrirlos hasta donde puedo, pero...

—¡Qué vas a cubrir tú, que eres el lameculos de un lameculos! Lo que tienes que

hacer es dejarnos trabajar, ¿lo entiendes o no lo entiendes? Si tenemos que informar cada cinco minutos, ¿cómo vamos a avanzar?

Ricciardi sopesó si debía intervenir y dijo:

—Deja, Maione. Yo me ocupo. Tú ve a recoger al empresario y a la esposa del tenor, que estarán a punto de llegar. Ponte, acompáñame al despacho de Garzo.

Ésta vez, el subjefe de policía no se levantó para recibir a Ricciardi. Ni siquiera lo invitó a sentarse.

—Vamos a ver, Ricciardi, se lo preguntaré una sola vez. ¿Cómo lleva la investigación?

Lleva. Dijo lleva, no llevamos.

—Sigo investigando. Si hubiese tenido novedades, se las habría comunicado, naturalmente. ¿No habíamos quedado en eso?

—¡Aquí las preguntas las hago yo! —le soltó Garzo—. ¿Tiene idea de las presiones a las que estamos sometidos? Desde Roma nos llegan despachos cada hora. Los diarios no hablan de otra cosa. Han llamado de *Il Mattino* para protestar vivamente por el trato que le ha dispensado esta mañana en el teatro a uno de sus cronistas, un tal Luise. Se vengarán, Ricciardi, lo sabe, ¿verdad? No se tarda nada en pasar de «brillante investigador» a uno que «da palos de ciego». ¿Qué tengo que decirle al jefe de policía? ¿Y qué tiene que decir él a los de Roma? La oficina del Duce está más en contacto con el alto comisario de la ciudad por la muerte de Vezzi que por el terremoto del año pasado. Usted debe, repito debe, darme algún dato.

—Yo no hablo a tontas y a locas, dottor Garzo. Nunca. Si doy algún dato, significa que lo tengo.

La seguridad de Garzo se fue desmoronando.

—¡Pero no sé qué decirles! Se lo ruego, póngase en mi lugar. ¡No puedo fingir que no sé nada!

—Diga que tal vez sea un crimen con trasfondo pasional. ¿Acaso la pasión no está siempre detrás de un crimen? Diga eso, sea cual fuere la solución, usted habrá estado en lo cierto.

Garzo se animó.

—Tiene razón, Ricciardi. ¡Muy bien, estupendo! Esto los aplacará durante un tiempo. Pero, por favor, no me deje a oscuras. Si descubriera algún otro dato, le ruego que me lo comunique de inmediato.

—De acuerdo, le doy mi palabra. Pero mantenga a la prensa y a Ponte lejos de mí.

—Cuenta con ello. A seguir trabajando, Ricciardi.

Al regresar a su despacho, Ricciardi trató de poner en orden sus ideas. Vezzi había llegado a Nápoles en viaje oficial, acompañado de Bassi, poco antes de Navidad. Se había quedado unos días, había alquilado el cuarto en la pensión Belvedere. Había estado allí el mismo día del ensayo general, y por eso se le había

hecho tarde. El largo cabello rubio en el batín. Por tanto, una mujer. Y una mujer que había que ocultar con cuidado.

Al parecer había varias personas con buenos motivos para quererlo muerto, o al menos para vengarse: el director de orquesta, por ejemplo. O el mismo Bassi, al que mortificaba continuamente. O los barítonos, las sopranos y los camareros.

Pero Ricciardi se había hecho a la idea de que la gente del teatro difícilmente habría dado ese tipo de desahogo a su amor propio; la conveniencia era lo primero. Además, estaban habituados a actuar, a fingir. No, no veía él a un cantante o un músico de la orquesta tramando por puro resentimiento un crimen tan atroz y llevándolo luego a la práctica. Además, las características del homicidio estaban marcadas por el impulso: la pelea, el espejo roto, toda aquella sangre. En cualquier caso, no se trataba de un crimen premeditado. Y antes de que lo mataran, el tenor estaba a solas en el camerino, maquillándose y preparándose. El capricho de Vezzi. ¿Quién podía haber sido entonces? Ricciardi sabía que debía buscar a los dos viejos enemigos: el hambre y el amor.

Maione se asomó por la puerta.

—*Dottore*, el empresario y la señora están en la salita. ¿A quién hago pasar primero?

Mario Marelli era un hombre de negocios; se notaba por cómo vestía, por su forma de hablar, por sus gestos. Incluso por sus rasgos: la mandíbula cuadrada, voluntariosa, la nariz imponente y la mirada azul, límpida, bajo las cejas pobladas. El pelo, con un corte impecable, peinado con brillantina, las sienes algo encanecidas; en la camisa blanca e impecable, de cuello redondeado, destacaba una corbata oscura, bien anudada. Debajo de la chaqueta cruzada, de raya diplomática marrón, resaltaban los botones del chaleco y por el bolsillo asomaba la leontina del reloj de oro.

—Comisario, no malgastaré su tiempo ni el mío fingiendo sentirme afectado. Vezzi era una pésima persona, ya se habrá hecho usted una idea; y si no se la ha hecho, se lo digo yo. En los diez años que llevo trabajando para él, no he conocido a nadie a quien le cayera bien. Exceptuados los poderosos de Roma, claro está. Eso sí que se le daba bien, lamerle el culo a los poderosos.

—¿Cómo es que no estaba con él en Nápoles?

—Estuve para organizar el asunto, antes de Navidad; es entonces cuando se acuerdan las condiciones del contrato, los pagos y demás cláusulas. Después, cuando se representa la ópera, no es necesario que el empresario esté presente. En el caso que nos ocupa, cuanto menos tiempo pasaba con ese degenerado, mejor para mí. Por tanto, procuraba con sumo cuidado no seguirlo.

—Cuando vino antes de Navidad, ¿recuerda si Vezzi se alejó durante algún tiempo?

—¿Vezzi? Todo el tiempo. Tal vez no me he explicado: dejaba a mi cargo la parte contractual, hablar con la superintendencia, con la orquesta, con el director de escena del espectáculo. Él solo se dedicaba a todo lo relacionado con su persona. La sastrería para los trajes, el camerino, el maquillaje. Solo le interesaba vestirse, maquillarse y cantar. El resto del mundo debía girar a su alrededor. Pasamos cuatro días en la ciudad, y puede que yo lo viera unas tres veces, durante unos minutos. Ah, creo que en una ocasión comimos juntos, en ese restaurante de Piedigrotta, ese tan famoso. Me acuerdo porque devolvió el pescado dos veces, la cocción no era de su agrado. Tendría que haber visto la cara del dueño. Qué sinvergüenza.

—¿Cuáles son los motivos de su resentimiento? Está claro que sus relaciones eran especialmente críticas, no solo las profesionales.

—Era imposible tener buenas relaciones con Arnaldo Vezzi. Le diré más, la única manera de tener alguna relación con él consistía en dejarse pisar y complacerlo en todo. Es una fórmula que puede funcionar en algunas ocasiones, pero existen circunstancias particulares en que esa postura se vuelve indefendible.

Ricciardi se inclinó levemente hacia adelante y preguntó:

—¿Por ejemplo?

—Por ejemplo, cuando en Berlín se emborrachó y se presentó ante el canciller con una hora de retraso. O cuando lo encontraron en el hotel con una niña de trece años, hija del dueño del establecimiento. O aquella vez en Viena, cuando presa de la ira porque, según él, se la tenían jurada, partió contra el suelo un violín de cincuenta mil liras, después de arrancárselo al músico de la orquesta. ¿Quiere que siga?

—Entonces, ¿cómo mantenían la relación profesional? ¿Sobre qué bases?

—Es sencillo, sobre la base de que era un genio. Un genio absoluto. Además de su voz extraordinaria, su saber estar en escena, tenía la capacidad para interpretar a la perfección cualquier papel, metiéndose dentro del personaje. Y cuando digo que se metía dentro del personaje, es en sentido literal, porque se imbuía del alma de aquel al que interpretaba, se identificaba con él a la perfección. Yo tengo una teoría. Creo que lo conseguía porque él carecía de alma propia. De manera que escribía sobre una pizarra limpia, no tenía emociones propias que ocultar. Una víbora.

—¿Y entonces?

—Entonces no había un tenor mejor. Representarlo era como dirigir el tráfico. Si él hubiese querido, habríamos podido contar con compromisos apalabrados para los próximos diez años.

Ricciardi frunció el ceño, perplejo.

—Entonces, para usted, su muerte supone un serio daño, ¿no? Ha perdido usted un trabajo importante. Por lo demás quizá no, pero solo por ese motivo debería mostrarse bastante afectado.

—No, comisario. Si todavía no se ha enterado por el imbécil de su secretario, se

lo digo yo. Vezzi había decidido prescindir de mi colaboración. Había dicho, de forma muy noble como era habitual en él, que podía conseguir las mismas retribuciones y, además, ahorrarse el diez por ciento. Mal que me pese, debo reconocer que tenía razón.

—De modo que prácticamente lo había despedido.

—Prácticamente, pero a partir de la próxima temporada. Seguiría siendo su representante hasta que finalizara la presente. De modo que, por desgracia, todas las quejas, las penalizaciones exigidas, las multas seguían llegando a mi despacho.

Ricciardi no acababa de verlo claro.

—Pero las decisiones artísticas, las óperas que cantaría, las fechas, todo eso lo acordaba con usted, ¿no?

—¿Quién, Vezzi? Cómo se nota que no lo conocía —soltó Marelli con una amarga sonrisa—. Debería ser así y es así en el caso de los demás artistas que represento. Pero no con Arnaldo. Él hacía lo que le venía en gana, en el momento en que se le ocurría. Incluso cambiar de idea y decidir lo contrario echando a perder el trabajo de decenas de personas. Verá, comisario, lo que de verdad me aflige de toda esta historia es haberme perdido la próxima temporada de Vezzi, la que él habría gestionado directamente. Estoy seguro, créame cuando se lo digo, que entre multas y penalizaciones habría pagado por lo menos el doble de sus ingresos. Solo yo sé el trabajo que me costaba tratar de reparar los daños que causaba.

—¿Y cómo es que aceptó representarlo si era un personaje tan difícil?

—¿Sigue usted la ópera, comisario? ¿No? Entonces permítame que le explique algo. Mi generación, digamos que los que ahora tienen más de cuarenta años, quedará ligada para siempre a la ópera. Igual que nuestros padres y nuestros abuelos. Ligados a la pasión, a la alegría y al dolor que encontrábamos en el escenario, al principio desde el gallinero, después desde el patio de butacas, y los más afortunados, desde el palco. Era y sigue siendo una ocasión de encuentro, una forma de reconocer melodías conocidas, apasionantes.

»Pero las cosas están cambiando, no hay más que echar un vistazo a nuestro alrededor. La radio, las canciones bailables. El jazz, la música de los negros de Estados Unidos. Y sobre todo el cine. ¿Ha tenido ocasión de ver una película sonora? Me parece que en Nápoles tienen ustedes dos salas. En Milán ya son cuatro, y en Roma, nada menos que seis. Y eso que llegó a Italia más o menos hace un año. Hoy en día, la gente quiere hacer, no quiere escuchar. Ya no le basta con sentarse y mirar, o como máximo aplaudir o abuchear; ahora la gente quiere bailar, canturrear, silbar. Estar ahí, en la escena, ver de cerca a los dos protagonistas cuando se besan con pasión. O ir al estadio y ver a veinte energúmenos en pantalón corto. ¿Qué espacio tendremos en el futuro para la ópera? Cada vez menor, se lo digo yo. Cada vez menor.

»Por eso cuando aparecen los Vezzi, hay que protegerlos y salvaguardarlos. Porque nace uno cada cien años. Uno como Vezzi llena el teatro cada vez que canta. Aunque cante cien veces lo mismo, la gente va a oírlo cien veces. ¿Por qué? Porque cada vez la gente siente algo nuevo, algo diferente. Un encanto distinto. Entonces, mejor un Vezzi con todas sus locuras, los defectos, las maldades y las humillaciones que inflige, que mil profesionales válidos y meticulosos, aplicados y respetuosos del trabajo ajeno, pero sin talento. Ésos siempre tendrán el teatro medio vacío, se lo dice Marelli; y de esto Marelli sabe, señor comisario.

Ricciardi asintió con una mueca. Ya había oído esas argumentaciones.

—Pero entonces, en su opinión, ¿quién podría haberlo matado?

Marelli lanzó una breve carcajada sin alegría.

—Ay, cualquiera. Cualquiera que haya tenido la ocasión de ver su alma negra, aunque fuera por un instante. Yo mismo me sentí tentado de estrangularlo al menos unas mil veces. Pero ¿quién iba a estrangular a la gallina de los huevos de oro? Un hombre de negocios, seguro que no.

—Por cierto, el día veinticinco usted...

—... estaba en la Scala, donde ponían *La Traviata*. Actuaban dos de mis representados. Unos muchachos competentes, profesionales serios. Ellos no llenarán nunca el teatro, pero el próximo año seguirán conmigo.

Otro más. También Marelli, pensó Ricciardi cuando se encontró a solas en su oficina, tenía motivos válidos para guardarle rencor a Vezzi. Y motivos válidos para mantenerlo sano y salvo al menos hasta el final de la temporada. Vete a saber cómo será la vida, pensó, cuando estás rodeado de gente que te odia pero que depende de ti. Tal vez te consideras una divinidad maligna, a la que los fieles ofrecen sacrificios por temor a los rayos o la sequía. O tal vez te sientas solo, todavía más solo.

De todos modos, Marelli también tenía una coartada fácilmente comprobable: el teatro. Tomó nota y llamó a Maione.

—Comprueba si Marelli estuvo en la Scala el veinticinco. Envía un despacho a la jefatura de Milán. ¿La señora Vezzi es de allí?

—Sí, comisario. No se ha levantado el velo ni un instante, no ha dicho palabra. Está ahí sentada, bien erguida, sin echar siquiera una mirada a su alrededor. La verdad es que resulta un poco violento. ¿La hago pasar?

—Sí, hazla pasar. Si quieres puedes irte a casa, creo que por hoy hemos terminado.

—De acuerdo, comisario. Si acaso espero hasta que haya terminado con la señora, por si me necesita.

Ricciardi, nobleza obliga, esperó a la señora Vezzi en la puerta de su despacho. Tuvo así ocasión de verla llegar desde el principio del pasillo, donde estaba la salita de espera. Alta, vestida de negro, con abrigo con cuello de piel, el velo del sombrerito le cubría el rostro. Se adivinaba una figura robusta y lozana, pero el paso era elástico y seguro, no pesado. Unos andares suaves, aunque nerviosos. Como si de un momento a otro la mujer pudiera salir corriendo, sin esfuerzo.

Se detuvo delante de él un instante, inclinó ligeramente la cabeza a un lado. El comisario adivinó la mirada tras el velo que ocultaba sus rasgos. Se hizo a un lado para dejarla pasar; le apartó la silla y, cuando ella se hubo sentado, rodeó el escritorio y se sentó a su vez. Un perfume salvaje, como de especias, impregnó la habitación.

La mujer se quedó quieta un momento. Con un gesto lento y decidido, se llevó las manos al sombrero y se lo quitó. El rostro de rasgos regulares, la tez clara, un ligero maquillaje resaltaba los labios carnosos, los ojos grandes y negros, la nariz recta un poco larga; el óvalo de su cara era proporcionado y adornado por un hoyuelo en la barbilla. La señora Livia Lucani, viuda de Vezzi, era hermosísima y lo sabía. Miraba con curiosidad al comisario, tan diferente a como se lo esperaba.

Frente a ella, sentado con las manos entrelazadas, Ricciardi la miraba fijamente a la cara con ojos inexpresivos. Se preguntaba qué había en la mirada altiva de ella. Tal vez orgullo, el eco de un dolor. Pero no era un dolor reciente, no por la muerte de su

marido. Sino de algo más antiguo. A veces Ricciardi prefería a los muertos, decían siempre lo mismo, pero por lo menos hablaban. En cambio, los vivos te miraban y no sabías qué estaban pensando. Especialmente las mujeres.

Tras unos momentos, aunque tuvo la impresión de que había pasado mucho tiempo, Ricciardi habló.

—Señora, en primer lugar, en mi nombre y en el de toda esta jefatura, permita que le demos nuestro más sentido pésame. Quiero que sepa que haremos cuanto esté en nuestras manos para que se castigue al responsable del crimen.

—Gracias, comisario. Le estoy muy agradecida. No me cabe duda de que lo harán.

Livia tenía una voz profunda, modulada. Ricciardi pensó que era natural, le habían comentado que había sido cantante. De todos modos, se sorprendió; era un sonido grave, hondo, pero a la vez dulce y sumamente femenino.

—Tendrá que disculparme, señora, si le hago ciertas preguntas. No tienen más finalidad que la que acabo de exponerle. Si le resulta demasiado doloroso responder, si está fatigada por el viaje o sencillamente si su dolor... En fin, que no quisiera entrometerme. Bastará con que me lo diga y lo aplazamos.

—No, comisario. No estoy cansada del viaje. Éste es el momento y no se hable más. ¿Tendré que... verlo? ¿A mi marido?

Aquella forma de referirse a él..., había una pizca de miedo en el tono de la mujer. No era amor, ni pena.

—Me temo que sí, que tendrá que identificarlo. Es usted su pariente más cercano, así lo dispone la ley. Pero no está aquí, sino en el hospital; la acompañaremos mañana.

—¿Cómo ocurrió? Verá..., no me lo han dicho. ¿Cómo lo hirieron? ¿Lo... lo desfiguraron?

El horror. El miedo a no poder mirar de frente los destrozos. Ricciardi conocía ese sentimiento, se lo encontraba a menudo.

—No, señora. Una sola herida, mortal, y no en la cara. Tal vez fortuita, no causada voluntariamente. Una pelea. Todavía no lo sabemos. Pero no está desfigurado, no.

Livia se llevó una mano temblorosa y enguantada a la cara. No quería llorar y no iba a llorar. Había agotado las lágrimas años antes. Pero temía que ver el cadáver del hombre al que hacía tiempo había amado quizá fuese demasiado para ella. Además, le resultaba difícil no sentir curiosidad por el hombre que tenía enfrente; sus ojos verdes, fijos, tan raros en aquel rostro moreno. La nariz afilada, cuyas fosas nasales temblaban a veces. La línea de las cejas, levemente curvada en el centro con un ceño casi natural. Los labios finos, un tanto apretados, el movimiento espasmódico de la mandíbula. El mechón de pelo sobre la cara, como un muchacho, que suavizaba la

impresión de dureza general. Le recordaba una esmeralda sin engazar, fría e indiferente, pero atractiva y encantadora. No conseguía apartar los ojos de él.

En apariencia, Ricciardi no se percataba de la insistencia con que la mujer lo estaba observando, y él, a su vez, la escrutaba, tratando de descifrar sus emociones. Si en la base de los crímenes estaban el hambre y el amor así como las alteraciones de estas necesidades, entonces una mujer, una mujer hermosa, podía ser el origen de un móvil. Aunque estuviera lejos, una esposa podía provocar decepción, celos, envidia y desencadenar una reacción. Ricciardi había visto muchas mujeres así, y sabía que vería muchas más.

La que tenía delante, además, era una mujer capaz de volver loco a cualquiera. En sus ojos negros, profundos y expresivos, Ricciardi notaba una gran energía, así como una fina inteligencia y la conciencia de la propia belleza, una mezcla más potente que cualquier explosivo.

—¿Cuánto tiempo llevaba sin ver a su marido, señora?

—Tres meses, creo. Más o menos desde Navidad.

Ricciardi la miraba fijamente.

—No le parece normal, ¿verdad? Lo sé. Pero la mía nunca fue una familia normal. Con Arnaldo no se podía tener una familia. Él..., bueno, debería haberse quedado solo. En realidad, en nuestro matrimonio todo seguía el hilo de su carrera. Como usted sabrá, en estos tiempos ya no se puede tener una carrera, una imagen pública, sin contar con una hermosa familia. Y entonces hace falta un matrimonio. Un bonito matrimonio público.

—¿Y usted, señora? ¿Qué ventajas obtuvo?

Livia no pareció percatarse del sarcasmo en la voz de Ricciardi. Miraba a lo lejos, sin ver, como siguiendo el andar de los recuerdos.

—¿Ventajas? La ventaja de contraer matrimonio con un genio, el más grande de todos los tiempos. Y con el hombre amado. Que se cree amar. O que se ha amado. ¿Está usted casado, comisario?

—No, yo no. ¿Cómo es eso de estar casado? Explíquemelo, señora.

—No lo sé. En estos años, en todos estos años, no recuerdo haber sentido que era mío. Claro, están la casa, los muebles, las fiestas. Las personas importantes, el partido, las autoridades. Cuadros, esculturas. Premios. Los viajes, las sonrisas para la prensa, los destellos del magnesio. Incluso los aviones. Los coches cama. Más sonrisas. Pero de puertas afuera. De puertas adentro, me quedaba sola, esperando. ¿Esperando qué?

—¿Y él? ¿Qué hacía entretanto?

Con la mirada perdida en el vacío, Livia seguía el recuerdo de su soledad.

—Él por ahí, de paseo. Cuando regresaba, yo protestaba, le pedía explicaciones. «¿Cómo te atreves? Cumple con tu papel. Yo vivo, soy el gran Vezzi. Déjame vivir,

déjame ir». Y el amor...

—¿Y el amor?

—El amor se termina. Los brazos que te estrechaban se transforman en barrotes que te rechazan. La cara que acariciabas con la mirada, en sueños, se convierte en la señal de tu fin. Y en el fin de tus aspiraciones, de tu carrera. Yo era una buena cantante, ¿lo sabía usted, comisario? Realmente buena. Canté en Nueva York, en Londres. También aquí, en el San Carlo, en el año veintidós, interpreté *L'italiana in Algeri*. Pero después lo sacrifiqué todo en el altar del dios Vezzi. No sé por qué se casó conmigo, por qué me eligió precisamente a mí. En estos años, me lo he preguntado cien, mil veces. Podía haber tenido a quien quisiera, nobles damas, herederas de inmensas fortunas, pero me eligió a mí. Estaba prometida con un conde florentino cuando nos presentaron, pero él ni siquiera se percató de ese detalle. Empezó a cortejarme mandándome montañas de rosas, cartas, mensajes; parecía haber enloquecido. Después lo vi así otras veces; él era así. Cuando quería algo, lo que fuese, no dormía, no vivía hasta conseguirlo. Y así fue conmigo.

Ricciardi escuchaba, absorto. Buscaba en las palabras de Livia el germen de la venganza, pero no lo encontraba.

—¿No siente rencor o rabia por la vida que ha llevado? ¿No siente que le robaron algo que le pertenecía?

La mujer levantó la vista y la clavó otra vez en aquellos ojos verdes. Se hundió en ellos durante un momento que se prolongó con desmesura. Vio en ellos la conciencia del sufrimiento y reconoció el sentido del dolor.

—¿Ha perdido usted a alguien, comisario? ¿A alguna persona muy querida?

Ricciardi calló un instante y volvió a ver al hombre de San Martino, el que se apretaba el vientre con las manos y repetía «sin ti no hay vida», mientras la mujer colgada preguntaba por qué.

—Digamos que conozco ese tipo de pérdida; en mi trabajo he visto muchos casos y conozco la ausencia.

—Entonces, si conoce la ausencia, sabrá que se convierte en una condición. Uno se acostumbra, si sobrevive. Yo me acostumbré. Hace seis años tuve un hijo de Arnaldo. Creí recuperar los gestos de la alegría y del amor perdido. Pero estaba escrito que no sería así. El mismo Dios que me había condenado a cadena perpetua, me quitó la alegría que me había dado. ¿Es mejor ser ciego de nacimiento o volverse ciego? ¿No conocer los colores o al menos poder recordarlos? Esto también es algo que me he preguntado mil veces. Tantos años preguntándome siempre lo mismo.

—¿Qué le pasó al niño?

—Murió de difteria cuando tenía un año. Arnaldo no me lo perdonó nunca, como si lo hubiese matado yo. «Ni siquiera has sabido ser madre», me dijo. Le hacía falta un hijo, tanto como una esposa, tal vez más. Era la continuidad, el futuro. Y además,

la prueba de su virilidad, de la aptitud de su simiente, para ofrecérsela al partido, a la patria. Qué tonterías. ¿No cree usted que son tonterías, comisario? ¿O es de los que creen en estas cosas?

—No, no soy de éstos. ¿Y después? ¿Qué pasó después? ¿No hubo un acercamiento?

Livia suspiró, pasándose la mano por el cabello recogido.

—No. Pero nunca habíamos estado unidos. Y si un hijo une, perderlo puede separar definitivamente. Eso suponiendo que nuestro matrimonio haya existido alguna vez.

Se detuvo y siguió sus pensamientos. Después miró a Ricciardi a los ojos.

—Comisario, ¿alguna vez ha visto un fantasma?

—Vaya usted a saber. Quizá, a veces. Aunque es posible que todos veamos fantasmas.

—Yo vivo con el fantasma de mi hijo. Me hace compañía, hablo con él. A veces me parece que lo veo, lo siento entre mis brazos, noto su peso.

—¿Y su marido? ¿Qué ocurrió después?

—Siguió su camino, definitivamente. Ni siquiera trataba de mantener las apariencias. Nos veíamos en los actos oficiales, fui a verlo cantar en un par de ocasiones. Él con sus historias, yo con las mías. Sin reproches, ya no hubo reproches.

Ricciardi enarcó una ceja.

—¿Sus historias?

Livia levantó la barbilla, orgullosa.

—Soy una mujer herida de muerte, pero viva. Tuve necesidad de sentirme apreciada, sí. De comprobar si seguía siendo capaz de provocar una mirada, una sonrisa. Si todavía podía recibir un ramo de rosas, una carta de amor. ¿Acaso debía haber seguido siendo fiel? ¿A quién? ¿A un hombre que se pasaba meses fuera de casa? ¿Y que no vacilaba en humillarme, apareciendo en público con otras mujeres? Debería haber visto usted las caras de conmiseración de nuestros amigos, de nuestras amistades importantes. Tal vez confiaba en poder hacerle algo de daño yo también.

—Le pido disculpas, señora. No quería ofenderla, son cosas que no me atañen. Quería saber si había alguien que, de alguna manera, quisiese librarse de su marido. Para llegar a usted, quizá.

—No, comisario. Hace meses que no veo a nadie. Puede comprobarlo fácilmente. Pasé toda la semana en Pesaro, en casa de mis padres. Sola. Como siempre.

Cuando saludó a Ricciardi, antes de volver a cubrirse la cara con el velo, Livia se dio media vuelta y le sonrió inesperadamente. Una sonrisa luminosa, dulcísima. Incluyó la cabeza a un lado y le lanzó una larga y profunda mirada.

—Me hospedo en el Excelsior, comisario. Si me necesita para algo, si tiene más preguntas, avíseme. En cualquier caso, mañana por la mañana aquí estaré para ir a

identificar el cadáver.

Ricciardi comprobó que Maione no se había ido aún; aprovechó entonces para pedirle que acompañara a Livia hasta el hotel. También le pidió que comprobara con la jefatura de policía de Pesaro que la mujer había estado allí en las fechas que acababa de indicarle y si de veras había estado sola.

Después decidió irse a casa. Tenía frío.

Mientras andaba trató de ordenar los datos reunidos durante la larga jornada de interrogatorios. Tenía una ligera sensación de incomodidad, como cuando uno ha olvidado hacer algo, o ha perdido un objeto, o no ha valorado algún detalle de un asunto. Alguien había dicho algo importante, algo necesario, y él no conseguía que ese algo aflorara a su conciencia para poder utilizarlo. ¿Quién sería? ¿Qué sería?

El viento volvía a soplar de forma sostenida; en la calle desierta solo se oía el golpeteo de algún postigo, los cascos de un caballo contra los adoquines y los aullidos en los portones. Los ruidos de la ciudad cambiaban según la estación. En primavera y verano, las ventanas abiertas transportaban al exterior las peleas y las canciones, melodías de piano y hasta suspiros de amor. Las radios compartían los temas bailables con el barrio entero y resultaba difícil, por no decir imposible, no enterarse de las relaciones conyugales nada idílicas de la señora zutana y su marido.

Con el buen tiempo se compartían incluso los olores, y las cocinas de los pobres y de los ricos pugnaban porque a los transeúntes se les hiciera la boca agua al aspirar aquellos aromas a cebolla picada y tomate, ajo y albahaca, trigo y requesón que salían de las cazuelas para alimentar el deseo de llegar cuanto antes a casa.

Los vecinos se saludaban de buen grado cuando las miradas se cruzaban a través de las ventanas mientras trajinaban por la casa o trabajaban ante un escritorio; es más, era un placer aspirar el aire y sentir los mensajes que transportaba.

El invierno, en cambio, no solo cerraba puertas y ventanas, sino también almas. Olores, miradas y músicas se quedaban de mala gana dentro de las casas, disminuyendo en volumen e intensidad, como aletargados, a la espera de mezclarse otra vez.

Ésa noche la tata había preparado la cena y lo esperaba, cosiendo alguna prenda para algún pariente lejano de Fortino; en cuanto lo vio, empezó a exponerle sus preocupaciones de siempre.

—Un nuevo caso, ¿eh? Otro asesinato. Lo noto enseguida, se le muda a usted la cara de tanto obsesionarse. Cuando se trabaja, se trabaja, pero cuando uno llega a casa, tiene que pensar en sus cosas; en cambio, con usted no hay manera. No hace más que pensar en crímenes, sangre y cuchillos. ¿Por qué no piensa en formar una familia, eh? Que van a poner un impuesto, y lo tendrán que pagar los que no estén casados. ¿Qué va a hacer, pagar un impuesto? ¿Se puede saber qué le falta? Puede

usted elegir la mejor mujer de Nápoles, con lo guapo y rico que es. Y además todavía es joven. ¿O se cree que será joven para siempre? A mí me parece que fue ayer cuando era una muchacha hermosa y ahora soy una vieja decrepita. ¿Y al lado de quién me he pasado toda mi vida? ¡Al lado de alguien que ni siquiera desea tener hijos! Ni una satisfacción le va a dar usted a esta pobre viejecita. ¡Hay que tener valor!

Arrullado por el ruido de fondo de los lamentos de la tata Rosa, Ricciardi siguió reflexionando mientras comía. Estaba habituado a los refunfuños de Rosa. La quería mucho, le había hecho de madre y seguía cuidando de él. Juntos habían formado una extraña familia y, aunque en ocasiones le resultaba insoportable con sus comidas pesadas y sus quejas constantes, le tenía mucho cariño y no sabía cómo habría podido arreglárselas sin ella.

A la tata no le faltaba razón, y él lo sabía. El trabajo se extendía como un tumor maligno e invadía el resto de la jornada hasta ocupar también sus sueños nocturnos; él no ofrecía resistencia, pues lo consideraba una compañía más amena que la de una mujer ahorcada que, balanceándose durante meses enteros de la cuerda que le había quitado la vida y las esperanzas, murmuraba su rencor hacia el amor perdido.

El amor que en la ópera, sobre las tablas del escenario, sabía ser sanguinario y despiadado. *Io sangue voglio, all'ira m'abbandono, in odio tutto l'amor mio finì...* No, tata, gracias. No es eso lo que quiero en mi vida. No quiero ser la causa o el efecto del dolor que me llega aullando desde todos los lugares por los que paso. Mejor la soledad. Mejor la ventana.

Había conseguido definir la personalidad de Vezzi, de eso no cabía duda. Un hombre perverso, terrible, un auténtico concentrado de lo peor que podía encontrarse en una persona. Dotado de un talento sin par y de la fascinación que llevaba aparejada. Pero ¿sobre quién ejercía su fascinación? Sobre quienes formaban parte de su ambiente, y de ahí no salía. Sin embargo, tenía una mujer hermosa y, al principio, enamorada. ¿Cómo era posible que no comprendiera el drama que había vivido su esposa al perder al niño? Livia era hermosa, muy hermosa, de eso no cabía duda. Incluso él, que no solía fijarse mucho en esas cosas, se había dado cuenta. Era fascinante, tenía algo felino. Un detalle nada tranquilizador.

—Una mujer tranquila, serena —pedía la tata—. Y que cuando yo me muera, cosa que ocurrirá pronto por cómo me duelen estos viejos huesos, se pueda ocupar de usted. Solo yo sé el trabajo que supone mantener esta casa. Todo el día lavando, planchando, tendiendo, cosiendo botones que siempre se le caen. Y luego preparar la cena, que se enfría porque por la noche nunca regresa a su hora. Pero ¿qué clase de vida es ésta?

¿Se puede llegar a matar por una mujer? Había visto hacerlo por mucho menos que los ojos de Livia o su perfume. ¿Y quién podía acceder a la zona de los

camerinos durante la función? Una persona de fuera habría llamado la atención de todos, pero si pertenecía al ambiente del teatro, habría pasado inadvertida. ¿Habría entrado y salido del camerino? Pero ¿cómo?

Ricciardi sonrió distraídamente a Rosa, la besó en la frente y se fue a su dormitorio.

Empujado por el viento, el mar aullaba en los peñascos. Desde la ventana del tercer piso del hotel Excelsior se veían ráfagas de espuma gris en la noche y las barcas de los pescadores, ancladas lejos de la costa, bailaban agitadamente en medio del oleaje. En la oscuridad de su habitación, Livia fumaba mientras contemplaba el paisaje que la tormenta llenaba de movimiento.

Habría podido salir. Marelli, el empresario de Arnaldo, la había invitado a cenar. Le había insinuado que ya podía volver a cantar; que el nombre de Vezzi ya no habría sido un obstáculo sino, al contrario, una magnífica publicidad. Que ya no existía el impedimento derivado de la sombra del gran tenor. Ya. El santo y seña era la palabra «ya». Ya era libre.

Pero ¿se sentía libre, Livia? ¿O tal vez vería ahora un fantasma más? El aliento, las manos. La voz de Arnaldo. El hombre que era al principio, el hombre en que se había convertido al final. Tal vez no podía haber sido de otra manera para un individuo como él. Tenía miedo de ver su cadáver, miedo de que al final no fuese él.

No sabía por qué le había hablado al comisario. Hacía mucho, pensó mientras aspiraba el humo, que no hablaba de eso con nadie. Incluso sus padres, siempre solícitos y disponibles, que desde la muerte de Carletto la llamaban «la pobre Livia», hacía años que no la oían hablar de Arnaldo. Ni siquiera le preguntaban por él, seguramente porque habían intuido cuál era la situación. Sin embargo, hoy, delante de un extraño y en un momento tan grave, había confesado sus más secretas emociones.

Livia reflexionó sobre lo que había percibido en Ricciardi: la costumbre del sufrimiento. El dolor ajeno transformado en propio y convertido en una condición de vida. No le costaba nada reconocerlo, se sentía atraída por aquel hombre, por su mirada fría e inexpresiva. Había rechazado la invitación a cenar de Marelli, no faltarían oportunidades. Su carrera había esperado mucho, podía seguir esperando una noche más.

En la oscuridad, sonrió amargamente mientras recordaba aquellos ojos verdes. Fuera, el lamento del viento y el mar.

En la cocina caldeada e iluminada, Enrica lavaba y secaba los platos después de haber cenado en compañía de su familia. Reinaba el desorden de siempre, como si hubiese pasado un batallón de lansquenets hambrientos.

De las otras habitaciones llegaban el alboroto de sus hermanos, el llanto de su pequeño sobrino, las voces de su padre, su madre, su hermana y su cuñado. Después de cenar, a Enrica no le molestaba ordenarlo todo, con paciencia y determinación. Su carácter apacible y terco encontraba en el orden su principal expresión. No quería ayuda y rechazaba con una sonrisa los ofrecimientos de su madre, que padecía de artritis, y de su hermana menor, que estaba ocupada con el niño pequeño; se conformaba con que nadie le diera prisa y la dejaran sola en la cocina. Era su pequeño reino. Así era Enrica. Tranquila, sonriente, silenciosa. Sin volverse, echó un vistazo a la ventana. Nada todavía.

Ésa noche, las voces de los adultos parecían un tanto exaltadas. La política, pensó. Siempre la política. A medida que pasaban los años y el régimen se consolidaba, las opiniones de la gente divergían cada vez más. El padre de Enrica, que era liberal, estaba convencido de que progresivamente iban perdiendo libertad, y que quienes pensaban de un modo distinto de la mayoría encontraban cada vez más dificultad para expresar sus ideas sin incurrir en un acto de violencia. Consideraba que la economía estaba estancada y la prueba radicaba en el hecho de que su hija y su yerno se veían obligados, junto con el niño, a seguir viviendo con ellos en lugar de hacerlo por su cuenta.

Pero su cuñado, dependiente en la tienda del suegro y miembro entusiasta inscrito en el fascio, le rebatía que lo suyo era derrotismo, que debía tener fe en las decisiones del Duce y los jerarcas, que eran por el bien de la patria, que ahora había que hacer sacrificios para ser en el futuro los primeros del mundo. Porque ese era el destino de Italia desde los tiempos de Roma: dominar, por el bien de la humanidad. Debían sentirse orgullosos de ser italianos, y aceptar confiados esas renunciaciones; cuando se cumpliera ese destino, llegarían la prosperidad y el bienestar.

A Enrica le dolía que discreparan. Pero tenía la certeza de que se querían y que esa discusión también concluiría con una copita de coñac delante de la radio. Por su parte, ella no sabía qué pensar sobre la cuestión, aunque le parecía que su padre tenía razón. Lanzó una mirada fugaz a la ventana. Nada todavía.

Le constaba que ella misma era un motivo de preocupación para sus padres. Lo intuía cada vez más por las caricias de su madre, los suspiros de su padre cuando la miraba; su hermana menor llevaba casada más de un año tras cinco de noviazgo. Hacía tiempo que rechazaba las invitaciones de sus amigas, que los sábados por la tarde se empeñaban en llevarla a las salas de baile. Alta, con gafas de miope, de movimientos no especialmente agraciados y las piernas demasiado largas, Enrica no era guapa. Pero tenía un modo de sonreír extraordinario, inclinando la cabeza de lado y entornando los ojos, y hubo algún joven que había preguntado por ella a sus hermanas y amigas. Con amabilidad y en voz baja, pero sin admitir réplicas, ella rechazaba la invitación, sin ofender a nadie. Le gustaba leer, bordar. Y escuchar

música en la radio, la romántica, la que hacía soñar. A veces iba al cine y hacía unos meses incluso había visto una película sonora que la había fascinado y la había hecho llorar. Enternecido, su padre se había burlado un poco de ella. Guardó un plato en el aparador, cerca de la ventana. Se asomó. Nada todavía.

La verdad se la guardaba. No quería contarle a nadie que, en su interior, no se sentía libre de aceptar que los jóvenes la cortejaran. Ah, sabía que se habrían reído, que le habrían dicho que era la ingenua soñadora de siempre, que la realidad era otra: que ya tenía veinticuatro años y seguía sola. Que de nada servía bordar un ajuar que, con toda probabilidad, jamás utilizaría. Que si quería una familia, hijos y una casa, más le valía tener una vida social y no perder el tiempo.

Pero había algo de lo que Enrica no hablaba: de la ventana de enfrente y las cortinas que se abrían todas las noches, aunque no siempre a la misma hora; y de aquella vez en el puesto del verdulero ambulante, cuando se había quedado mirando los ojos más desesperados que había visto jamás. Y de cómo todas las noches notaba que esos mismos ojos febriles la miraban, durante horas, en invierno, al otro lado del cristal, y en verano, sin barreras, cuando el perfume del mar llegaba hasta Santa Teresa traído por el viento cálido del sur. Y de cómo aquella mirada lo era todo, una promesa, un sueño, hasta un abrazo ardoroso. Mientras así pensaba, se volvió impulsivamente hacia la ventana. La cortina de enfrente estaba corrida. Enrica se sonrojó, bajó la vista y ocultó una leve sonrisa: buenas noches, amor mío.

Ricciardi observaba a Enrica. Disfrutaba de sus gestos lentos, metódicos, precisos.

Faltaba algo, un detalle, un matiz. Estaba seguro de que no tardaría en encontrar la solución o al menos el camino que lo conduciría a la solución. Una frase, una frase que había oído, que había conservado en un rincón de la memoria y de la que ya no se acordaba.

Enrica ordenaba los platos en el fregadero, por tamaño, de menor a mayor, con atención.

Los datos, vamos a ordenarlos por orden de importancia, de menor a mayor. Los importantes los recordaba bien, era inútil que se concentrara. Pensemos en los que en apariencia no son importantes.

Enrica pasaba un trapo por la mesa.

Repasemos bien las cosas: ¿a quién interrogué primero?

Enrica colocaba las sillas alrededor de la mesa de la cocina.

Al padre Pierino, que me habló de la trama de las óperas.

Enrica doblaba el mantel, después de haberlo sacudido.

El cura también le había hablado de Vezzi, de su grandeza. Incluso le temblaba la voz.

Enrica barría ahora las migas que tras la cena habían quedado esparcidas en el

suelo.

Recordaba la emoción del padre Pierino, pero el vicepárroco no había asistido al ensayo, en eso había sido claro.

Enrica había terminado de recoger y miraba a su alrededor, satisfecha.

El padre Pierino dijo que había oído su voz en los discos y en otras representaciones. Pero en esta ocasión, no.

Enrica cogía la caja con el bordado, luego iba a colocar la silla junto a la ventana y a encender la lámpara. Para Ricciardi, era el momento más bonito del día, verla sentada mientras se ponía a bordar con la mano izquierda, la cabeza ligeramente inclinada hacia un lado. El corazón le dio un vuelco.

El padre Pierino le había dicho: «Ayer, al verlo de cerca, me dio un vuelco el corazón».

En la oscuridad de su alcoba ocurrió algo extraordinario: el taciturno comisario Ricciardi, envuelto en su bata y con la redecilla en el pelo, sonrió y dijo en voz baja: «Gracias. Buenas noches, amor mío».

El padre Pierino alzó la hostia por encima de la cabeza durante la consagración. Aquél gesto, más que ningún otro, hacía que se sintiera cerca de Dios, intermediario entre Él y el mundo de los hombres, la persona que tomaría un pedacito del Paraíso para entregarlo durante la comunión. Por eso se había hecho sacerdote.

Se inclinó ante el altar y apoyó la frente sobre el lienzo de lino blanco que cubría el mármol. Al levantar la mirada, al fondo de la iglesia, entrevió en la penumbra de las siete de la mañana una conocida silueta de pie.

El hombre iba con la cabeza descubierta y no llevaba sombrero en la mano. Tenía las manos hundidas en los bolsillos del sobretodo, las piernas ligeramente separadas y un mechón de pelo en la cara. Al salir de la sacristía, tras quitarse los paramentos sacerdotales, el padre Pierino se encontró con él cara a cara.

—¡Comisario, dichosos los ojos! ¿Qué lo trae por aquí?

Ricciardi hizo una mueca.

—¿Tan alegre de buena mañana, padre? ¿Se debe al copioso desayuno o a la ayuda de la fe?

—A la ayuda de la fe, sin duda, porque todavía no he desayunado. ¿Le apetece acompañarme, comisario? ¿Un café con leche en la sacristía?

—Café y galletas, pero en el Gambrinus de aquí enfrente. Yo invito.

—Claro que invita usted. Voto de pobreza, ¿o no se acuerda?

Fuera, la ciudad estaba despierta. Una brigada de obreros con ropa de trabajo esperaba la partida del trolebús que los llevaría a la acera de Bagnoli. Unas estudiantes, con guardapolvo negro y capa, se dirigían hacia el semiinternado de la piazza Dante. Los coches y los taxis comenzaban a afluir a la piazza del Plebiscito a la espera de los hombres de negocios, que poco después invadirían las calles. Los albañiles, formando grupos de tres o cuatro, iban en dirección al paseo marítimo, donde las obras de asfaltado de la calzada estaban en curso.

—Padre, he venido a molestarlo para preguntarle una cosa. Ayer por la mañana usted me dijo que en esta ocasión no oyó cantar a Vezzi, ¿es así?

—Sin duda, comisario. Cuando él ensayaba en el teatro, las puertas permanecían rigurosamente cerradas. Por lo demás, él solo asistía al ensayo general. Y la otra noche, como usted bien sabe, no le dio tiempo a cantar.

Ricciardi se inclinó sobre la mesita.

—Sin embargo, recuerdo que usted dijo que el otro día, al verlo de cerca, se emocionó mucho. ¿Lo entendí mal?

El padre Pierino sonrió con tristeza.

—No, comisario, entendió bien. Es más, pensándolo mejor, fui de los últimos en verlo con vida, además de quien lo mató, claro está.

—¿Y en qué circunstancias? Por favor, padre, es muy importante que me indique hasta el último detalle.

—Es bien sencillo. Yo estaba en la famosa crujía, en lo alto de la escalera que desde la entrada de los jardines conduce a los camerinos. Debí de retroceder sin darme cuenta, el sitio no es muy amplio, créame, y entonces invadí un poco el paso. En ese momento noto que chocan conmigo con cierta violencia y me tambaleo. Me doy la vuelta y me encuentro con un hombre enorme, alto y corpulento que me dice «le pido disculpas», y yo le digo «discúlpeme usted», o algo por el estilo. Como usted ya sabe, yo no debería haber estado allí. Y entonces lo veo entrar en el camerino de Vezzi, debajo de la rampa.

Ricciardi tenía los ojos clavados en la cara del sacerdote, no pestañeaba siquiera, estaba sumamente concentrado.

—¿Qué aspecto tenía, padre? ¿Cómo iba vestido, cómo lo reconoció?

El padre Pierino se esforzó por recordar los detalles con precisión.

—Llevaba abrigo, un abrigo negro, largo. Y una bufanda blanca de lana que le cubría casi toda la cara. En la cabeza, un sombrero negro de ala ancha, encasquetado casi hasta los ojos. La cara prácticamente no se la vi. Pero era Vezzi, seguro, si no, ¿por qué iba a entrar en su camerino?

Ya, pensó Ricciardi. ¿Por qué?

Primero llegó su perfume. Ricciardi levantó la cabeza del informe que preparaba cuando percibió aquel fuerte aroma salvaje, de especias. Un momento antes de que relacionara el perfume con la persona, Maione se asomó a la puerta de la oficina.

—Comisario, ha venido la señora Vezzi.

Ricciardi le pidió que la hiciera pasar y Livia entró. Vestía un sobrio traje sastre negro, la falda tres cuartos le ceñía las caderas de suaves formas. La chaqueta, abrochada hasta el cuello, contenía un busto amplio, aunque no pesado. Llevaba el abrigo con cuello de pieles colgado del brazo y el bolso en bandolera. El sombrero, ligeramente inclinado, tenía el velo negro levantado. Su rostro no mostraba las señales de la noche que, según imaginaba Ricciardi, no debía de haberle proporcionado reposo. Los grandes ojos negros, llenos de viveza, estaban alertas; el maquillaje discreto le suavizaba la expresión. Los labios carnosos esbozaban apenas una sonrisa.

—Lo encuentro tal como lo dejé, comisario. ¿Es que por la noche no se va del despacho?

Maione, que se había quedado en la puerta, arqueó una ceja.

—Físicamente sí, señora. Pero solo físicamente. ¿Qué tal usted? ¿Se siente con ánimos?

—Sí, comisario. Para eso he venido, por difícil que resulte.

Ricciardi dio instrucciones a Maione para que preparara uno de los tres coches de la jefatura y avisara al doctor Modo de que irían hacia el hospital para la identificación.

El viaje breve se hizo en silencio. Maione iba al volante, algo que no le resultaba del todo natural; sus imprecaciones contra los obstáculos imprevistos fueron las únicas palabras pronunciadas en el vehículo.

Livia se había bajado el velo y respiraba despacio; notaba a su lado la presencia de Ricciardi, cuya tensión era palpable. El comisario repasaba mentalmente la información que poco antes le había dado el padre Pierino: estaba claro que el hombre que había chocado con el cura no era Vezzi. Ya fuera porque en ese momento el tenor debía de estar muerto, o porque ya debería haberse maquillado y en tal caso habría manchado la bufanda, que por el contrario estaba limpiísima. Pero entonces, ¿para qué volvería el asesino? Tras huir por la ventana, ¿por qué no desapareció en la oscuridad y decidió en cambio arriesgarse a que lo vieran? Y además, ¿cómo podía estar seguro de que, entretanto, no hubiesen descubierto el cadáver? Todavía quedaban muchos aspectos oscuros. Pero Ricciardi estaba convencido de haberse anotado un tanto importante en la partida contra el asesino.

En la morgue del hospital se encontraron con el doctor Modo vestido con la bata blanca. El médico se mostró visiblemente asombrado por la escultural belleza de Livia, a quien dio el pésame.

—Gracias, doctor. Me gustaría decirle que tengo un dolor inconsolable. Sin embargo, siento un profundo disgusto, una gran melancolía. Tal vez nostalgia del tiempo pasado. Pero ningún dolor.

—Lo lamento, señora. Lo lamento mucho. No hay nada más triste que morir sin dejar dolor alguno.

Ricciardi los escuchaba un tanto apartado. Pensaba en las lágrimas que mojaban la cara del payaso y dejaban dos surcos oscuros en el maquillaje. Veía sus ojos entrecerrados, las piernas un poco dobladas, oía las palabras de su último canto. Hubo dolor, claro que sí, el dolor de la pérdida, el dolor de aquel a quien despojan de muchos años de vida.

Un mozo empujó la camilla con el cuerpo cubierto por una sábana blanca. Livia y Ricciardi se colocaron en un costado y Modo, en el otro. El médico levantó el extremo de la sábana que cubría el rostro del fante que había sido hombre, y los tres se quedaron mirando en silencio la cara cérea. Las miradas se posaron raudas en la tumefacción del pómulo, del tamaño de una moneda pequeña, en el corte circunscrito al lado derecho del cuello. Los ojos y la boca estaban entrecerrados, como si el cadáver notara un leve placer, como si oyera una música que solo él conocía. En el centro de la garganta asomaba la incisión de la autopsia, cerrada con puntos de sutura transversales.

—Es él —dijo Livia con un hilo de voz, las manos entrelazadas con tal fuerza que estaban blancas. Ricciardi sacó una mano del bolsillo del sobretodo y la pasó debajo del brazo de la mujer, que se apoyó para no caer.

—Discúlpenme —dijo—, creía estar preparada. He pensado mucho en ello. Aunque tal vez no haya preparación posible, ¿verdad?

El médico suspiró ante una situación para él familiar. Cubrió de nuevo el cadáver y le hizo una seña al mozo que esperaba algo más apartado. El hombre se llevó la camilla y ya nadie más volvió a ver a Arnaldo Vezzi en carne y hueso.

En la salita que había enfrente de la morgue, el médico le ofreció un cigarrillo a Livia, que lo encendió con manos temblorosas.

—Qué absurdo. Tanta grandeza, tantos sueños. La magia de una voz incomparable. La soberbia, la omnipotencia. Y después, todo este silencio.

El doctor Modo suspiró.

—Siempre es así, señora. Sea quien sea la persona. La misma dignidad, el mismo silencio. Tanto en la guerra como en la enfermedad. Por más gente que haya aquí esperando, allá dentro siempre están solos y en silencio.

Ricciardi escuchaba y pensaba. ¿Silencio, dices, doctor? No te imaginas lo que aún les queda por decir. Cantan, ríen. Hablan. Gritan. Pero vosotros no los oís. Yo sí. Y cómo.

Livia le dio las gracias al médico, este se puso a su entera disposición. De la retirada del cuerpo y de las exequias se ocuparía Marelli, el empresario. Etcétera, etcétera. La retórica propia de la muerte.

El viaje de regreso fue distinto. Livia estaba decididamente aliviada por varios motivos. Se daba cuenta de que había cerrado un capítulo importante de su vida. En aquella ciudad que no era la suya, sacudida por aquel extraño viento frío fuera de temporada, tal vez había recuperado su libertad cuando ya llevaba años sin buscarla. Y la cara de Arnaldo, maltratado por la muerte, ya no era malvada; Livia pensaba que quizá con el tiempo conseguiría recordar las pocas cosas positivas, los momentos hermosos de cuando se conocieron y los primeros años de casados.

—¿Usted cree en el destino, comisario?

—No, señora. No creo. Creo en los hombres y en sus emociones. En el amor y el odio. En el hambre. Y sobre todo en el dolor.

Hablaba con la vista clavada al frente, la cabeza hundida entre los hombros y el cuello del sobretodo levantado. Livia observaba su perfil afilado, el cabello rebelde sobre la cara. Percibía su distancia, como si hablara desde otro mundo o desde otra época.

Maione conducía en silencio, sin imprecicar a los granujillas que cruzaban la calle descalzos, en pos de una pelota de trapo y papel de diario empujada por el viento. Por el retrovisor escrutaba al comisario, sorprendido por sus palabras; nunca le había oído

aquel tono, tan absorto.

La mujer volvió a hablar.

—Entonces, en su opinión, ¿cuántas posibilidades tiene una persona en su vida de conseguir un poco de felicidad?

—Las que quiera, señora. A lo mejor ninguna. Pero ilusiones, muchas. Todos los días, a cada momento. Pero ilusiones, solo ilusiones.

Livia comprendió que la mente de Ricciardi no estaba con ellos, sino en otra parte. Por eso se quedó callada hasta que llegaron a la jefatura.

Cuando llegaron, Maione le preguntó a la señora si necesitaba que la llevara al hotel. La mujer dijo que prefería andar un poco, a pesar del viento; necesitaba que le diera el aire. Se acercó a Ricciardi.

—Comisario, de momento me quedaré en la ciudad. No me siento con ánimos para regresar a casa ahora. Esperaré a que concluya la investigación, siempre que no tarde mucho. Ya sabe en qué hotel me alojo. Si me necesita, allí me encontrará.

—Por supuesto, señora. Lo tendré en cuenta, se lo aseguro.

Otra frase con segundas que caía en el vacío. Livia pensó en la infinidad de veces que una sonrisa o una palabra habían bastado para que comenzara un galanteo. Ignoraba por qué esos ojos y esa voz la turbaban tanto; y no sabía qué hacer para que Ricciardi entendiera que quería verlo a solas para hablar de algo que no fuese el asesinato de su marido.

Decidió ser más explícita.

—¿Qué es lo que no funciona, comisario? Entre nosotros siempre hay dos diálogos, uno con palabras, el otro con miradas. ¿Por qué con usted no funciona igual que con los demás? ¿Es que no experimenta usted emociones?

Maione, que estaba a pocos metros, tuvo un acceso de tos. Ricciardi hizo una mueca.

—Ojalá fuera eso, señora. Viviría más tranquilo. Pero usted tiene su dolor y deberá buscar otro puerto donde guarecerse del temporal.

Livia se quedó mirándolo y sus ojos negros y profundos se llenaron de las lágrimas que la imagen del marido muerto no habían provocado. Se dio media vuelta y se marchó.

Cuando llegaron al despacho, Ricciardi le indicó a Maione que necesitaba hablar otra vez con el padre Pierino, con el superintendente del teatro y con Bassi. El secretario fue el primero en presentarse, manifiestamente preocupado.

—Buenos días, comisario. Perdona usted, pero empiezo a estar bastante desorientado con sus continuas citaciones. Le he dicho todo lo que sé. ¿Qué necesita?

—¿Tiene algo que ocultar, señor Bassi? Si es así, entonces le aconsejo que hable; si no es así, bastará con que conteste sinceramente a nuestras preguntas ahora y todas las veces que sea necesario, y no tendrá nada que temer.

El hombre suspiró, los hombros encorvados, la expresión resignada.

—De acuerdo, de acuerdo. No tengo nada que ocultar, faltaría más. ¿Qué quiere saber?

—Hablemos de Navidad. Del viaje a Nápoles alrededor del veinte de diciembre. Quiero conocer los desplazamientos de Vezzi en esos días, o al menos aquellos de los que usted tuviera noticia.

—Veamos, salimos la mañana del veinte, llegamos tarde por la noche. Veníamos de Milán, nos acompañaba el señor Marelli, el empresario, íbamos a regresar el veintiuno al anochecer. Solo debíamos acordar las condiciones del contrato, echar un vistazo a los diseños de escena, tomar las medidas para los trajes, ese tipo de cosas. Pero al final regresamos el veintitrés al anochecer, a punto estuvimos de pasar la Navidad en Nápoles. Recuerdo que cambié la reserva de los billetes en dos ocasiones.

Ricciardi escuchaba con atención.

—¿Y a qué se debieron esos cambios?

—Ah, no tengo la más mínima idea. El maestro lo quiso así. No daba explicaciones, como de costumbre. Nosotros no podíamos hacer otra cosa que tomar nota y actuar en consecuencia.

—¿Era por el teatro? Me refiero a si era por cosas relacionadas con..., no sé..., la escena, la orquesta...

Bassi soltó una risita nerviosa y se ajustó las gafas en la nariz.

—¡Pero qué teatro! Solo estuvo allí la mañana del veintiuno. Echó una mirada distraída a los diseños, le hizo un par de comentarios al superintendente, se dejó tomar las medidas por la sastra y después desapareció tres días. No, comisario, créame, el teatro no tenía nada que ver. La cuestión era bien distinta. Para mí que se trataba de asuntos del corazón. No tengo pruebas, claro está.

—¿Y adónde iba?

—No lo sé. Regresaba al hotel por la noche muy tarde y se iba a dormir sin saludar, como era su costumbre. El señor Marelli y yo nos pasamos dos días jugando a las cartas en la sala del hotel Vesuvio.

Bassi no sabía nada más y lo dejaron marchar. Mientras Ricciardi reflexionaba, Maione rompió el silencio.

—En la estación de trenes puedo comprobar el cambio de las reservas y los viajes de los tres. El superintendente no está aún, a lo mejor quiere hacerlo esperar para demostrar que es importante. ¿Le aviso en cuanto llegue?

—Sí, sí. Te puedes ir.

El sargento vaciló con la mano en el picaporte de la puerta del despacho.

—Si me permite, comisario..., me gustaría comentarle algo.

—Dime. ¿Qué ocurre?

—Hace tres años que trabajo con usted. Ya sabe, desde que Luca..., mi hijo... En fin, que le tengo mucho aprecio. Es cierto que nadie quiere trabajar con usted, dicen incluso que no es usted humano. Porque habla poco y trabaja mucho, no cesa hasta que ha encontrado al culpable. Pero a mí me gusta esta forma de trabajar. Por eso el nuestro no es un trabajo como los demás.

—¿Y?

Maione vacilaba, pero estaba decidido a terminar el discurso que había preparado.

—Pues que nadie lo aprecia más que yo y nadie mejor que yo sabe que pone usted todo el corazón y todas sus fuerzas en el trabajo. Verá..., tiene usted más de treinta años y podría ser hijo mío. Yo he perdido a mi hijo y hay veces en que lo miro y pienso que es muy competente y, en el fondo, bueno como el pan, lo noto, lo sé. Pero está usted solo, comisario. Y morimos solos. Yo si no hubiese tenido a mi esposa y a mis hijos, en estos años me habría muerto cien veces. Nuestro oficio va ocupando poco a poco más espacio, como un sótano cuando se inunda, y acaba llenando toda la vida. Y es un error.

Ricciardi escuchaba en silencio. Tal vez debería haber reprendido a Maione por tomarse esas confianzas, pero la inmensa turbación del sargento lo enternecía. Estaba colorado, restregaba el suelo con los pies, se miraba las manos entrelazadas. Decidió dejar que continuara.

—A veces lo comento con mi esposa. Ella lo conoce, ¿sabe usted? Se acuerda de cuando el funeral. Usted la saludó. Y digamos que es una verdadera lástima que un hombre como usted esté solo. Siempre trabajando. Y le voy a ser sincero, incluso llegué a pensar en esos hombres a los que no les gustan las mujeres, a los que no les interesan. Y me figuré que usted, no se me vaya a ofender, comisario, pensé que a lo mejor usted era así. Pero hoy, con esa señora... ¡Madre santa, qué preciosidad! Y aunque acaba de enviudar, ya sabemos, por todo lo que nos han contado, que ese hombre era un desgraciado. Y con la misma confianza que hay entre un padre y un hijo, usted me puede decir: «Maione, ¿cómo te atreves? Métete en tus asuntos». Pero la verdad es que si no se lo digo, me quedaré con el cargo de conciencia. ¡Tómese medio día libre, comisario, e invite a comer a la señora!

El hombretón lanzó un fuerte suspiro de alivio, como si se hubiera quitado un peso de encima. Ricciardi se levantó del sillón, se acercó, posó la mano en el brazo del sargento, como el día en que le dijo que su hijo había muerto con su nombre en los labios.

—Te lo agradezco. Sé que me tienes mucho aprecio y, a mi manera, yo también te lo tengo. Discúlpame si a veces soy brusco, no tengo buen carácter. Pero, créeme, yo estoy bien así. Y dale recuerdos a tu mujer.

Maione lo miró un instante a los ojos, sonrió y salió.

El superintendente Spinelli estaba alteradísimo, como de costumbre. Entró en el despacho como un vendaval, se detuvo de pronto y miró a su alrededor.

—Aquí me tiene, he venido de inmediato. Buenos días, comisario. ¿Tenemos novedades? Se me debe una explicación sobre el estado de la investigación. Además, considero que mi posición me da ciertos derechos en ese sentido.

—Cuando tengamos noticias, se las comunicaremos, señor. Por ahora, límitese a responder a las preguntas que le voy a formular.

Una vez más, la dureza de Ricciardi consiguió cerrarle la boca al superintendente, que adoptó la consabida actitud ultrajada.

—Estoy a su disposición, comisario.

—El pasado mes de diciembre, Vezzi vino a la ciudad, junto con Bassi y Marelli, para ultimar los detalles del contrato de la representación de *Pagliacci*. ¿Es así?

—Así es, está todo apuntado. Llevo una agenda actualizada, por si tuviera que rendir cuentas de mi trabajo en el Real Teatro. Lo recuerdo perfectamente. Llegaron el veinte al anochecer, los esperábamos desde la mañana, pero con Vezzi eso no era ninguna novedad. Al teatro vinieron el veintiuno y pasaron allí toda la mañana.

—¿Hablaron con usted?

—Los saludé a los tres, como era mi deber. Después tuve una reunión con Marelli para concluir los temas... llamémoslos administrativos. Vezzi y Bassi estuvieron con el director de escena, las encargadas del vestuario y el director para ver los bocetos, tomar las medidas de los trajes y cosas por el estilo. Se fueron a la hora de comer.

—¿Recuerda algún episodio, algo distinto de lo habitual?

—No. Solo recuerdo que, enterados de su viaje, se había reunido un pequeño grupo de seguidores, cantantes, músicos de la orquesta. En el ambiente, Vezzi era una auténtica leyenda. Querían verlo, pedirle un autógrafo. Él se irritó y quiso que lo dejaran solo. Se vio únicamente con las personas que le acabo de mencionar.

—¿Y después?

El superintendente lo miró, enarcando bastante una ceja.

—¿No me ha oído? Se marcharon, antes de la una. Incluso declinaron la invitación para que almorzáramos juntos. No tengo ni idea de cuándo se fueron de la

ciudad.

En la mente de Ricciardi se iba dibujando una posible dinámica de los acontecimientos. No incluía los hechos, porque todavía se le escapaban demasiados detalles, sino las emociones que estos hechos habían generado. Él trabajaba así: creaba un esquema, una geografía de las emociones que encontraba. Aquello que iba reuniendo mediante el Asunto, los sentimientos de aquellos a quienes interrogaba, el asombro, el horror de los presentes. Después intentaba analizar el alma de la víctima, sus lados claros y oscuros, a través de las palabras, las miradas de quienes la habían conocido.

No elaboraba las palabras de los testigos, pues corría el riesgo de recordarlas mal; además, fuera del contexto en que eran pronunciadas, perdían sentido, importancia. Guardaba en su memoria la actitud, la expresión, la pasión de quien hablaba, la emoción que destilaban y, en especial, la que se ocultaba bajo la superficie. En resumidas cuentas, más que escuchar, sentía.

En el homicidio de Vezzi, en la forma en que había sido sorprendido por la muerte, sentía un único impulso violento, no reiterado. Una solitaria ola de odio firme y limpio, y la destrucción que, al retirarse, había dejado en la orilla. Y sentía que habían cogido al payaso desprevenido, con su último canto doliente. Pero Ricciardi también sentía que las palabras y el tono del canto eran disonantes, que quien cantaba era la víctima, no el autor del sentimiento de venganza.

Con el tiempo había aprendido que el Asunto podía llegar a veces a alejarlo de la solución de los delitos. En cierta ocasión, las últimas palabras de una muchachita asesinada se referían al padre y en esa dirección habían orientado las investigaciones. Pero el padre al que se refería era un cura y quien fue a parar a la cárcel no era el asesino. Desde entonces trataba de dar a las palabras el peso que podían tener, sin excluir nada.

Por aquella disonancia, por la falta de armonía que percibía entre la palabra y la emoción, había vuelto a citar al padre Pierino. No sabía si quería ver al experto en ópera lírica o al confesor capaz de entender el espíritu de las personas, aunque con parámetros muy alejados de los suyos.

Cuando Maione condujo al sacerdote al despacho, Ricciardi se levantó para recibirlo.

—Gracias por venir enseguida, padre. Tengo verdadera necesidad de hablar con usted.

El sacerdote sonrió, como siempre.

—Mi querido comisario. Ya le he dicho que para mí es un placer poder ayudarlo. ¿Cómo van las cosas?

—No demasiado bien, me temo. Creo haber entendido algo, pero aún quedan

algunos aspectos para mí oscuros. Hábleme, padre. Hábleme de *Pagliacci* y de ese personaje que interpretaba Vezzi. Canio, ¿verdad?

El padre Pierino se acomodó mejor en la silla, entrelazó los dedos sobre la barriga y dirigió la mirada hacia la ventana sacudida por el viento.

—En efecto, Canio. El payaso enfurecido. Veamos, el auténtico drama de los celos, como usted bien sabrá, es *Otelo*. Con música de Verdi, libreto de Boito, basado en la tragedia de Shakespeare. El Moro de Venecia, según recordará usted. Se trata de un *crescendo* de emociones que culmina con la muerte por asfixia de Desdémona y el suicidio de Otelo. En realidad, Desdémona es inocente. Todo ha sido urdido por Yago, el traidor.

»En *Pagliacci*, igual que en *Cavalleria rusticana*, las cosas son diferentes. La mujer es culpable, la traición existió de veras. Se trata de traición entre hombres y mujeres, es real, pertenece a la vida cotidiana y, como dice Tonio en el prólogo, puede ocurrirle a cualquiera. No tiene nada de raro, nada de exótico. No hay dinero, soldados, góndolas ni dogos.

Ricciardi escuchaba con la máxima atención, mirando fijamente al cura.

—O sea que Canio, pese a ser payaso, no es un personaje alegre.

—En efecto, comisario. Es más, si tuviera que darle mi opinión, creo que el personaje de Canio es uno de los más tristes de toda la ópera lírica. Un hombre condenado a hacer reír, que vive con la obsesión de no resultar ridículo. Cuando Peppe, el Arlequín, lo llama para que salga a escena mientras sufre por los celos, enloquece definitivamente.

—Y en escena mata a la mujer y a su amante.

—Eso mismo. Aquí también hay un delator: es Tonio, el payaso jorobado. Su deformidad representa la maldad, la perfidia. Pero en realidad, aunque lo haga por egoísmo, porque le había echado el ojo a la mujer de Canio, él dice la verdad: Nedda, Colombina, tiene un amante. Y en eso radica la belleza del libreto porque, precisamente en escena, donde se encuentra la simulación, se consume el verdadero drama, como si se pretendiera decir que la vida acaba encontrándose siempre a sí misma, en la calle, en las casas e incluso en el escenario.

—¿Entonces Canio mata a Tonio y a Nedda?

El padre Pierino se echó a reír.

—¡No, no! Tonio no es el amante de Nedda. Sino Silvio, ¿no se acuerda? Ya se lo dije. Un joven del pueblo, que no formaba parte de la compañía de cómicos. Canio mata a Nedda y después a Silvio, porque este sube al escenario para ayudar a la mujer.

—O sea que el amante no actúa con Canio. ¿Es eso?

—Exactamente. Es un personaje no especialmente importante, un barítono.

—Y cuando Canio comprende que Nedda tiene realmente un amante, enloquece

de celos.

El padre Pierino asintió, absorto.

—Sí, se confunden ficción y realidad. Canio interpreta al marido traicionado, y cuando descubre la verdad, se arranca el traje mientras canta: *No, pagliaccio non son!*, y entonces apuñala a su mujer.

Ricciardi volvía a ver la imagen del payaso con el rostro cubierto de lágrimas, la sangre que lo manchaba todo a medida que le brotaba a chorros del agujero de la carótida, la mano tendida hacia adelante, mientras cantaba...

—*Io sangue voglio, all'ira mabbandono...*

—*In odio tutto l'amor mio finì!* —concluyó por él el padre Pierino, mientras aplaudía y reía divertido—. ¡Bravo, comisario! ¡Veo que ha estado estudiando! Muy hermosa la cita y muy adecuada, dado que las dos óperas se representan juntas. En realidad, cuentan la misma historia y los personajes están más próximos de lo que pueda imaginarse.

Ricciardi miraba al cura sin comprender.

—¿Qué personajes, padre?

—¡Canio y Alfio! La frase que acaba de recitar, ¿no?

—¿Pero no es Canio quien la canta en *Pagliacci*?

—¿Se burla de mí? No, no, la canta Alfio en *Cavalleria rusticana*. Él también es un marido traicionado. Es su última intervención cuando sale del escenario, antes del entreacto. La dice al final del dueto con Santuzza, que le revela que su mujer lo traiciona con el compadre Turiddu, a quien matará en duelo al finalizar la ópera. Pero si usted no lo sabía..., ¿dónde la ha oído?

Ricciardi miraba ahora el vacío, ligeramente inclinado hacia adelante en la silla. Se le había abierto una perspectiva del todo nueva que permitía encajar muchas piezas del rompecabezas.

—¿Cómo ha dicho usted? El barítono...

—Alfio es un barítono, sí. Debe tener una voz profunda, para dar fe de la fatiga...

—No, no, padre —lo interrumpió Ricciardi, levantando la mano—, la frase que ha dicho al referirse al otro barítono, a Silvio. Usted ha dicho «un personaje no especialmente importante». ¿Es así?

El padre Pierino estaba confundido.

—Sí, eso he dicho. Pero no es él quien pronuncia la frase que ha citado. ¿Se encuentra usted bien, comisario? Se ha puesto pálido.

Ricciardi parecía hablar consigo mismo, aunque se dirigiera al cura.

—¿Cuántas veces, durante la confesión, habrá tenido usted ocasión de enterarse de sentimientos y emociones de gente «no especialmente importante»? Yo, a todas horas, todos los días, veo la congoja y el delirio de gente así.

El padre Pierino protestó vivamente.

—¡Pero yo no me refiero a la gente de verdad! Se trata del teatro. No debería usted decirme eso, precisamente a mí. El Señor fue el primero que afirmó que todos los hombres tienen la misma importancia. ¿Está usted seguro de que sus señores —e indicó las dos fotografías de la pared— dan la misma importancia al homicidio de Vezzi que, por ejemplo, al de cualquier carretero de los Quartieri Spagnoli?

Sorprendido por la vehemencia de la reacción del padre Pierino, Ricciardi sonrió con tristeza.

—Tiene usted razón, padre. Tiene usted razón. No es eso lo que quería decir, de todos modos le pido disculpas. Comprendo que pueda pensarlo, pero no es eso lo que yo quería decir. La cosa es que a estas alturas me resulta difícil pensar que el amor puede ser algo más que el móvil principal de los crímenes. Créame, padre, si no es el amor es el hambre y en ese caso es más sencillo. El hambre es comprensible. Es algo directo, inmediato. El amor, no, el amor sigue otros caminos.

—No puedo creer que lo piense de veras, comisario. El amor no tiene nada que ver en ese tormento. El amor mueve el mundo, es el de los padres de familia, el de las madres y sobre todo el de Dios. El amor consiste en querer el bien de quien se ama. Y no su sangre, su dolor, porque eso es un castigo.

Ricciardi miraba al cura con los ojos encendidos, parecía que un inmenso fuego interior lo hiciera temblar. El hombre bisbiseaba, moviendo apenas los labios. Emitía un silbido y el padre Pierino se encogió instintivamente en la silla, casi horrorizado.

—Yo lo veo, ¿me comprende, padre? Veo y siento el dolor de los muertos que siguen aferrados a la vida que ya no tienen. Y sé cómo es, siento el rumor de la sangre que fluye. El pensamiento que los abandona, la mente que se agarra con las uñas al último retazo de existencia que se escapa. ¿El amor, dice? Si supiera usted cuánta muerte hay en su amor, padre. Cuánto odio. Permítame que le diga que el hombre es imperfecto, padre. Lo sé muy bien.

El padre Pierino observaba al comisario con ojos desorbitados. De algún modo comprendía que Ricciardi hablaba en serio, que no se servía de metáforas. ¿Qué había en el ánimo de aquel hombre? ¿Qué ocultaban aquellos ojos transparentes y desesperados? El vicépárroco sintió una pena inmensa y una humana repulsión.

—Yo... yo creo en Dios, comisario. Y creo que si a algunos les reserva un sufrimiento mayor que a otros, es porque tiene Sus fines. Si eso puede servir de ayuda al prójimo, si puede ayudar a tanta gente, entonces es posible que su sufrimiento esté justificado, quizá todo ese dolor tenga un sentido.

Ricciardi recuperó el control poco a poco, se apoyó en el respaldo de la silla, suspiró levemente, cerró los ojos y volvió a abrirlos. Y entonces mostró otra vez ese rostro inexpresivo tan suyo. El padre Pierino se sintió aliviado, como si por un instante, un solo instante, se hubiera asomado al infierno.

—Padre Pierino, debe saber que me ha sido de gran ayuda. Le prometo que la

información que me ha dado, tal como acordamos en su momento, no será utilizada para mandar a la cárcel a un inocente, y que será comprobada con la máxima atención.

—Me alegro de haberle resultado útil, comisario. A cambio le voy a pedir una cosa, que me prometa que, cuando termine este horrible suceso, vendrá a verme. Y que iremos juntos a la ópera y, naturalmente, usted correrá con los gastos.

Ricciardi exhibió su mueca habitual que el padre Pierino había aprendido a reconocer como una sonrisa.

—Es un precio muy alto para mí, padre. Pero se lo prometo.

Cuando Maione oyó la voz de Ricciardi que lo llamaba, por el tono intuyó que había cambiado la marcha de la investigación. La experiencia le había enseñado, sin margen de error, que había un momento exacto en que, a raíz de un interrogatorio, un careo o una palabra clave, el comisario se orientaba hacia la verdad, comenzaba a ver la luz. En esos momentos, la exclamación era, indefectiblemente, «¡Maione!». Y él se ponía contento, por él mismo y por el comisario porque, una vez concluida la operación, podría disfrutar de un momento de paz por fugaz e ilusoria que fuese.

Restregándose las manos, como el viejo perro de caza que se pone a menear el rabo en cuanto oye que descuelgan la escopeta del armero, se asomó a la puerta:

—¡Usted dirá, comisario!

Michele Nespoli tenía veinticinco años y era calabrés. Su familia era pobre aunque fuese propietaria de una pequeña parcela y un rebaño no lejos de Mormanno, en Sila. Eran nueve hermanos, él era el tercero, el primer varón. Desde pequeño, además de su carácter impulsivo, alegre y fuerte, había mostrado una gran pasión por el canto y hecho gala de una hermosa voz. En el pueblo no había fiesta, reunión de campesinos o pastores en la que no se le pidiera a Michele que cantara; y cuando él dejaba oír su voz de ángel, todos sonreían, dejaban de pelear o simplemente se callaban. Ni el vino ni los juegos de cartas eran distracción suficiente; su voz detenía los corazones.

Resultó natural, pues, que la familia, y buena parte de la aldea, contribuyeran con sus limitados recursos a enviar a Michele a estudiar canto al conservatorio de San Pietro a Majella, en Nápoles, la más grande institución meridional, y entre las mejores de Italia.

Con el paso de los años, el timbre de la voz de Michele se hizo más profundo, y el muchacho fue cultivando una fina entonación y una magnífica expresividad; sin embargo, como en todos los aspectos de la vida en los que, además, hay que ganar dinero, le habría resultado útil un poco de diplomacia y de aptitud para la adulación.

Por desgracia, estas eran unas cualidades de las que carecía Michele, que, para colmo, tendía a ser colérico y orgulloso en demasía, algo que demostró al reaccionar a las propuestas de un viejo maestro de solfeo, con tendencia a poner buenas notas a cambio de actitudes cordiales, propinándole una bofetada en público. Durante unas terribles semanas lo suspendieron de los estudios y temió haber perdido por culpa de un impulso los años de sacrificios de él y de sus paisanos: ¿con qué cara regresaría a la aldea? ¿Qué explicaciones podía ofrecer? Afortunadamente, su diploma quedó a salvo gracias a su indudable talento. Aunque ya se había labrado fama de persona

conflictiva y de poco fiar, y le costó mucho conseguir papeles con los que poder mantenerse en la ciudad.

Comenzó entonces una época de estrecheces; de día trabajaba de camarero en los bares, de noche cantaba en el paseo marítimo o en restaurantes, acompañado por un coro desordenado de borrachos que batían palmas. Pero él era calabrés, no se daría por vencido. Había llegado a Nápoles cuando era un muchachito para convertirse en cantante, y por Dios, que llegaría a ser cantante.

Con el tiempo se dio a la bebida; pensaba irónicamente que bebía para seguir el ritmo de quienes lo aplaudían en las tabernas. Pero la realidad era que por la noche no estaba lo bastante cansado para dormirse enseguida, y el fantasma del fracaso bailaba alegre a su alrededor. Para aturdirse se ganaba el vino de mala calidad que le daba alivio a cambio de cantar un poco más de lo pactado. Mientras interpretaba solo debía prestar atención para no exagerar, para mantener la dicción, de lo contrario se habrían reído de él, algo que detestaba. Había empezado la caída y habría llegado cada vez más bajo de no haber sido por lo que ocurrió la noche del 20 de julio de 1930.

Ricciardi tenía bien claro lo que debía hacer. Tras su conversación con el padre Pierino se había dado cuenta del verdadero valor del mensaje del Asunto en lo que respectaba a Vezzi. Naturalmente sabía que se trataba de una indicación, de un simple indicio; pero ya tenía claro que el asesino no habría tenido necesidad de volver a entrar tras escapar por la ventana si no hubiese tenido que participar en la función. Por tanto, había que buscar entre las personas que podían encontrarse entre bambalinas durante la ópera, es decir, cantantes, comparsas, operarios y técnicos.

Y debía tratarse de un hombre, para poder llevar el abrigo de Vezzi, que era corpulento, y ser capaz de saltar por la ventana: un metro y medio, de acuerdo, pero a pesar de todo, se trataba de un buen salto. Y volver a entrar en el camerino de Vezzi arriesgándose a que lo descubrieran, para después salir otra vez sin disfraz alguno.

Había que buscar algún elemento, en primer lugar, un par de zapatos manchados por la hierba de los jardines reales y tal vez también un poco de barro. La inspección llevada a cabo la noche en que se cometió el crimen había permitido ver que las marcas dejadas tras el salto en el arriate eran bastante profundas, lo cual hacía pensar en una persona de cierto peso. Después había que buscar una prenda, o más de una, manchada de sangre; por el estado en que se encontraba el camerino, parecía imposible que el asesino no se hubiese manchado.

Ricciardi obtuvo de Maione la confirmación de que, la noche del crimen, el teatro había quedado bajo vigilancia, por lo tanto, nadie pudo llevarse objeto ni prenda alguna. Después le pidió ciertos datos operativos.

—Sin causar alarma ni levantar sospechas, debemos tratar de averiguar si alguno de los cantantes, las comparsas o los trabajadores entró en el almacén y la sastrería

del teatro para cambiarse los zapatos o la ropa sucia. Si lo hizo y después no pudo llevárselos, entonces tienen que seguir allí. Debemos encontrarlos.

—Y en particular, comisario, ¿qué debemos buscar?

—Hombres. Hombres altos y corpulentos.

A las once de la noche del 20 de julio de 1930, Michele Nespoli estaba cantando «Santa Lucia luntana», en la Trattoria della Mattonella, en los Quartieri Spagnoli. Ésa noche había empezado a beber antes de hora, el calor feroz del verano le recordaba las montañas de su tierra, el Pollino oscuro y silencioso al que cantaba desde la ventana de su casa de Sila. Y a su madre y sus ásperas caricias.

La sala se fue llenando de la desesperada melancolía de la canción; todos los presentes tenían seres queridos que habían embarcado con rumbo a tierras muy lejanas, como decía la canción, y que no volverían a ver nunca más. Algunos, achispados, terminaron apoyando la cabeza sobre la mesa y llorando sin recato. Fue entonces cuando un hombre, que según se supo después acababa de salir de la cárcel, se dirigió bruscamente a Michele y lo conminó a que cambiara enseguida de canción. Michele, que estaba en medio de la última estrofa, con los ojos llenos de su propia emoción, no se dio por aludido y se empeñó en terminarla. El hombre, casi sin poder tenerse en pie, tiró una silla al suelo, aferró un cuchillo de la mesa y volvió a pedirle, esta vez a gritos, que dejara de cantar. Mirándolo fijamente, desafiante y burlón, el cantante terminó la canción con un maravilloso agudo. Y entonces, lanzando un grito atroz, el hombre se abalanzó sobre él blandiendo el cuchillo.

Hubo un breve forcejeo; ninguno de los allí presentes, quizá a causa de los sentidos embotados por la comida y el vino, aunque más probablemente porque nadie quería meterse en líos, consideró conveniente intervenir. Todo duró apenas treinta o cuarenta segundos, tras los cuales, Michele quedó sentado en el suelo, jadeando, con un corte profundo en el brazo izquierdo. Pero el hombre que lo había atacado ya no se movía y el cuchillo que momentos antes había llevado en la mano le asomaba ahora clavado en el corazón. En la sala se hizo un profundo silencio. La dueña del mesón se acercó al cantante y le dijo:

—Muchacho, vas a tener que irte.

Y le abrió la puerta. Con dificultad, tambaleándose, Michele salió y se perdió en el laberinto nocturno de los Quartieri Spagnoli.

El almacén se encontraba en la cuarta planta del teatro, anexo a la sastrería. Ricciardi ya lo había visto en su primera visita al reino de la señora Lilla. La gestión del material de escena, objetos tales como armas, sombreros, zapatos, no correspondía a la sastrería, sino a un viejecito ágil y alegre llamado Costanzo Campieri. Maione lo

encontró en su puesto de trabajo y supo que prácticamente nunca se iba a su casa.

—Sargento, yo no tengo familia y lo único que me importa es este trabajo. Además, soy responsable de la ropa, lo cual no es poco; en estos tiempos de hambre y desesperación, hay quien sería capaz de matar por unos zapatos.

—Hablemos de la noche del miércoles. ¿Hubo algún movimiento raro? En general, ¿se cambian los objetos del escenario?

Campieri se rascó la cabeza calva y contestó:

—Algunas veces se puede romper algo durante la función, y entonces la cambiamos, si es posible, entre una escena y la siguiente. O la arreglamos, si podemos. Yo una vez arreglé el sombrero del faraón de Aida, que se había roto en la parte de atrás cuando el cantante todavía no había salido a escena. Estoy hecho un artista. Otra vez...

—Ya me lo contará luego. Volvamos al miércoles, ¿sabe si vino alguien a cambiarse?

—No, no vino nadie, pero algo raro sí que pasó. Me di cuenta ayer, cuando pasé revista.

Maione prestó atención.

—¿Y qué era?

—Encontré unos zapatos en el lugar de otros. Zapatos sencillos, de hombre, grandes, número cuarenta y cinco. Negros, normales. Iguales, idénticos a los otros.

—Y si eran iguales, ¿cómo se dio usted cuenta?

—Porque yo los zapatos los tengo siempre bien lustrados. Y estos los encontré con la suela sucia de hierba y barro.

Michele no recordaba casi nada desde el momento en que salió del mesón hasta que se despertó en el portal desconocido. Le parecía haber oído los silbatos de los agentes de la policía, aunque podía ser cosa de su imaginación. Lo que estaba claro era que había perdido mucha sangre y que le dolía el brazo.

Se despertó al notar la frescura del paño mojado que le habían colocado sobre la frente y la suavidad de la tela que le habían puesto debajo de la cabeza. Al abrir los ojos vio algo muy raro, una mujer que lo observaba de cerca. Un rostro ovalado, de dulces contornos, los ojos azules y preocupados, la boca con un gesto de leve enfado; el cabello largo hasta los hombros, el camisón sencillo, de color blanco. Michele se quedó embelesado, como cuando una imagen queda atrapada en los ojos y ya no los abandona.

—Quédate quieto, no te muevas, has perdido mucha sangre. En cuanto puedas, te levantas y te vienes conmigo, que no tengo fuerzas para llevarte hasta arriba.

La voz era un bisbiseo, pero se notaba su tono solícito e imperioso. Con esfuerzo y decisión, Michele se incorporó hasta quedar sentado.

—Ya puedo. Será mejor que me vaya, no quiero meterte en líos.

Ella le puso la mano sobre el brazo sano para retenerlo.

—No te puedes ir, ahí fuera está lleno de esbirros. Van de aquí para allá, seguro que ha ocurrido algo malo; yo no quiero enterarme, pero ya te lo he dicho, ni se te ocurra moverte, que con toda la sangre que has perdido te puedes morir. Después, cuando te recuperes, si quieres ir a ver a la policía por tu propio pie, eso es algo que no me incumbe y puedes hacer lo que te parezca. De momento, por caridad cristiana tengo que ayudarte.

El razonamiento era de una claridad meridiana; además, Michele no tenía ganas de marcharse en plena noche para buscar su perdición, cuando él no había hecho más que defenderse. De modo que se apoyó en el brazo de ella, sorprendentemente fuerte pese a ser una joven tan menuda, y subió la escalinata de la casa solariega.

La mujer vivía sola, en un minúsculo apartamento que había en el desván del antiguo edificio. La salida que estaban utilizando se encontraba en la planta inferior. En los meses que Michele pasó allí, se cruzó con algunas personas, hombres y mujeres, que le sonreían sin dirigirle la palabra. Descubrió que entre los habitantes de ciertos barrios existía una solidaridad callada, una ley del silencio que se imponía a los de fuera. Ignoraba lo que la muchacha había contado de él, ni cómo había justificado su presencia, si es que lo había hecho, pero, por extraño que pareciera, tenía la certeza de encontrarse en un lugar seguro.

Uno de los primeros días, por la ventana abierta oyó a dos guardias y a la portera que conversaban en el patio. Estaba claro que preguntaban por él y lo describían con todo lujo de detalles. La mujer, a la que él había visto más de una vez, negó conocerlo con tanta decisión y firmeza, que Michele sonrió e incluso llegó a dudar de encontrarse allí.

La fatalidad quiso que cantara. Ocurrió al cabo de una semana, mientras se afeitaba en el fregadero de la cocina con un cuchillo más afilado que de costumbre. No se dio cuenta siquiera, era sábado y lucía el sol. La muchacha había salido a comprar algo de pan y fruta, él se sentía mejor y estaba tranquilo. Y entonces, de forma espontánea, le dio por cantar una canción reciente muy en boga, «Dicitencello vuje». En un momento dado cayó en la cuenta de que por la ventana abierta ya no llegaban los ruidos de la mañana, ni siquiera las voces de los niños que jugaban. Preocupado de haberse delatado, se asomó; quizá la policía aparecería de un momento a otro.

En el patio, tres plantas más abajo, se había reunido un pequeño grupo; vio a una decena de personas y unos cuantos niños que miraban hacia arriba, boquiabiertos. Una anciana escuchaba extasiada. La muchacha entró con un envoltorio de papel de diario, miró a su alrededor, desorientada. Del grupo se separó la portera, que la besó y la abrazó. Desde un balcón del segundo piso llegó el aplauso de un hombre en

camiseta; que recordara, Michele nunca había conseguido un éxito tan clamoroso. A partir de entonces, para la gente del barrio se convirtió en 'o *Cantante* y ella en 'a *'nnammurata d'o Cantante*.

Ricciardi recibió sin sorprenderse la información de Maione sobre los zapatos sucios del almacén del San Carlo. Sabía que se había iniciado la cuenta atrás y que se iba estrechando el cerco alrededor del asesino. Sabía que los indicios y luego las pruebas irían todos en la misma dirección para confluir en la verdad incontrovertible. Era lo suyo, como siempre.

Y así, como de costumbre, le dio a Maione un nombre y un apellido para que se pusiera a reunir otros datos necesarios para la investigación. Maione partió como una exhalación.

Por su parte, el comisario marchó rumbo a la parroquia de San Ferdinando; iba a invitar al padre Pierino. Quería ir a la ópera esa misma noche.

Se besaron por primera vez al comienzo del otoño. Hubo sonrisas y caricias, y luego aquel abrazo desesperado. Tenían la misma rabia, las mismas ganas de sobrevivir al hambre, a la gente, a todo. Y ahora ya no estaban solos. Como parecía evidente que ya nadie lo buscaba, Michele se planteó buscar trabajo. El orgullo le impedía seguir valiéndose de los escasos medios de su mujer, que contaba con un oficio, aunque no con pingües ganancias. Y tenía claro que ya no podría seguir cantando en las tabernas, donde seguramente ya se sabía lo ocurrido en la Trattoria della Mattonella. Empezó entonces a recorrer las numerosas obras de la ciudad para ofrecerse como peón. Encontró un trabajo a jornal, en la restauración de un edificio en Monte di Dio, no lejos de donde vivía.

Por la noche regresaba a casa destrozado, pues el trabajo pesado lo dejaba sin fuerzas; además, echaba de menos la música con la que siempre había alimentado su alma. Y nuevamente, antes de dormirse, el fantasma de su gente, que tanto se había sacrificado por él, le pedía cuentas de lo que hacía y lo que era aún peor, de lo que no hacía. Después, a la luz de la luna que se filtraba por la ventana, contemplaba la cara tranquila de su mujer y encontraba la justificación de todo, y entonces él también se dormía.

Sin embargo, ella sabía hasta qué punto se sentía Michele frustrado por la situación. Un día, cuando él regresaba bajo la lluvia, lo recibió con una amplia sonrisa y le dijo que, a través de una amiga, le había conseguido una audición nada menos que con el director de la orquesta del San Carlo, el maestro Mariano Pelosi. Era el 10 de noviembre.

Cuando el padre Pierino se encontró frente a frente con Ricciardi, se preocupó. En los

ojos del comisario brillaba una luz fría, los músculos de la mandíbula se le contraían y los labios se apretaban en una finísima línea.

—¡Comisario! ¿Usted por aquí, tan temprano? No esperaba verle hoy. Pase, por favor, venga a la sacristía.

—Gracias, padre. Perdone si vuelvo a molestarle. Pero he venido para mantener la promesa que le hice.

—¿Cuál?

—¿Le gustaría acompañarme a la función de esta noche? Lo voy a necesitar.

El padre Pierino adoptó una expresión triste.

—Entonces quiere ir al teatro por trabajo. No es eso lo que yo tenía en mente cuando le hice prometer que iría a la ópera.

Ricciardi bajó la vista un instante. Cuando volvió a mirar al cura, sus ojos habían perdido la expresión febril.

—Tiene razón, padre. Es por trabajo y eso no me libera de mi promesa. Sigo obligado con usted y le renuevo la promesa de ir, en la primera ocasión que se presente, a ver la ópera que usted prefiera. Pero esta noche me gustaría pedirle de todos modos que me acompañara, si no tiene usted ningún inconveniente. ¿Cómo decirlo? Me sentiría en cierto modo más sereno.

El vicepárroco sonrió y apoyó la mano en el brazo de Ricciardi.

—De acuerdo, comisario. Lo acompañaré como me pide. Y lo ayudaré otra vez, pero me gustaría que fuese indulgente con usted mismo, al menos por una vez. Y que buscara los buenos sentimientos que, me consta, tiene usted guardados en el fondo del alma.

Ricciardi asintió, serio.

—Hasta la noche, padre. Y gracias de nuevo.

Michele sintió una inmensa emoción al verse en el escenario del San Carlo. Naturalmente, en los años pasados en el conservatorio había asistido a la representación de numerosas óperas, aferrado a la barandilla del gallinero, conteniendo la respiración y cantando para sus adentros los papeles de los barítonos. Sabía muy bien que su voz era muy adecuada para los papeles fuertes, los de gran impacto emotivo, y que el hecho de haber adiestrado las cuerdas vocales cantando en las tabernas lo ayudaría a presentarse a la audición en condiciones aceptables.

Con él había una decena de aspirantes; el papel que ofrecían era para algunas óperas de esa temporada, en una compañía de apoyo que dependía del teatro. El sueldo era bueno, pero la posibilidad de hacer realidad su sueño iba más allá de toda ganancia, pues en caso de que consiguiera el puesto, el fantasma del fracaso que lo acompañaba constantemente desaparecería al fin.

Cantó con todo el corazón, con toda el alma; *Rigoletto*, su papel favorito, vibró

redivivo en su potente voz. Nadie interpretó con su rabia, con su pasión. A Pelosi, que a lo largo de su dilatada carrera había oído a muchísimos cantantes encarnar ese papel, le brillaron los ojos de admiración y sorpresa. Michele resultó ser el mejor y consiguió el papel.

Cuando regresó a casa, le parecía estar flotando, tal era su felicidad. Abrazó a su mujer y tuvo la sensación de encontrarse en el cielo.

Como debía ir a la ópera, Ricciardi pasó antes por su casa; no quería que la tata se preocupara más de lo debido y temía su reacción posterior. Aunque eso no le ahorró una vehemente protesta: la tata se encargó de confirmarle que si seguía así, sin respetar los horarios, acabaría enfermando del estómago, que al no avisarle le dificultaba las cosas, que no tenía nada para prepararle de comer.

No era cierto, pues en la mesa aparecieron inmediatamente algo de carne fría y verdura cocida, y Ricciardi pensó que le convenía regresar más temprano todas las noches para evitar el dolor de estómago.

Cuando terminó de comer, fue a cambiarse; se puso el traje oscuro. Después recorrió las cortinas de la ventana de su alcoba aunque solo pudiera dedicarle un instante, no quiso faltar a su cita secreta. No se le pasaba siquiera por la cabeza que Enrica supiera que él la miraba; por eso no advirtió la reacción sorprendida de la muchacha, que en ese momento ponía la mesa para la cena. Disfrutó de sus movimientos lentos, agraciados, de la encantadora danza doméstica de la muchacha, de la habilidad de aquella mano izquierda, de la feminidad de su cabeza apenas inclinada para calcular la distancia que había de un plato a los cubiertos y de estos a las copas.

Tuvo que esforzarse para apartar la vista de Enrica. Pero el encuentro que lo esperaba poco después reclamaba su presencia: no podía faltar a la velada de esa noche en el teatro.

Tal como habían acordado, Maione lo esperaba en la entrada de la jefatura. Ricciardi lo interrogó con la mirada. El sargento negó con la cabeza.

—No mucho. Vive solo, en un pequeño apartamento por la zona del conservatorio, desde hace apenas unos meses; nadie sabe dónde estaba antes. Consiguió trabajo hace poco, es el primer año, pero dicen que es bueno; muy bueno. Lo otro lo sabremos mañana. He dado el encargo a dos personas, Alinei y Zanini.

—De acuerdo. Mantenme informado en todo momento. Y ahora vamos, que el padre Pierino nos estará esperando fuera.

El San Carlo había recuperado su antigua apariencia; en relación con la noche del estreno, se veía menos elegancia y menos lujo, pero más pasión auténtica y más

preparación en el patio de butacas. El padre Pierino esperaba a Ricciardi y entretanto observaba las caras de los espectadores que iban pasando por la entrada principal del teatro, y se divertía adivinando por sus atuendos, sus edades y expresiones qué localidad ocuparían. El teatro le gustaba más en esas veladas; percibía el amor por la lírica, el conocimiento de las partituras y ni siquiera se molestaba cuando, a veces, el error de algún cantante era castigado con sonoros silbidos, aunque él era más indulgente.

Cuando el comisario llegó, acompañado del sargento Maione, el cura acudió alegre a su encuentro.

—¡Buenas noches, mi querido comisario! ¡Aunque haya venido por trabajo, sin duda quedará fascinado por el ambiente del teatro!

Lanzando una rápida mirada a su alrededor, Ricciardi lo aferró del brazo.

—¡Calle, padre! Ésta noche el comisario y el trabajo no existen. Nadie debe saber que estoy aquí. Enséñeme por dónde suele entrar usted.

Desorientado, el padre Pierino se excusó con la mirada y señaló hacia el final del pórtico; allí, en un entrante se encontraba el portoncito de la entrada lateral. Los tres se encaminaron en esa dirección y entraron; salió a su encuentro Patrisso, el portero, que en un primer momento no los reconoció.

—Perdonen, señores, esta es la entrada de servicio, no se puede... ¡Ah, padre Pierino, es usted! Y... ¡sargento, comisario, buenas noches! ¿Qué puedo hacer por ustedes?

Fue Maione quien contestó al portero.

—Buenas noches, Patrisso. ¿Cómo es que todavía tienen abierto este lado?

—Es que por aquí pasan el personal de escena, los materiales y cosas así, y tenemos abierto hasta un cuarto de hora antes del comienzo. Después cerramos; si alguien tuviera que salir, está la puertecita del zaguán que da a los jardines reales. En caso de emergencia, por ejemplo. Iba a cerrar ahora mismo.

Ricciardi se preguntaba si la entrada de un asesino podía considerarse una emergencia. Fuera la respuesta afirmativa o negativa, para eso había servido la puertecita de los jardines la noche del estreno.

—Y dígame, Patrisso, ¿alguna vez hay alguien, no sé, un cantante, por ejemplo, que salga o entre durante la representación?

Patrisso abrió los brazos.

—Comisario, ¿cómo voy a saberlo? Ya se lo he dicho, nosotros cerramos y vamos a reforzar al personal de la entrada principal. Claro que puede haber quien salga a fumar, entre bambalinas no se puede porque es peligroso. Nadie se creería lo que llegan a fumar los cantantes. Y eso que viven de sus voces. O a tomar el aire, a estirar las piernas para relajarse. Aunque con este viento, no. Los enfriamientos son el peor enemigo de un cantante.

Los tres escuchaban con atención. Ricciardi reconstruía mentalmente los posibles acontecimientos de la noche del estreno; ya estaba seguro de haber entendido cómo había ocurrido todo e incluso de saber quién podía ser el asesino, al menos con cierto margen de aproximación. Cualquier nuevo dato que consiguiera podía contribuir a confirmar su hipótesis. Para el comisario, aquello no representaba ninguna satisfacción, no era más que un indicio de que se estaba acercando a la verdad.

Volvió a pensar en la imagen de Vezzi que contaminaba aún el camerino cerrado, con las rodillas levemente flexionadas y la mano tendida, y en el canto desesperado de una romanza que no era la que le tocaba interpretar. Y en las lágrimas, las lágrimas que surcaban su rostro maquillado: un dolor inmenso, definitivo, que no admitía perdón. Vezzi era el ejecutor de la extrema venganza, su propia condena. Acompañado de Maione y el padre Pierino, Ricciardi ascendió la escalinata que llevaba a los bastidores y los camerinos pensando en la muerte.

Michele Nespoli estaba preparado, aunque entraría en escena más tarde: introducción, coro, dueto de sopranos y luego actuaba él. No pensaba en la ópera. Pensaba en la muerte.

Presentía que una vez más iban a impedir que cantara. Ése era el mayor peso. En esta ocasión ni siquiera contaría con el consuelo de una cara dormida a su lado para contemplarla a la luz de la luna. No es que se arrepintiera, no, había hecho lo que debía. Una vez más se había comportado según su código de honor, siguiendo lo que había aprendido de las historias que contaban los ancianos alrededor del fuego, en las terribles noches ventosas de Sila, cuando junto a las puertas de las casas se oían los aullidos de los lobos y los ladridos de los perros asustados. El código grabado en su naturaleza, que lo empujaba siempre a la lucha, al conflicto con el mundo de los hombres.

Y con aquella ciudad donde a los fuertes les estaba permitido aprovecharse de los débiles.

Michele Nespoli amaba, y esa era una culpa que nadie le perdonaría. Amaba la música, amaba el canto. Y amaba a una mujer cuya sonrisa le había devuelto el deseo de vivir.

Tras conseguir el contrato, tuvo que buscarse otra casa donde vivir solo, pues la mojigatería de la dirección del teatro no aceptaba el concubinato y no quería arriesgarse a que lo despidieran. Michele esperó el día de Navidad para pedirle que se casara con él. Había imaginado con deleite la cara sorprendida y feliz, el estremecimiento de su rubia cabellera, el abrazo. Sin embargo, la cara de ella adoptó una expresión triste y su sonrisa fue pura aflicción. No, le contestó, por ahora no. Debía resolver algunas cosas de las que ya le hablaría más adelante. Debía confiar en ella, esperar y tener paciencia.

Michele recordaba la enorme sorpresa, el dolor que sintió, la ira, incluso, y la primera y violenta puñalada de los celos. Pero no tenía alternativa, la amaba, como él sabía amar, sin reservas. Esperaría. Entretanto, se conformaba con verla, aunque solo fuera de lejos.

La mujer rubia escuchaba la música. En un primer momento había pensado en no asistir, por prudencia. Pero, tras reflexionar, decidió estar presente; de lo contrario, habría despertado muchas dudas, provocado muchos comentarios.

Debía evitarlo a toda costa. Evitar que las miradas indiscretas se clavaran en ella y en su hombre, que se hablara, que se hicieran insinuaciones. Debía estar presente para vigilar, para intuir, para prevenir.

Seguía la representación con los sentidos alerta, extrema atención y ojos vigilantes. Conocía cada nota, cada figura. Sabía la posición que adoptarían los cantantes, qué músicas interpretaría la orquesta. Había saludado a las amigas con las que se había cruzado sin traicionar sus emociones, sin dar un paso distinto del habitual.

Había sonreído a su hombre, lo había buscado con la mirada para infundirle ánimos y hacerle saber que estaba allí, que siempre iba a estar.

El padre Pierino no entendía: aunque estuviesen allí extraoficialmente, ¿por qué no sentarse en el patio de butacas? O quizá en uno de los palcos laterales, desde donde habrían podido ver mejor la representación.

Sin embargo, el comisario lo llevó casi hasta el escenario mismo, entre el cordaje y los cabrestantes que servían para cambiar los decorados. El sargento, por su parte, tras recibir una señal de Ricciardi se alejó y se fue otra vez a la entrada secundaria. El padre Pierino suspiró resignado; ¿acaso algún día podría disfrutar de una ópera, cómodamente sentado en una butaca?

Ricciardi se le acercó.

—¿Quién entra ahora en escena?

—Nadie, comisario. Al principio solo hay música, dulcísima. Después, canta Turiddu. Una serenata a Lola.

—La mujer de Alfio, ¿no?

—Sí, la mujer de Alfio.

Después de una breve introducción, con el telón cerrado, una hermosa voz masculina comenzó a cantar. El padre Pierino notó que Ricciardi miraba continuamente el reloj y en una hojita iba anotando a lápiz los tiempos.

—¿Qué dice, padre? No lo entiendo.

—Es una serenata en dialecto siciliano, comisario. Le dice que es muy hermosa y que su belleza bien vale la condena, y también le dice, pero solo es poesía, que quede claro, que se dejaría matar por ella y que no merece la pena ir al paraíso si ella no está allí. Es una profecía, porque al final Alfio lo matará.

Los dos hablaban en susurros. Al finalizar el canto, mientras la orquesta tocaba sola, se abrió el telón. Tras concluir una parte musical, entraron hombres y mujeres que, tras colocarse en el escenario, comenzaron a dialogar a coro. Ricciardi se relajó y el padre Pierino confió en que apreciase la belleza de la música; por desgracia, el cura notó que los pensamientos del comisario no estaban allí.

Regresó Maione, el grueso abrigo cubría su uniforme. Jadeaba ligeramente, como si acabara de someter su pesado cuerpo a un esfuerzo inusual. El padre Pierino se dio cuenta de que el sargento tenía los zapatos manchados de barro y que llevaba pegada alguna que otra hoja de hierba. ¿Había salido? ¿Adónde habría ido?

El sargento se dirigió a Ricciardi y le dijo:

—Ya está, comisario.

—Entonces, vamos a comprobarlo. ¿Saliste cuando te dije?

El sargento miró su reloj de pulsera, alejándolo de los ojos afectados por la presbicia.

—Sí, creo que sí. Mi reloj marcaba las ocho y siete minutos. Del escenario al camerino, menos de un minuto. De la ventana al camerino, dos minutos, incluido el tiempo para abrir la puerta de los jardines, que no conocía. Ha sido fácil, una cerradura normal. Del camerino al escenario, otro minuto, quizá menos.

Ricciardi iba contando nerviosamente con los dedos.

—Apenas cuatro minutos para los desplazamientos. Vamos a ver.

Entonces se dirigió al cura y le preguntó:

—Padre, ¿qué ocurre cuando un cantante sale de escena y luego debe volver a entrar?

—Pues... depende. Si debe volver a escena enseguida, espera entre bambalinas. Pero si el intervalo es más largo, entonces vuelve al camerino, se retoca el maquillaje, se arregla el traje. No se entretiene fuera, sobre todo para evitar enfriamientos; entre un ambiente y otro siempre hay cambios de temperatura.

El pequeño cura seguía susurrando, agitando las manos tal como tenía costumbre.

—¿Y la entrada a los camerinos desde el escenario es la misma para todos?

—Sí, primero están los camerinos del director de orquesta y de los principales cantantes; luego vienen los comunes, para los demás cantantes y los figurantes.

Los ojos de verde cristal de Ricciardi se veían en la oscuridad, mientras Santuzza y Lucia interpretaban su dúo. Detrás del comisario, la imponente silueta de Maione vigilaba en la sombra.

—Y dígame, padre, ¿para ir a esos camerinos comunes hay que pasar delante de los principales? ¿Está seguro?

—Sí, comisario, ya se lo he dicho.

En escena, tras salir las dos mujeres, entró un nuevo personaje vestido de aldeano, que cantaba con voz profunda: un joven alto y ancho de hombros. Ricciardi echó una rápida mirada a Maione, que asintió despacio. El comisario se dirigió otra vez al sacerdote, señalando al cantante con un gesto de la cabeza.

—¿Y él?

—Él es el compadre Alfio, el barítono que más adelante canta la frase que usted me dijo esta mañana. Es el marido de Lola, el que al final mata al compadre Turiddu.

—¿Y el cantante? ¿Quién es, lo conoce?

—Sí, lo he visto un par de veces esta temporada. A mi juicio, un joven muy talentoso. Tiene una carrera por delante. Se llama Nespoli. Michele Nespoli.

En escena, sentado a una mesa con un vaso en la mano, Michele cantaba

atronador: «*M'aspetta a casa Lola, che m'ama e mi consola, ch'è tutta fedeltà*».

Continuaba la representación de la ópera; la compañía se notaba unida, los cantantes, imbuidos de sus respectivos papeles. A Ricciardi le pareció que la platea disfrutaba mucho y en varios momentos se oyeron aplausos espontáneos y sentidos. Nespoli destacaba no solo por su voz sino por su presencia escénica; el físico atlético e imponente lo ayudaba a destacar, e interpretaba con el ardor y el empeño de quien vive y respira únicamente para cantar. Con las manos en los bolsillos y los ojos atentos, el comisario lo grababa todo sin perderse una sola palabra.

Se movió cuando, al final de un dramático dúo con Santuzza, oyó la frase que había aprendido: «*Io sangue voglio, all'ira m'abbandono, in odio tutto l'amor mio finì*», repetida varias veces, con fuerza y rabia, por Nespoli. A Ricciardi le pareció muy distinta de cuando la había oído de los labios muertos de Vezzi, más de lo que cabía esperar.

Con voz suave y modulada, el tenor expresaba la nostalgia de un relato; Ricciardi comprendía al fin que la imagen quería manifestar la emoción que había guiado la mano del asesino. El otro, con el timbre profundo de la voz de barítono y los ojos que despedían destellos de rabia, narraba su propio sentimiento. El comisario no tenía duda de que, en los dos días transcurridos, Nespoli sentía todavía intacta la vibración de su venganza. Y se preguntaba cómo era posible que los espectadores, los demás cantantes, el mismo padre Pierino que, como siempre, repetía las frases en voz muy baja, no se dieran cuenta y no se quedaran horrorizados.

Con un último y terrible *Vendetta avró!*, venganza, Nespoli salió corriendo del escenario, e inadvertidamente pasó delante de los tres espectadores ocultos. El público se puso en pie y prorrumpió en un fervoroso aplauso que ahogó a la orquesta. Desde donde se encontraba, Ricciardi, que había echado un rápido vistazo al reloj, igual que Maione, alcanzó a ver la expresión de sus ojos: estaban vacíos, como si pensara en otra cosa.

El barítono se detuvo a escuchar los aplausos, que no daban señales de disminuir; bajó rápidamente los escalones que lo separaban de los camerinos y Ricciardi, que lo siguió un trecho, vio que pasaba delante de la puerta de Vezzi sin mirar, con la cabeza erguida y la mirada fija al frente. El comisario volvió a mirar el reloj y regresó a su sitio mientras la orquesta volvía a tocar.

Cuando Nespoli regresó a escena con un agudo *A voi tutti salute!*, ¡Salud a todos!, habían pasado exactamente nueve minutos y cincuenta y seis segundos. Ricciardi consideró que era tiempo más que suficiente. Asistió como espectador taciturno y silencioso al epílogo de la historia y al clamoroso éxito que, también esa noche, cosechó la ópera. El padre Pierino y Maione lo miraban, el primero, ajeno a todo, el segundo, consciente de los pensamientos que cruzaban la mente del comisario. A ninguno de los dos se les escapó que la expresión de Nespoli era bien distinta de la de

los demás miembros de la compañía, cuando el público reclamó que saliera solo a recibir una ovación: el barítono sonreía con los labios, no con los ojos. Ricciardi miraba los zapatos de Alfio y las ligeras marcas que habían dejado los de Maione en el pavimento que había pisado. Barro y un poco de hierba. El cuadro estaba completo.

Ricciardi se despidió del padre Pierino mientras el público seguía aplaudiendo de pie.

—Gracias, padre. Muchísimas gracias otra vez. Su ayuda ha sido inestimable. Ahora viene la parte desagradable de mi trabajo, la que debo asumir yo. Queda en pie mi promesa, iré a verlo.

El vicepárroco lo miró fijamente, sus negros ojos, vivaces e inquietos, clavados en los verdes ojos del comisario, fijos e inexpresivos.

—Adiós, comisario. Que Dios lo ayude a no equivocarse, que sus errores los pagan los demás. Si requiriese usted de mis oficios, me encontrará dispuesto. Día y noche.

Con una última y profunda mirada, Ricciardi se dio media vuelta y, seguido de Maione, se fue hacia los camerinos.

Al bajar del escenario, Michele Nespoli comprendió de inmediato que todo había terminado. En cuanto vio a los dos hombres esperando con las manos en los bolsillos, delante de la puerta, de aquella puerta, lo supo.

Se sorprendió de sentir un alivio mayor del que había imaginado; no sabía vivir con aquella amenaza constante sobre su cabeza. Maione dio un paso al frente y le tocó el brazo.

—¿Es usted Michele Nespoli? Tenemos que hacerle unas preguntas. ¿Quiere usted pasar? —le dijo, indicándole el camerino de Vezzi, cuya puerta había sido reparada.

Se hizo un pasmoso silencio. Se oía la respiración agitada de cuantos acababan de salir de escena; instintivamente, quienes estaban cerca del barítono se apartaron y lo dejaron solo, en el centro de un diminuto escenario imaginario.

Los tres entraron en el camerino. En el interior todo estaba limpio. Ya no quedaban rastros de la sangre del tenor, excepto alguna aureola de humedad en la alfombra. Habían cambiado el espejo. De no haber sido por la imagen de Vezzi, que seguía percibiendo ya más desdibujada en el rincón de la habitación, a Ricciardi le habría costado mucho reconocer la escena del crimen que se había ofrecido a sus ojos dos días antes. Nespoli, que no había bajado la mirada ni por un instante, pasó revista a la estancia con los ojos negros y profundos, deteniéndolos fugazmente en el ventanal que, como entonces, estaba entreabierto.

Maione había terminado de indicar los datos generales de Nespoli y ofrecer una descripción del asesinato. En el camerino todo era silencio. Ricciardi observaba fijamente al barítono que, orgulloso, le sostenía la mirada. Y entonces el comisario habló.

—¿Quién es la mujer?

Nespoli suspiró despacio.

—No sé de qué me habla.

Ricciardi asintió ligeramente con la cabeza, como si de alguna manera hubiese esperado aquella respuesta.

Fue Maione quien, sin alterar el tono, intervino.

—¿Quiere usted contarnos lo que ocurrió la noche del veinticinco de marzo, es decir, anteanoche?

Nespoli resopló, irritado.

—Según usted ¿qué pasó?

Ricciardi avanzó dos pasos y se volvió hacia el barítono, dando la espalda al rincón donde la imagen de Vezzi seguía salpicando sangre a su alrededor.

—Tenemos motivos para creer que, por causas indeterminadas, mató usted, de

forma voluntaria o involuntaria, a Arnaldo Vezzi, y que lo mató la noche del veinticinco de marzo pasado, entre las diecinueve y las veintiuna horas.

Nespoli sonrió, una vez más solo estiró los labios. Sus ojos eran como los de un animal enjaulado.

—¿Y qué le hace creer algo semejante?

Siguieron mirándose a los ojos. Maione continuaba en su sitio, entre los otros dos. Del pasillo les llegaba un murmullo constante.

—Las preguntas las hacemos nosotros —dijo el sargento sin inmutarse.

El cantante no se mostró especialmente turbado por la acusación.

—Pregunte entonces —dijo con tono desdeñoso.

—¿Se encontró usted con Vezzi el día y a la hora del crimen?

—Sí, lo vi. Me encontré con él.

—¿Dónde?

Nespoli lanzó un leve suspiro y miró fugazmente a su alrededor.

—Aquí mismo. Mejor dicho, ahí fuera; en la puerta.

—¿En la puerta?

—Sí, en la puerta. Iba hacia mi camerino, acababa de salir de escena.

—¿Y le habló usted?

—Él me habló a mí.

Hasta ese momento Ricciardi no había intervenido en la conversación; se había limitado a mirar fijamente a Nespoli y a estudiar su actitud. Entonces dijo en voz baja:

—Oiga, Nespoli, la suya no es una situación fácil. Contamos con nuestras investigaciones y con las pruebas necesarias. Si se cierra usted, lo único que conseguirá es hacernos perder algo de tiempo, pero no podrá salvarse. Es mejor que no finja no entender lo que le preguntamos.

Nespoli se volvió hacia el comisario y sonrió.

—¿Y si tiene esas pruebas, por qué pierde usted el tiempo?

—Porque debemos reconstruir lo sucedido, por eso. Y también —y aquí Ricciardi bajó más el tono de voz—, queremos saber si hay cómplices.

Volvió a hacerse el silencio. Nespoli y Ricciardi se miraban. Maione, a su vez, los observaba a los dos, con los ojos entornados, como si estuviera a punto de dormirse; era su manera de concentrarse.

Al final, Nespoli habló y su voz, potente y contenida, retumbó como un trueno lejano:

—¿Pruebas, dice? ¿Y qué pruebas son ésas?

—Encontramos los zapatos que se cambió para no dejar en escena pisadas de barro. Es el único que en ese momento llevaba zapatos del vestuario de esa medida. Tiene los pies grandes. Es de los pocos que tenían acceso a los camerinos, el único

que podía vestir las prendas de Vezzi. Y además, lo vieron cuando volvía a entrar por las escaleras y lo reconocieron.

Maione no dio señales de mostrarse sorprendido por la pequeña trampa que Ricciardi acababa de tenderle al barítono: los dos sabían que no eran más que indicios y que el padre Pierino nunca habría podido estar seguro de que la persona con la que se había cruzado en las escaleras era Nespoli y no Vezzi o cualquier otro de la misma talla. El sargento sabía que su trabajo se parecía a veces a la pesca del mújol, que practicaba los domingos cerca del puerto; y en esta ocasión, el mújol volvió a morder el anzuelo.

Y mordió con un suspiro y una sonrisa, sacudiendo un poco la cabeza.

—El cura. Maldita sea.

Parecía más divertido que abatido, como si acabara de perder una mano jugando a las cartas. En voz todavía baja, Ricciardi añadió:

—¿Qué tenía usted contra Vezzi? ¿Qué le había hecho?

—Era un canalla. Un hombre vil y mezquino. Seducía a las mujeres. Se tomaba todo tipo de libertades, se creía Dios; y no era Dios, era un hombre que no valía nada.

—Y entonces lo mató.

—No quería matarlo. Discutimos, nos peleamos. Le di un puñetazo y se golpeó contra el espejo. Era alto como yo, más corpulento que yo, pero en cuanto lo toqué se golpeó contra el espejo. Hasta para eso no valía nada.

Silencio. Ricciardi se dio la vuelta y vio las lágrimas que surcaban el rostro del payaso. Volvió a mirar a Nespoli.

—¿O sea que no merecía vivir? Y entonces el que se creyó Dios fue usted y por eso vino aquí a matarlo.

El barítono se estremeció.

—No, yo no soy Dios. Pero para mí el bueno es bueno, y el malo es malo. Y Vezzi era malo. Ni siquiera intentaba parecer bueno. En el ensayo, por ejemplo, con el pobre Pelosi. Yo estuve presente, no puede usted imaginar cómo lo trató; Pelosi es un hombre bueno, bebe pero es una persona respetable que no hace daño a nadie. Lo llamó viejo borrachín, inútil. No tuvo piedad.

—¿Y las mujeres? Ha hablado usted de mujeres.

—Sí, las mujeres. Tenía la mano muy larga, se tomaba todo tipo de libertades, con la fuerza o valiéndose de su poder pretendía sus atenciones, porque era importante, porque era el famoso Vezzi. Ahora ya no es nada.

Hablaba tranquilamente, con un tono normal, discursivo. En su voz no había asomo de emoción. Pero sus ojos, sus ojos de fiera enfurecida echaban chispas. Por extraño que pareciera, Ricciardi pensó que habría sido un magnífico actor de cine, pero no del sonoro, sino del mudo: sus expresiones no habrían precisado de subtítulos, habría bastado con la música.

—Cuéntenos exactamente qué ocurrió.

Nespoli se encogió ligeramente de hombros.

—Qué quiere que le diga... yo volvía a mi camerino, había terminado mi primera parte y me quedaban unos diez minutos. Él tenía la puerta abierta, me miró y comentó con ironía: «¡Vaya con el diletante! ¡Casi parecías un cantante de los de verdad!». Me ofusqué. Le di un empujón, y él cayó hacia atrás. Se levantó y me dijo: «Te has buscado la ruina, no volverás a cantar en la vida». Yo entré, cerré la puerta a mi espalda. Intenté disculparme, pero él repitió: «No volverás a cantar en la vida». Entonces dejé de pensar y le pegué un puñetazo.

—¿Cómo le pegó el puñetazo? ¿Dónde?

Nespoli imitó un gancho con la derecha y dijo:

—Así. En la cara, creo que le di debajo del ojo.

Se correspondía con la marca del golpe que tenía el cadáver.

—¿Y después?

—Después él cayó hacia atrás, contra el espejo, que se rompió. Empezó a sangrar por la garganta, a chorros, le salía un montón de sangre. Boqueaba, se sentó en la silla, la sangre seguía manando, a borbotones. Canalla, se le había acabado el canto. Con aquella voz de pacotilla que empleaba para tomarle el pelo a la humanidad. Con aquella alma negra.

Ricciardi miró de reojo al alma negra que, sin dejar de llorar, seguía cantando y perdiendo sangre. Pero tenía derecho a vivir, pensó. Por negra que fuera su alma.

—¿Y usted qué hizo?

—Pensé a toda prisa. No podía salir por la puerta del camerino, podían verme. Pero si salía por la ventana y volvía a entrar, con el traje de escena, durante nuestra representación, habría sido sospechoso. Casi como confesar. Entonces cogí del armario el abrigo, el sombrero y la bufanda del muy canalla y salí por el ventanal.

Indicó con la barbilla por dónde había salido.

—¿Y por dónde volvió a entrar?

—Por la puertecita, la que está junto a la entrada de los jardines. Siempre está abierta, vamos allí a fumar cuando hay ensayo.

—¿Y al regresar se encontró con alguien?

—Solo con el cura; estaba al final de la escalera. Pero lo vi concentrado, escuchando el entreacto. No creí que me hubiese reconocido. Todavía me quedaba algo de tiempo, pensé.

—¿Qué hizo usted entonces? ¿Volió a entrar en su camerino?

—No. ¿Cómo iba a entrar? ¿Con el abrigo y el sombrero de Vezzi? Además, aunque después del entreacto viene el coro y casi todos están en escena, en el camerino siempre hay alguien. Miré a mi alrededor con mucho cuidado, no vi a nadie, abrí la puerta y eché dentro el abrigo, el sombrero y la bufanda. Todavía

estaban tocando el final del entreacto.

Ricciardi miró a Maione y este asintió. Los tiempos se correspondían con lo que habían cronometrado esa noche.

—Entonces cerré con llave la puerta del camerino y bajé en el montacargas hasta el almacén para cambiar los zapatos.

—¿Y la llave?

Nespoli se mostró desorientado por un instante.

—¿La llave? Me la metí en el bolsillo, y después, cuando salí, fui a la playa y la tiré al mar.

Ricciardi lo miró fijamente a los ojos. Nespoli le sostuvo la mirada.

—¿Qué le dijo al encargado del almacén para justificar que los zapatos estaban sucios?

—¿A Campieri? No estaba en su puesto, a lo mejor lo llamaron y tuvo que ausentarse. Si hubiese estado, los habría limpiado lo mejor posible y habría salido a escena, arriesgándome a dejar las huellas. A esas alturas no me quedaba otra alternativa. Además, no tenía más tiempo, debía volver a actuar.

Siguió un momento de silencio. El murmullo del pasillo sirvió de fondo a la larga mirada que intercambiaron el cantante y el policía. Maione respiraba pesadamente. El alma de Vezzi lloraba, cantaba y clamaba justicia, pero solo Ricciardi la oía.

—No me arrepiento —dijo Nespoli—. No me arrepentiré jamás.

Ricciardi salió en primer lugar, mientras Maione le ponía las esposas a Nespoli. La multitud reunida delante del Camiri no enmudeció. Acompañado del director de escena, el superintendente se abrió paso; era tal su frustración que tenía la cara morada.

—¡Esto es demasiado, definitivamente! ¡Acceder por una entrada lateral durante la representación, y meterse incluso en el escenario! ¡Y luego en un camerino! ¡A ver si comprenden de una vez por todas que esto es un teatro! ¡Uno de los principales del país!

Mientras el duque describía sus piruetas, incapaz de detenerse siquiera para respirar, Ricciardi se dio cuenta de que el murmullo de la abigarrada multitud de payasos, colombinas, arlequines y carreteros había vuelto a callar. Se volvió hacia el camerino y vio salir a Nespoli, y luego a Maione. El hombre seguía observando a todos con su mirada orgullosa, segura y desafiante; las personas que estaban más cerca se apartaron instintivamente. Nespoli miró a su alrededor una sola vez, y fue entonces cuando ocurrió.

El comisario se percató de que, por un instante, un breve y único instante, la mirada de Nespoli cambió. Fue un hecho tan repentino y pasajero que casi dudó haberlo visto, pero no podía tratarse de un error, acostumbrado como estaba a valorar las emociones a través de las miradas.

En ese instante, la cara de Nespoli se había suavizado y entristecido; se veía en ella una expresión de desesperación y derrota. El hombre fuerte y desencantado había desaparecido para dar paso a un muchacho infeliz, dispuesto a ofrecer su vida por amor; la suya era la expresión del sacrificio supremo.

Ricciardi recordó entonces que, unos años antes, se había ocupado del homicidio de una mujer a manos del marido al que ella quería abandonar para irse con su amante; tras matarla, el hombre se había quitado la vida con dos disparos de su pistola de oficial del ejército. El comisario tenía presente la imagen del asesino que repetía: «Por ti, amor mío, por ti», mientras el cerebro seguía crepitando por el calor de la pólvora.

Ricciardi recorrió la pequeña multitud para descubrir a quién había buscado con la mirada el cantante. Sabía que la clave estaba allí, en aquella mirada, el motivo verdadero del asesinato de Vezzi, la condena de Nespoli. Observó a la multitud y, en un primer momento, mientras el superintendente seguía protestando, no vio al posible destinatario de una mirada como aquélla; después, de forma inesperada, reconoció la imagen especular de los ojos del barítono. Así como en los del cantante se reflejaban la derrota, la adoración y el sacrificio, los otros estaban cargados de amenaza, le pedían que tratara de no traicionarse, de mantener aquella actitud.

El instante pasó y dejó al comisario confundido: el nuevo elemento, que no tenía intención de subestimar, cambiaba nuevamente la perspectiva. Y lo hacía de un modo radical. Sin embargo, disponían de una confesión, una confesión completa, y no podía pasar por alto ese punto.

La salida de Nespoli había producido el efecto, nada despreciable, de acallar un momento al superintendente. Pero fue solo un momento.

—Pero... ¿es lo que parece? ¿Ha detenido al culpable? ¡Entonces debo retirar lo dicho! ¡Enhorabuena! No es que haya dudado ni por un instante del triunfo de la justicia, aunque esta última... esta última irrupción suya me llevó a pensar que, quizá, para resolver el asunto debía volver a dirigirme a sus superiores o bien, de haber sido necesario, hablar con las autoridades de Roma. Ahora bien, si llegara a demostrarse que ha dado usted en el blanco...

En voz lo bastante alta para que lo oyeran todos los allí presentes, Ricciardi dijo:

—Sí, señor duque. En efecto. Parece ser que hemos detenido al culpable.

Todos comentaron el anuncio de Ricciardi y por un momento se oyó un vocerío confuso; una sola persona, a la que el comisario observaba, no despegó los ojos del suelo.

Ricciardi alcanzó a Maione fuera del teatro y se dirigió hacia la jefatura, que estaba cerca de allí. El procedimiento era irregular, pues por seguridad deberían haber ido acompañados de al menos dos guardias. Sin embargo, el detenido tenía una actitud tan sumisa y tranquila que no hacía temer ninguna locura por su parte. Un centenar de metros más adelante se cruzaron con el jadeante Luise, el joven cronista del *Mattino*.

—¿Qué tal, comisario? Me han avisado por teléfono. ¿Quién es el detenido? ¿Ésta vez me lo puede decir?

Ricciardi se compadeció del joven al que había tratado mal la primera vez que se encontraron, y no quiso dejar que se marchara con las manos vacías.

—Se trata de un cantante de la *Cavalleria rusticana* llamado Michele Nespoli. Es un sospechoso.

Nespoli levantó la vista, que hasta ese momento había mantenido baja, y sentenció, despectivo:

—¡Qué eficientes estos polizontes! Siempre pillan al culpable. Sobre todo si alguien se chiva.

Maione le puso la mano en el hombro.

—Limítese a hablar cuando lo interroguen.

Luise trató de preguntar algo sobre las circunstancias de la detención, pero los tres se alejaron a paso veloz.

Cumplidos los trámites de la detención y una vez que Nespoli fue conducido a los calabozos de la jefatura, Ricciardi se despidió de Maione.

—No ordenes todavía el traslado a Poggioreale. Mañana quiero volver a interrogarlo.

—Hay algo que no le queda claro, ¿eh, comisario? Me di cuenta por las preguntas que le hizo y por la forma en que lo miraba. Pero ha confesado.

—Sí, ha confesado. Pero mañana quiero volver a interrogarlo. Buenas noches.

Mientras regresaba a su casa, el comisario repasó la sucesión de los hechos.

En primer lugar, la mirada; una vez esposado, Nespoli había mirado a una persona que Ricciardi no hubiera imaginado nunca. La casualidad del hecho: ¿cómo era posible que una persona, aunque tuviera un temperamento fogoso como el barítono, reaccionara de forma tan desproporcionada ante un simple comentario? Los tiempos: ¿cómo era posible que en apenas diez minutos, sin haber preparado nada, alguien que está cantando en una ópera lírica salga de escena, mate a un hombre, escape por la ventana, vuelva a entrar, suba al cuarto piso, se cambie de zapatos, baje y vuelva a escena? El modo: ¿cómo era posible que un único puñetazo que, por lo demás, había planteado dudas incluso al médico por sus limitados efectos,

consiguiera abatir con tanta violencia a un hombre haciendo que rompiera un espejo grueso y muriese desangrado? Sin duda, era posible; había visto circunstancias todavía más extrañas. Pero difícil, muy difícil. Por último, había que considerar el Asunto: las lágrimas que surcaban el rostro de Vezzi. No se llora durante una riña por motivos tan fútiles.

Entonces, pensó Ricciardi, Nespoli encubría a alguien. ¿A quién y por qué? ¿A la persona a la que había mirado? ¿Estaría al corriente de los hechos o sería cómplice? ¿Cómo sacar a la luz la verdad? ¿Acaso Nespoli veía claramente a qué se exponía? Además de su carrera, irremediablemente perdida, el cantante iba a perder la libertad, y por muchos años. Aunque no fuese intencionado, el homicidio de Vezzi había llamado la atención de la prensa y el poder de Roma; Ricciardi sabía muy bien que los jueces siempre estaban ansiosos por complacer al régimen, del cual el tenor había sido un hijo predilecto. El comisario hubiera podido apostar que la condena sería ejemplar.

Eran casi las once. Con la conciencia tranquila por el tentempié vespertino que le había dado, la tata Rosa se había ido a dormir; los profundos ronquidos que provenían de su alcoba así lo corroboraban. Ricciardi se retiró también y se cambió. Por pura escrupulosidad, se acercó a la ventana, descorrió las cortinas y miró al frente.

A la tenue luz de la lámpara, Enrica cosía; había aplazado la preparación del ajuar porque quería terminar un traje de verano para su sobrino, que cumplía un año a finales de agosto; ese iba a ser su regalo. Quería mucho al hijo de su hermana; se preguntó si amaría de aquella manera a un hijo propio, si es que llegaba a tenerlo, o si lo querría más. Suspiró y el instinto la impulsó a mirar por la ventana; se estremeció de forma imperceptible al ver que las cortinas de la ventana de enfrente se habían descorrido en un horario tan fuera de lo habitual.

Mientras observaba la pechera que acababa de bordar, sonrió para sus adentros y pensó que su familia tenía razón cuando no cesaba de repetirle desde niña que era terca como una mula.

Al otro lado de la calle, recorrida por el fuerte viento, en la oscuridad de su alcoba, Ricciardi observaba a Enrica mientras cosía. Como siempre, imaginaba que tarde o temprano hablaría con ella y le contaría cuánta paz le daba verla bordar. Entonces le pediría que bordara y él se sentaría a mirarla; ella sonreiría, inclinando la cabeza de lado y le diría que sí, con aquella voz que él nunca había oído.

Entretanto, al otro lado de la calle, el trabajo quedó terminado. Enrica dejó el bordado, y para cortar el hilo sobrante con la mano derecha tomó de la mesita la tijera y la pasó a la izquierda.

Y Ricciardi lo comprendió todo.

La cinta con las tijeras, que faltaba; alguien que trabajaba con la mano izquierda; el sentido de lo que había dicho el médico forense dos días antes; la bata demasiado

grande. Y, sobre todo, comprendió aquella mirada que había durado un instante.

Pensó también, mirando al otro lado de la calle, que una mirada de un instante podía cambiar el sentido de una vida entera.

Acababa de colgar el sobretodo en la oficina cuando entró el subjefe de policía Garzo hecho una furia; detrás de él, nerviosísimo, iba Ponte, su ayudante.

—Ricciardi, ¿es cierto lo que me han dicho esta mañana? ¿Qué detuvo a un sospechoso del homicidio de Vezzi? ¿Es cierto?

Ricciardi cerró el armarito, suspiró y se volvió hacia su superior.

—Sí, es cierto. Fue anoche.

Garzo estaba fuera de sí; su cara, habitualmente sonriente y controlada, se cubrió de manchas rojas; se había aflojado la corbata y llevaba el pelo revuelto.

—¿Y por qué no se me avisó? Lo dije claramente, más de una vez, que se me mantuviera al tanto de todas las incidencias del caso, incluso las mínimas. ¿Y usted detiene al culpable y no me informa? ¡De no haber sido por mi amigo, el jefe de redacción del *Mattino*, que me ha telefoneado esta mañana para felicitar me, no me habría enterado de nada! Pero ¿quién soy yo? ¿Un cero a la izquierda?

Ricciardi lo miraba fríamente, con las manos en los bolsillos del pantalón.

—Está usted gritando en mi despacho y no me parece la manera adecuada de pedirme información. Ayer no pude avisarle porque eran las once de la noche y hacía ya dos horas que usted se había marchado. Además, se trata de un sospechoso, no de un culpable. Me comunico con usted como debo hacerlo, es decir, por la vía oficial. Lo que le digan sus amigos no me interesa demasiado.

Había hablado en voz baja, casi murmurando; el efecto, comparado con los gritos de Garzo, había sido increíble. Ponte, que estaba en la puerta, bajó la cabeza como si acabara de recibir un puñetazo. Maione, que había llegado a la carrera, se tapó con una mano la sonrisa de oreja a oreja; en la otra llevaba el diario.

Garzo se quedó como embalsamado. Parpadeó dos o tres veces, y al final lanzó un profundo suspiro. Miró a su alrededor y pareció sorprenderse de estar en el despacho de Ricciardi. Cuando volvió a hablar, lo hizo con un tono casi de sometimiento, aunque en su voz se notaba una vibración feroz.

—Claro..., claro. Disculpe. Le pido disculpas, Ricciardi. Entonces, si es tan amable, ¿puede decirme algo de esa detención de ayer, para que informe al jefe de policía? Ya sabe usted, para que no lo pillen desprevenido cuando lo llamen desde Roma.

Hablaba con mucha lentitud para contener la rabia. Ricciardi casi llegó a compadecerse de él.

—Por supuesto. Veamos. A raíz de ciertos datos reunidos en el curso de la investigación comenzamos a sospechar de Michele Nespoli, cantante barítono en el

Real Teatro de San Carlo. Interrogado in situ por mí y por el sargento Maione, a quien se debe gran parte del mérito de la detención, confesó el crimen. Pero hay otros aspectos que debemos comprobar para valorar si hubo cómplices o móviles que ahora desconocemos. Por tanto, en estos momentos, no emitiría comunicados oficiales.

Garzo abría y cerraba la boca; a Ricciardi le recordó una enorme merluza con traje y corbata. Cuando por fin recuperó el habla, dijo:

—No estoy seguro de haber entendido bien. ¿No me ha dicho que el tal Nespoli confesó haber asesinado a Vezzi?

—Sí, pero...

Garzo levantó la mano.

—¡No! ¡No me venga con peros! Si tenemos la confesión, y la tenemos, no hay margen de duda. Le pido que me comprenda de una vez por todas, una cosa es encontrar al asesino a los dos días del homicidio, y otra es seguir indagando después de una confesión. Si se sigue indagando a pesar de la confesión, quiere decir que la solución nos ha caído del cielo sin que la buscáramos, por lo tanto, no tiene mérito. Ahora bien, yo me inclino decididamente por la primera hipótesis, y de ese modo creo interpretar la opinión del señor jefe de policía. Por tanto, mi querido Ricciardi, primero —indicó el número uno sujetándose el pulgar de la mano izquierda entre el pulgar y el índice de la derecha—, lo felicito de todo corazón por tan brillante solución del caso; segundo —y con los mismos dedos se sujetó el índice de la mano izquierda—, lo invito a que se abstenga de seguir con la investigación y de referir ninguna de sus dudas a nadie. ¿Estamos de acuerdo?

La historia de siempre. El régimen pretendía ciudades limpias y entusiastas, llenas de esperanza y fe en el sol del porvenir. Un crimen era una herida social inaceptable. Un crimen suponía que había locos, personas que no se daban cuenta de lo afortunadas que eran de tener por gobernantes a los más grandes estadistas del mundo, personas que, en este país de santos, poetas y navegantes, eran también portadoras de la simiente de la violencia extrema.

No podía haber piedad para aquel que causara la terrible herida. Había que encontrarlo y meterlo en la cárcel o matarlo, y había que encontrarlo deprisa, para que nadie viera minada su seguridad. Y si la policía había sido tan hábil y puntual en la resolución del caso, obteniendo nada menos que una confesión completa, no quedaba más que cerrar el caso y tratar de olvidar lo sucedido.

Lo antes posible.

Ricciardi no había movido un solo músculo.

—No. En absoluto. Corremos el riesgo de dejar a uno o más culpables en libertad, lo sabe usted de sobra. Y de no aclarar ciertos aspectos de este caso que en estos momentos carecen de explicación.

Se hizo un breve silencio. Maione y Ponte, que seguían en el umbral de la puerta,

parecían dos estatuas. Garzo reaccionó.

—No tengo intención de volver sobre el tema, Ricciardi. Es una orden. Ah, y una cosa más, usted y yo sabemos muy bien cuántas veces acudí a mí para defender las posturas de sus más estrechos colaboradores, y también sabemos cuánto los aprecia usted. Por ello, me permito recordarle que, en caso de que se desobedezcan mis órdenes, no solo le haré a usted responsable, sino también a ellos. De manera que el sargento Maione, aquí presente, en lugar de recibir una distinción y una más que probable gratificación en metálico, pasaría a ser el destinatario de una sanción disciplinaria. Téngalo en cuenta.

Se dio media vuelta y salió con paso marcial. Ponte se hizo a un lado para dejarle paso y, con cara de fingida aflicción, lo siguió.

Maione entró en el despacho de Ricciardi colorado como un tomate.

—¡Será mal bicho! —exclamó, y cerró la puerta a su espalda.

Ricciardi se dejó caer en la silla, detrás del escritorio. Miró desconsolado a Maione, sentado delante de él.

—¿Lo has oído? O sea que tú también serás un héroe o un delincuente. Sin términos medios.

Maione lo miraba sin decir nada. Ricciardi suspiró.

—Sargento, vamos a tener que relevarte de la investigación. A partir de ahora ya no te ocupas del caso. Por el trabajo que has hecho hasta ahora te espera una buena gratificación.

Maione seguía mirándolo.

—Ya te puedes ir.

—Comisario, yo no me voy a ninguna parte. Por no mencionar el hecho de que yo de ese no recibo órdenes —e indicó la puerta con una inclinación de la cabeza—, sino de mi superior directo que es usted. A usted ya lo conozco muy bien, y sé cuándo un trabajo está terminado y cuándo no. Y a mí me parece que este todavía no está terminado. Anoche ya me di cuenta y esta mañana, cuando le vi a usted la cara, terminé de convencerme. Además, cualquiera se pierde la ocasión de demostrarles a ese señor y a ese perrito faldero de Ponte que están equivocados. Por otra parte, a mí la gratificación me trae sin cuidado, mis hijos no están acostumbrados a tener demasiado dinero. Los muchachos se malcrían cuando hay mucho dinero. Por último —concluyó, parodiando al subjefe de policía y sujetándose la punta del meñique izquierdo con dos dedos de la mano derecha—, hay una sola cosa que me molesta más que un culpable suelto: un inocente en la cárcel.

Ricciardi negó con la cabeza y suspiró otra vez.

—Ya sabía yo que eres un viejo obstinado. Recuérdate que un día de estos tengo que jubilarte. En fin, que tienes razón, todavía no hemos terminado con este caso. Hay algunos aspectos que no me quedan claros, sobre los que debo arrojar luz, y luego ya podremos dormir tranquilos.

Maione dejó el periódico sobre el escritorio.

—Total, para el diario ya somos unos héroes. Fíjese lo que pone: «Tras apenas dos días de infatigables investigaciones, la policía descubre y lleva ante la justicia al cruel asesino del tenor Vezzi. Más información en las páginas de sucesos». Si somos infatigables, habrá que seguir fatigándose. Lo dice la propia palabra, ¿no?

—Así es. Pero debemos tener cuidado con Garzo y su gente. Tú te tomas un día de permiso, que yo te concedo ahora mismo; oficialmente será para llevar a tu hijo al médico. Extraoficialmente, pones manos a la obra. ¿Conoces a ese tipo que vive por encima de los Quartieri, cómo se hacía llamar..., Nenita? Ése que es un metomentodo, que lo sabe todo de todo el mundo.

—¿El travestí? Claro que lo conozco. Cada vez que encerramos a un puñado de putas, lo pescamos también a él, porque vestido de mujer queda mejor que las mujeres de verdad, con perdón de usted, comisario. Pero es simpático, uno se parte de risa con él.

—Ése mismo. Localízalo esta misma mañana. Pídele que te dé información sobre esta persona, espera que te apunto el nombre.

Tomó una hoja de papel, mojó la pluma en el tintero, escribió un nombre y pasó la nota al sargento.

—Averigua todo lo que puedas. Todo. Y después vienes aquí y me lo cuentas.

Maione leyó el nombre, asintió y sonrió.

—Entonces es ésta, ¿eh? Ya vi yo que él la miraba raro. Estaba seguro de que a usted tampoco se le había escapado. Muy bien, comisario. Quédese tranquilo.

—Una última cosa y luego te puedes ir. Haz que me traigan a Nespoli.

Como era evidente, Nespoli no había pegado ojo. Se presentó con unas profundas ojeras, una sombra negra de barba en la cara, la tupida melena despeinada. El espectro del fracaso de su vida había comenzado a bailar a su alrededor y el hombre era consciente de que no se detendría jamás. Mientras estaba en el calabozo desfilaron ante sus ojos su padre, su madre, sus hermanos, sus paisanos, todos aquellos que habían renunciado a mucho o poco para que él pudiera estudiar, por el simple gozo de verlo cantar en el San Carlo. Y ahora que había llegado, lo había echado todo por la borda.

No obstante, sabía muy bien que no habría podido hacer otra cosa. Se había comportado como debía, como era de justicia. Por ello se sentía tranquilo mientras sostenía la mirada verde y cristalina del comisario, pestañeando por efecto de la fuerte luz matutina que se filtraba por la ventana. Pensaba que a pesar de su trabajo infame, el polizonte era un tipo honrado, digno de respeto; por una parte, te miraba a los ojos y no era frecuente encontrarse con personas que lo hicieran. Por otra, tenía la impresión de que había sufrido igual que él. Y además, había vuelto a llamarlo; en vez de conformarse con la confesión, quería llegar al fondo, entender. Y eso significaba que era inteligente. Un polizonte inteligente y honrado, combinación rara y peligrosa.

Ricciardi lo miraba en silencio. Con un ademán había mandado salir al guardia que lo había acompañado y se quedó sentado con las manos entrelazadas delante de la boca y los codos apoyados en el escritorio. Nespoli le sostenía la mirada, de pie con las manos encadenadas al frente. Tras un largo minuto, Ricciardi dijo:

—Nespoli, lo sé todo. Lo he comprendido. Y lo hice anoche. No sé si usted se da cuenta de lo que hace, de lo que le espera. Lo condenarán a treinta años de cárcel, saldrá cuando sea viejo, si es que sale. Alguien como usted no puede pasarse treinta años entre delincuentes.

Nespoli lo miraba fijamente, sin que se le moviera un pelo.

—Usted no lo mató. Lo sé. Y también sé quién lo hizo.

El cantante parpadeó, pero no soltó palabra.

—Piense en quienes lo aprecian. Tiene usted una madre, hermanos. No puedo creer que no tenga un motivo, un solo motivo para querer vivir, para ser libre. Aunque solo sea para cantar. Tiene usted talento, lo escuché ayer.

Nespoli no movió un solo músculo. Del ojo derecho le brotó una lágrima que empezó a surcarle la mejilla. No pareció darse cuenta.

—¿Tan fuerte es su relación con esa mujer? ¿Qué hizo ella por usted para merecer este sacrificio, para que usted le regale su vida?

El hombre encadenado seguía mirando orgullosamente a los ojos a Ricciardi, que, llevado por la vehemencia de la conversación, se había inclinado hacia adelante.

—Si usted no me ayuda, ¿cómo voy a ayudarlo yo? Ya no puedo seguir con el caso, a menos que se retracte de su confesión. Déjeme que lo intente. ¡No permita que sea yo quien mande a un inocente a la cárcel! Se lo ruego. Retráctese.

Nespoli esbozó una sonrisa triste y no dijo nada. Al cabo de otro largo minuto, Ricciardi lanzó un profundo suspiro.

—Como usted quiera. Imaginaba que actuaría de esta manera. —Llamó al guardia y le dijo—: Llévase.

Al salir, Nespoli se detuvo en el umbral, se dio media vuelta y dijo en voz baja:

—Se lo agradezco, comisario. Si alguna vez ha amado, me comprenderá.

Te comprendo, pensó Ricciardi.

Al cabo de unos instantes, Ponte llamó a la puerta.

—Disculpe, comisario. El subjefe de policía quiere verlo en su despacho.

Ricciardi lanzó un suspiro desganado, se levantó y fue a la amplia oficina del final del pasillo. Antes de llegar a la puerta entreabierta percibió el intenso y agreste perfume de especias, que ya le era familiar. Garzo no estaba solo.

—¡Ah, mi querido Ricciardi! Entre, por favor. Siéntese, siéntese. Ya conoce a la señora Vezzi, ¿no?

Sentada delante del subjefe de policía se encontraba Livia; tenía las piernas cruzadas, iba embutida en un traje negro, sobrio a la par que sensual. Llevaba el velo levantado y sujeto al sombrero; fumaba. Sus espléndidos ojos negros se clavaron en Ricciardi y en su boca se insinuó una sonrisa. Parecía una pantera dispuesta a dormirse o a abalanzarse sobre la presa, según conviniera.

—La señora Vezzi se ha enterado por los diarios de la buena noticia de la detención del asesino —dijo Garzo—, y ha venido a felicitarnos. Dice que manifestará su satisfacción ante las más altas autoridades de Roma a las que tiene acceso. Incluso a nuestro amado Duce y a su esposa, de los que es amiga. Ha solicitado verle a usted para felicitarle.

Ricciardi seguía de pie y miraba a Livia a los ojos. Sin apartar la vista de ella, le comentó a Garzo:

—La señora Vezzi otorga excesiva importancia a nuestra intervención. Lo cierto es que habríamos podido indagar aún más a fondo. Tal vez no haya sido más que... cuestión de suerte que consiguiéramos la confesión.

Garzo adoptó un tono preocupado y lanzó una furibunda mirada a Ricciardi, que no se dio por aludido, pues el comisario seguía mirando a la viuda.

—Pero ¿qué dice? Como es habitual, nuestro Ricciardi es demasiado modesto. En realidad, nuestra detención ha sido fruto de minuciosas investigaciones y, tal como las describe el diario, infatigables. Yo mismo, y la señora tendrá la amabilidad de tomar nota para poder comentarlo, le di al comisario frecuentes y precisas indicaciones y, sobre la base de estas indicaciones, pudimos atrapar al culpable que, ante las pruebas irrefutables que conseguimos reunir, no tuvo más remedio que confesar. ¿No es así, Ricciardi?

El tono de Garzo era ahora decididamente amenazante. Livia no dejaba de sonreír mientras seguía fumando y mirando a Ricciardi.

—No me cabe duda de que su trabajo... en equipo, se dice así, ¿no?, ha dado resultados. Pero yo misma he tenido ocasión de observar al comisario Ricciardi en acción y puedo asegurar que no hay nada que lo distraiga de su trabajo. Es un hombre de primera.

Garzo no estaba dispuesto a dejarse arrinconar y, como siempre, intentó barrer para casa.

—En efecto, es uno de nuestros mejores elementos. Tal como comentó usted, señora, este éxito es mérito del equipo, y se debe, sobre todo, a la habilidad de elegir a las personas adecuadas para que ocupen los puestos adecuados. ¿No es así, Ricciardi?

El comisario no había apartado los ojos de Livia, que tampoco había dejado de mirarlo y de sonreír. Al ver que volvían a interpelarlo, Ricciardi no tuvo más remedio que contestar.

—El dottor Garzo tiene toda la razón. Independientemente de lo que haya dicho, diga o vaya a decir. Por lo que a mí respecta, la señora sabe que hago lo que tengo que hacer. Al menos lo intento. ¿Puedo retirarme?

Livia asintió sin dejar de sonreír. Garzo rezongó:

—Sí, Ricciardi, retírese. Y no se olvide de lo que hemos hablado.

Ricciardi inclinó levemente la cabeza a manera de saludo y se marchó.

Dos horas más tarde, llamó a la puerta de Ricciardi el hijo de Maione, un muchacho de dieciséis años que el comisario había visto a veces en compañía de su padre.

—Buenos días, comisario. Dice papá que lo espera en el café Gambrinus, de la piazza del Plebiscito. Tiene que hablar con usted.

—Gracias. Voy enseguida.

Vestido de paisano, Maione tenía todavía más aspecto de policía que cuando iba de uniforme. Ricciardi no habría sabido decir por qué, quizá por la forma de llevar el sombrero, o quizá porque caminaba tieso. La cuestión es que no había posibilidad de equivocarse: era policía. Lo esperaba en la mesita de siempre, la que Ricciardi ocupaba para tomarse una *sfogliatella* a la hora del almuerzo. Cuando llegó el comisario, Maione hizo ademán de levantarse; su jefe lo frenó con un gesto y se sentó.

—He pedido un café y una *sfogliatella* para usted.

—Gracias. Pero invito yo, que todavía no has cobrado la gratificación. Qué mayor está tu hijo. Te felicito. Se parece a... su madre.

—Se parece a Luca, comisario. Ya puede decirlo, ¿o se cree que no tengo ojos en la cara? Es clavado a su hermano. El otro día nos dijo que quiere ser policía. Su madre salió corriendo y se metió en el dormitorio a llorar. Y yo tuve que soltarle un bofetón. Y le grité: «¡Ni se te ocurra volver a decirlo!». Éste es un trabajo infame. Mejor ser delincuente.

—No digas tonterías, tú no piensas eso. Es el muchacho quien debe elegir. Además, con el ejemplo que le da el terco de su padre, es lógico que quiera hacerse policía.

—Y comisario, sin ánimo de ofender.

—No me ofendo. Vayamos al grano, ¿qué has hecho?

—He visto a Nenita, fui hasta donde vive, en San Nicola da Tolentino. Tendría que haberlo visto, llevaba un salto de cama, el pelo recogido con una pinza. Acostumbrado a verlo maquillado, ni siquiera lo reconocí. «¡Sargento, qué alegría! ¿Se ha decidido por fin?», ¡si llega a decir algo más, le pego una patada! ¡Precisamente a mí! En fin, que me hizo pasar a los bajos donde vive y hasta me ofreció un sucedáneo de café. Le comenté lo que necesitábamos y él ya estaba al corriente de todo. Parece ser que nuestra amiga es bastante famosa en esos barrios. A decir verdad, Nenita me preguntó enseguida para qué necesitaba yo la información. Le dije que, en primer lugar, la necesitaba para no meterlo en la cárcel por ofensa al pudor y entonces él dijo: «De acuerdo, entendido, a su disposición, sargento». Y desembuchó.

Ricciardi sonrió fugazmente mientras comía un trozo de *sfogliatella*.

—¿Y por qué es bastante famosa la señorita?

—Porque es guapa, eso para empezar. Después, porque sabe leer y escribir y enseña a los niños que no van a la escuela, o sea, a la mayoría. Después, y aquí viene lo interesante, porque durante unos meses vivió con un tipo, Nenita no sabe cómo se llama, pero le decían 'o *Cantante*. De hecho a ella la conocen como 'a' *nnammurata d'o Cantante*, aunque ya no viven juntos.

—¿Y desde cuándo no viven juntos?

Maione consultó las notas tomadas en una hoja de papel que había sacado del abrigo.

—Más o menos desde Navidad, según dice.

—Más o menos desde Navidad, claro. Lógico.

—¿Por qué lógico?

—Porque en Navidad empezó todo. En Navidad empezó lo de Vezzi. Y la señorita echó de casa a 'o *Cantante* con cualquier excusa. ¿Y adivinas quién es 'o *Cantante*?

—Comisario, 'o *Cantante* es Nespoli. ¿Quién, si no?

Ricciardi se pasó dos dedos por los labios para limpiarse el azúcar y asintió.

—Muy bien, Nespoli. Ya hemos reconstruido el pasado misterioso, dónde estaba antes de ocupar el apartamento de ahora. Sigue.

—Ahora ella vive sola. Hace una vida bastante retirada, no se prodiga. Pero hay una noticia, mejor dicho, un notición; la señorita espera, comisario, está en estado de buena esperanza. Se lo ha confesado a su portera, porque hace un par de noches se encontró mal, vomitó y esas cosas. ¿Se lo puede usted creer, comisario? Cuando me lo contó, Nenita se puso verde de envidia.

Ricciardi se había inclinado hacia adelante, como era su costumbre cuando captaban toda su atención.

—De modo que embarazada, ¿eh? Por eso el cordero se transforma en fiera. ¿Y le preguntaste eso otro que te pedí?

—Claro, comisario. Tenía usted razón, como siempre. —Maione sonrió lleno de admiración al tiempo que sacudía la cabeza—. La señorita escribe con la izquierda.

La tarde transcurrió lenta, mientras el viento seguía barriendo la ciudad.

Ricciardi se encerró en su despacho, tratando de sacarse de encima el trabajo burocrático que en los últimos días había desatendido; pero le costaba concentrarse. En su mente quedaba completa la sucesión de los hechos, pero lo que percibía a través del Asunto no acababa de encajar con el cuadro que había ido construyendo. Vezzi cantaba la romanza de Nespoli: ¿por qué, si el barítono, como creía Ricciardi, no había sido el ejecutor del asesinato? ¿Y por qué lloraba? Según la experiencia de

Ricciardi, aquello no era frecuente; la muerte violenta y repentina no dejaba sitio para la emoción. Las lágrimas debían de ser anteriores. Y entonces, ¿por qué lloraba Vezzi cuando lo mataron? El comisario echaba frecuentes vistazos al reloj: tenía una cita con una persona que no sabía que tenía una cita con él y no podía retrasarse.

El viento soplaba con más fuerza y aullaba bajo el pórtico del San Carlo. En una esquina, con el cuello levantado y el cabello revuelto, Ricciardi se preguntaba cómo sería aquel lugar sin aquel silbido insistente. Prácticamente, casi todas las veces que había estado por allí en los últimos tres días, el viento no había amainado nunca. Cuando no pasaban los escasos automóviles o los rechinantes tranvías, se oía a lo lejos el fragor del mar.

No llevaba mucho esperando cuando por el portón que daba a los jardines salió la persona que esperaba, acompañada de otras dos mujeres que Ricciardi reconoció: Maria y Addolorata. Observó la silueta menuda de la joven con la que quería hablar. Qué error de juicio cuando la vio por primera vez: insignificante, agobiada bajo el peso de la percha de la que colgaba el traje de payaso. La mirada clavada en el suelo, los hombros caídos. La mujer que había detenido el corazón de Vezzi y robado el de Nespoli, la dueña de aquel cabello rubio y largo prendido en el batín hallado en la pensión del Vomero, la que había vivido con el pobre barítono y lo había echado de casa en Navidad, al iniciar la relación con el adinerado tenor: Maddalena Esposito, para servirlo, comisario.

En cuanto lo vio, la mujer se detuvo. Tal vez por un instante pensara incluso en huir, pero luego se despidió apresuradamente de sus compañeras y fue a su encuentro. Cuando estuvo delante de él lo miró a los ojos: los de la mujer eran azules, fuertes y luminosos. Era muy hermosa, Ricciardi no se dio cuenta hasta ese momento; no podía haber ocurrido de otro modo, pensó, puesto que no le gustaba aparentar. Solo cuando le convenía, si le convenía.

—Buenas noches, comisario. Qué sorpresa, usted por aquí.

—Buenas noches, señorita. ¿Damos un paseo?

La mujer se mostró intrigada.

—Su visita es oficial, ¿o no?

—Depende de usted. Diría que no.

Maddalena asintió, se volvió en dirección a la plaza y echó a andar.

Recorrieron en silencio un centenar de metros. Ricciardi sabía que debía ser el primero en mostrar sus cartas; de lo contrario, la mujer se habría escudado en la confesión de Nespoli. No era su intención subestimar la inteligencia de Maddalena, pues había conseguido disimular desde el principio el papel que había tenido en los hechos.

—¿Puedo invitarla a un café? Con este viento es difícil hablar.

Maddalena le lanzó una mirada veloz y asintió. Se cubría el pelo con un pañuelo

oscuro y el cuello y la boca con una bufanda áspera; llevaba un sobretodo negro y liso, vuelto con sus hábiles manos de modista. Dentro de la Galleria Umberto encontraron un café abierto y se sentaron a una mesita apartada.

La mujer se quitó el sobretodo y el pañuelo, los dobló ordenadamente y se los colocó sobre el regazo. Ricciardi se la quedó mirando largo rato. Tenía manos finas y delicadas, como las facciones; el pelo, peinado hacia atrás y recogido, era de un color dorado natural, igual que las cejas, y la piel morena ofrecía un contraste insólito y agradable. Sin embargo, lo más sorprendente eran sus ojos, de un azul profundo, moteados de amarillo; recordaban los de un gato. Al verlos, el comisario comprendió por qué la mujer bajaba siempre la mirada y ponía sumo cuidado en no fijar los ojos en su interlocutor, pues jamás habría pasado inadvertida.

—Podría fingir y decirle que Nespoli mencionó su nombre. O podría interrogarla hasta inducirla a confesar, no creo que pueda pagarse un abogado lo bastante hábil para defenderla de las acusaciones del tribunal. Pero he mirado a los ojos de su hombre y quiero respetar su voluntad. Sé lo que ocurrió, lo tengo claro. No puedo permitir que por semejante mentira ese muchacho vaya a la cárcel y pase allí treinta años por algo que no hizo, o que no hizo solo. Así que quiero entenderlo. Debe usted explicármelo.

Clavó sus ojos verdes y cristalinos en los azules y luminosos de la muchacha: dos conciencias, dos inteligencias enfrentadas. Sin disimulos, sin pretextos.

La mujer se posó una mano en el vientre con suavidad.

—Usted lo sabe...

Una afirmación, no una pregunta. Él asintió.

—Me llamo Esposito porque me abandonaron al nacer. ¿Sabía que la mayoría de los niños abandonados mueren? Solo sobreviven los fuertes, comisario. Los muy fuertes. Estuve enferma, pasé hambre, me dieron por muerta una decena de veces; nadie habría lamentado demasiado mi pérdida. Pero luché con uñas y dientes para seguir viva. Todos se extrañaban de que aquella niña pequeña como una ratita se aferrara tanto a la vida. Y como quería vivir, aprendía. A leer y escribir, me ponía al lado de la monja que llevaba las cuentas; no me hablaba siquiera, pero yo observaba. A coser, me ponía al lado de otra monja que remendaba una y otra vez los mismos faldones. Y ayudaba, mientras las demás jugaban o se morían a causa de las enfermedades. Y el hambre, no quiero mencionarle siquiera lo que llegué a comer de niña con tal de seguir viva. Las cosas más asquerosas.

Ricciardi la miraba y reflexionaba. Ahí estaba, el hambre, esa vieja enemiga.

—Las otras se morían, hasta las que parecían fuertes. De viruela, de cólera. De tifus, de difteria. ¿Qué otras enfermedades quiere que le mencione, comisario? Se las puedo describir mejor que un médico. Hasta que un buen día me sentí preparada y me fui. Sin dar las gracias, sin llevarme nada. ¿Y qué iba a llevarme? No tenía nada. ¿Y

para qué iba a dar las gracias? No me habían dado nada. Dormí en la calle, comí con los perros, me defendí. Ni en el burdel me quisieron, demasiado flaca, con cara de muerta de hambre. Pero algo sabía hacer, sabía cortar y coser. Con la izquierda.

Levantó la mano y la miró como si se tratase de un trofeo, de una medalla. A Ricciardi se le estremeció el corazón al pensar en una pequeña mano que bordaba.

—Trabajé con un viejo sastre, y el muy cerdo se aprovechaba de mí. Yo lo dejaba hacer hasta que terminaba, había que comer. Dormía en el portal de la tienda. Y un buen día entró en el taller la señora Lilla; necesitaba un corte de tela de un color que había visto en el escaparate. Le bastó un instante, una mirada. Tiene mucho ojo, la señora Lilla. Se dio cuenta de que yo valía, que trabajaba mucho y que aquel hombre era un puerco. Me llamó aparte. Al día siguiente empecé a trabajar en el San Carlo.

Lo dijo como si hubiese entrado en el Paraíso. A su pesar, Ricciardi veía las imágenes de la vida de aquella mujer y sintió pena. Pero en su mente, la figura de Vezzi cantaba y lloraba por los años que todavía le quedaban por delante y que no llegaría a vivir.

—Y me encontré con la luz, el calor, la música. Yo nunca había escuchado música, comisario. Algún organillo, la radio a través de los balcones abiertos en verano. Pero la música del teatro, nunca. Te llega al alma, hace que te sientas viva. Y además reían, bailaban. ¡Y encima me pagaban para vivir en esa fiesta! ¡A mí, que hasta el día anterior me disputaba la comida con las ratas y los perros! No me habría ido nunca, trabajaba hasta tarde, por la mañana era la primera en llegar. La señora Lilla le habló a un amigo suyo, que conduce un coche de caballos, y tenía un cuarto disponible en un desván, en la zona de los Quartieri. ¡Una casa! Me sentía como una condesa.

A la mujer se le pusieron los ojos soñadores, como si estuviese contando un cuento de hadas. Ante ella humeaba la taza de café, no había tomado ni un sorbo.

—Y así fue mi vida durante dos años. Soy muy buena en mi trabajo, comisario, la mejor. Pero no quería echarlo todo a perder con ostentaciones, me parecía bien así. Ayudo a las otras cuando no saben hacer algo; los trabajos más complicados me los quedo yo y así todos me aprecian. Hago lo posible para que nadie se fije en mí, porque ya lo sé, es algo que he aprendido muy bien a lo largo de mi vida: si se fijan en ti, tarde o temprano, te la juegan. Y así fue.

Una sombra veló el embeleso de sus maravillosos ojos azules, como un nubarrón repentino en el cielo. Maddalena suspiró y siguió con su historia.

—Conocí a Michele una noche, cuando regresaba del trabajo muy tarde. Al día siguiente representaban *La Traviata*, los trajes de la escena de la fiesta son complicados. Lo encontré tirado en el suelo, en el portal, un poco más y lo piso. Parecía muerto. ¿Qué podía hacer? Yo misma estuve a punto de morir de hambre, tendida en un montón de portales. ¿Pasaba de largo y lo dejaba morir para no

meterme en líos? No. No hubiera podido pegar ojo el resto de mi vida. Así que lo ayudé. Lo subí a mi cuarto. En otros barrios, en otras casas no me lo habrían permitido. Pero aquí, en esta ciudad, no se ofenda usted, comisario, la mala gente suele ser mejor que los polizontes. La gente pobre, la que escapa, la que tiene hambre, es generosa. Así que si Michele sigue vivo, es gracias a mí. Y a los vecinos del edificio y a los de nuestro callejón. Y a los del barrio. Y él lo sabe, lo sabe bien. Eso es lo que vio usted en sus ojos.

Ricciardi conocía de sobra los equilibrios de la ciudad. Era dolorosamente consciente de lo que la mujer decía y de la imposibilidad de cambiar el estado de las cosas.

—Todo fue natural. Michele es apuesto, dulce y bueno. Él también ha sufrido mucho y sigue sufriendo. Se curó y se quedó conmigo. Lo quiero y él me quiere, y para los dos es la primera vez. Y entonces hablé con la señora Lilla, que habló con Lasio, el director de escena, que habló con el director de la orquesta, el maestro Pelosi. Nadie sabía lo nuestro, yo dije que una amiga mía lo había oído cantar en una taberna. Lo contrataron enseguida, en cuanto oyeron esa voz de ángel que tiene.

Se notaba el orgullo en el tono de Maddalena. Ricciardi trataba de adivinar el sentimiento que Nespoli inspiraba a aquella mujer. Estaba unida a él, sin duda; pero no la hacía vibrar.

—Si se hubieran enterado de que vivía amancebado, no lo habrían contratado. Ése es el ambiente del teatro, comisario. Así que se buscó algo por su cuenta.

—Y fíjese usted qué casualidad, lo encontró justo cuando usted conoció a Vezzi.

La mujer acusó el golpe; apartó un momento los ojos y luego, desafiante, volvió a fijarlos en el comisario.

—Sí, cuando conocí a Arnaldo Vezzi. El padre de mi hijo.

Una ráfaga de viento recorrió la Galería y sacudió la cristalera del café.
—¿Está usted segura?

Maddalena sonrió con tristeza.

—A una como yo hay que preguntárselo, ¿no? Una como yo puede quedar preñada de cualquiera. Del primero que pasa por la calle. Su novia seguro que no, ¿verdad? A su novia seguro que no le haría semejante pregunta.

Ahora fue Ricciardi quien sonrió con tristeza.

—No, no se la haría. Ni esta ni ninguna otra. Perdóneme. Prosiga.

—Ése día a la señora Lilla le dolía la espalda. En realidad no era verdad; con Vezzi quería tratar lo menos posible. Nadie quería tratar con él. Aquélla vez que vino a Nápoles, hará cosa de dos años, creo, hizo que echaran a dos personas porque, según él, eran inútiles. Era así. Solo existía él. Debíamos tomar las medidas de los trajes para *Pagliacci*, había que comenzar a prepararlos. Siempre trabajamos así, con dos o tres meses de antelación; en Navidad empezamos con Vezzi, y en enero vino el resto de la compañía. Era un hombre muy minucioso, quería verlo todo, el montaje, la utilería, todo. Especialmente sus trajes.

»Cuando llegó, yo estaba hablando con Michele, en la puerta del teatro. Me acuerdo como si fuera ahora. No lo había visto nunca; bajó del coche acompañado de otros dos, era alto, corpulento, llevaba sombrero y bufanda. No era apuesto, pero era rico. Se notaba, comisario, un hombre rico, rico en dinero y rico en poder. Un hombre que podía hacer todo lo que quería. Todo. En cualquier momento. Se fijó en nosotros al entrar; en mí y en Michele. En mí. Y sonrió, una sonrisa salvaje. Conozco esa sonrisa, comisario. Antes de tocarme, los hombres sonríen de esa manera. Cuando comprenden que una no tiene por dónde escapar.

—¿Y Nespoli no la miraba así?

—No. Michele, no. Michele me trata como si fuera una princesa. Para él soy una princesa. Siempre lo he sido. Fue Michele quien me dijo que era Vezzi. Le temblaba la voz de emoción. Me suelta: «¿Sabes quién es ése? Es Vezzi, el dios de los tenores». Tal cual, el dios de los tenores. Y se comportaba como un dios, comisario. Si quería una cosa, la tomaba y después, cuando ya no la quería, la tiraba. Y cuando no tenía que quitarle a otro lo que se le antojaba, no le interesaba.

—Y a usted la había visto con Nespoli.

—Sí, me había visto con Michele. Y después me lo dijo, que había visto cómo nos mirábamos, cómo me miraba él a mí, mejor dicho. Me dijo que «el muchacho tenía la mirada ardiente, como si fuera a comerte». Y él, el dios, no podía admitir que en su presencia un hombre mirara así a una mujer, porque él debía ser el único. Los perros vagabundos se comportan así, tuve que vérmelas con algunos en la calle. Él

era así. Peor que un perro. Los perros no ríen.

—¿Y qué ocurrió después?

—Que la señora Lilla me mandó a mí al camerino de Vezzi a tomarle las medidas. «Ve tú, Maddalena», me dijo, «que si voy yo a ver a ese loco malcarado, acabarán echándome del teatro». Y lo que son las cosas, conmigo fue muy amable. No se tomó ninguna libertad, no puso las manos donde no debía. Pero habló, habló mucho. Me dijo que estaba solo y triste. Que llevaba años sin hablar con su esposa. Que a pesar de estar rodeado de tanta gente, no había una sola persona que lo quisiera de veras. Que si algún día llegaba a tener la suerte de contar con una mujer de verdad a su lado, no la dejaría nunca más. Que quería un hijo.

Inesperadamente, Maddalena lanzó una carcajada. Una carcajada sombría, en la que se celaba el llanto. Ricciardi miró por la cristalera.

—Quería un hijo. Dijo que el suyo se le había muerto porque su mujer no lo cuidaba, no se había dado cuenta a tiempo de que tenía muchísima fiebre. Tenía un talento enorme, comisario. Qué talento tenía para interpretar. Tal vez, de tanto cantar en el teatro, llegó a pensar que la vida era pura representación. Como un juego. Y yo, Maddalena la lista, la que había sobrevivido al hambre, a la sed y a las enfermedades, la que había peleado con los perros, con las ratas y los hombres, caí en la trampa. Al día siguiente avisé de que no me encontraba bien, a Michele le dije que iba a ver a una vieja monja que había enfermado, y pasé el día en el Vomero, con él. Y también el día siguiente. En aquel cuarto del Vomero nos olvidamos del mundo.

—La pensión Belvedere.

Maddalena esbozó una sonrisa fatigada.

—También eso sabe usted. ¿Ha entrado en la habitación, la ha visto? Entonces también sabrá que fui feliz, el único lugar de mi vida donde he sido realmente feliz. Me decía que era su hada rubia, me acariciaba los ojos y el pelo. Me decía que había terminado de sufrir, que iba a dejar a su mujer y a todo el mundo para estar conmigo. Que me lo regalaba a mí, el mundo.

—Y usted se lo creyó.

—Sí, me lo creí. Porque quería creer. Porque esas cosas ocurren, también en la vida. Una compañera se casó con un comerciante de ferretería; vivía encima de un burdel en el barrio de Sanità y ahora vive como una señora y si nos ve por la calle, finge no conocernos. ¿No podía ocurrirme también a mí?

—Y Nespoli, ¿no pensó usted en él?

Maddalena hizo una mueca de dolor, como si hubiese notado una punzada.

—Michele..., dos pobres desgraciados, Michele y yo. ¿Qué futuro podíamos tener? Y si hubiese tenido éxito, ¿adónde iba a ir con alguien como yo a su lado? ¿Qué futuro nos esperaba a los dos? Además yo no era suya. Yo era de Arnaldo, desde el momento mismo en que se había fijado en mí. Cuando se marchó, me dijo

que pondría orden en sus asuntos y luego volvería a buscarme. Me pidió que mientras tanto no le contara nada a nadie, que si no su mujer, que conocía gente importante, habría hecho lo imposible por impedir que viviéramos juntos. Que fuera discreta y tuviera paciencia. Y tuve paciencia. Creí en él. Pensé que era un hombre duro porque estaba solo y que a mi lado se iba a convertir en el hombre más dulce del mundo. Lo vi partir y regresé a mi vida de siempre. Pero ya no me bastaba.

—Nespoli incluido.

—Incluido Michele, sí. Todo me parecía... poco, vacío. Incluso las cosas que antes me parecían el cielo en la tierra. Pensaba en joyas, en abrigos de piel. Pero más que nada, pensaba en Arnaldo, un príncipe que hacía que me sintiera como una reina. Y Michele... Michele quería casarse conmigo. No tuve valor para decirle que no era posible, me daba miedo. Michele es un hombre peligroso, tiene un carácter especial, se pone violento. Le dije que era mejor que esperásemos a que le llegara el éxito.

—Y entonces descubrió usted que...

—Sí, un mes más tarde. ¡Qué felicidad, comisario! Pensé que le volvería a dar a Arnaldo el hijo que había perdido, que le regalaría una familia y la felicidad. No lo busqué, no le escribí. Sabía que llegaría, que la representación sería por estas fechas, así que esperé. Esperé para decírselo yo, quería ver qué cara ponía. Por nada del mundo me lo habría perdido.

—Cuando él vino, ¿fue a verlo enseguida?

—Sí. El segundo día que estuvo aquí para preparar el ensayo general, me acerqué a él. Me dijo que debíamos tener cuidado, que el secretario lo vigilaba, que era espía de su mujer, que nos veríamos al día siguiente, el día del ensayo, en la pensión Belvedere. Le dije qué tranvía debía tomar, porque si iba en coche de punto o en taxi todos se enterarían. Y nos vimos allí.

—¿Se lo dijo usted entonces?

—No. Estaba cansado, nervioso. Me dolía decírselo estando él así. Era algo tan hermoso, tan importante, que no quería echarlo a perder. Se durmió y cuando despertó era tan tarde que por poco no llega al ensayo general. Me despedí y le dije que lo amaba. Después nos fuimos al teatro por separado.

Ricciardi se inclinó hacia adelante, consciente del hecho de que se encontraba ante el quid de la cuestión.

—Y así llegamos a la noche del veinticinco.

Maddalena se estremeció perceptiblemente y echó un vistazo a su alrededor. Después miró a Ricciardi mientras volvía a tocarse el vientre.

—Debo saber qué quiere hacer usted, comisario. No puedo pensar solo en mí. No permitiré que mi hijo nazca en la cárcel. Ya sabe lo que pasa después. Lo entregan al orfanato y si llega a vivir, le espera la misma vida que tuve yo. Y no es eso lo que quiero para mi hijo. ¿Qué hacemos?

Ricciardi sabía que Maddalena tenía razón y que su hijo era inocente. Pero pensaba en Nespoli y en la lágrima que le había surcado la mejilla esa misma mañana. Y en las lágrimas de Vezzi. ¿Acaso podía conceder el perdón en nombre de ellos?

—Yo no quiero que ese niño nazca en la cárcel, que lo sepa usted. Pero tampoco quiero que un inocente pase treinta años encerrado por el mero hecho de amar a una mujer. Que lo utilizó.

Maddalena se sonrojó.

—Yo solo quería proteger a mi hijo. Quería darle una vida mejor.

Ricciardi no había apartado la vista de sus ojos ni un solo instante.

—Prosiga.

Siguió un momento de silencio. La mujer sabía que el comisario no soltaría a su presa hasta averiguar la verdad. No le quedaba más remedio que contarle lo sucedido y confiar en el atisbo de humanidad que percibía en el fondo de aquellos ojos verdes que parecían de cristal. Con el pensamiento retrocedió tres días y por enésima vez revivió su dolor.

—Fui directamente a su camerino. Ya se había maquillado. ¡Qué raro parecía con cara de payaso! No es que no me gustara. Siempre me gustaba.

»Me sonrió, nervioso. Parecía distante. Pensé que sería por la ópera. El gran cantante es grande porque siempre está tenso antes de medirse de nuevo con su propio talento. Lo miré y también le sonreí. Entonces se lo dije. Así, sin más, que íbamos a tener un niño. Me miró, con la borla para empolvase la cara en la mano, parecía no haber comprendido. Después arrugó la frente y me preguntó por qué no había puesto cuidado. No lo entendí, ¿no era acaso lo más bonito del mundo? ¿No era tan feliz como yo? Me dijo que no había de qué preocuparse, que me daría el dinero. No entendía, ¿de qué me estaba hablando? ¿De matar a nuestro niño? ¿No había perdido ya a su hijo?

»Me agarró del brazo con fuerza, me hizo daño. Me gritó que cómo me atrevía a hablar de su hijo. Le recordé sus promesas, que había sido él quien dijo que íbamos a vivir juntos para siempre.

»Entonces me soltó el brazo, retrocedió y se echó a reír. Primero, despacio. Una risita como cuando se piensa en algo cómico. Después, cada vez más fuerte, una carcajada indecente, vulgar. Y jadeando dijo: «Yo, contigo..., juntos..., uno como yo con una como tú..., les presento a mi nueva esposa, Madama Hilo y Aguja... mi hijo, el hijo de la modista...», y no paraba de reír, se había inclinado hacia adelante...

... inclinado hacia adelante, las rodillas dobladas...

—Parecía haber enloquecido. Tendía la mano hacia adelante, como si quisiera alejarme porque lo hacía reír...

... la mano tendida, como si quisiera alejar a alguien...

—Y siguió riendo, riendo, reía de tal manera que se le saltaron las lágrimas. ¡Lloraba de risa!

... las lágrimas le surcaban la cara...

—¡Y no paraba de reír! Y me di cuenta de que lo que sentía por él iba cambiando. Me di cuenta de su falsedad. Y del escenario me llegó el canto de Michele, sentí su amor y la risotada del payaso que tenía ante mí. Y entonces el odio corrió por mis venas, envenenándome.

Io sangue voglio, all'ira m'abbandono, in odio tutto l'amor mio finì...

—Y mi mano agarró las tijeras que llevaba colgadas del cuello, mis tijeras de modista. Se las clavé una sola vez, con fuerza, en la garganta. No sé si quería matarlo. Tal vez solo quería que parara de reírse.

Un golpe con las tijeras. Eso faltaba, cuando te vi. Aestado con la mano izquierda, porque eres zurda como mi Enrica, por tanto, a la derecha, en el cuello del payaso que tenías delante. En la carótida...

—Y así fue, dejó de reírse. Farfullaba, con la mano en la garganta, aquella garganta tan preciosa. Me senté en el sofá, bajo el chorro de sangre. Quería ver cómo muere un payaso.

El cojín era lo único limpio. Te habías sentado encima. Para ver morir al payaso. Io sangue voglio...

—Entonces, como en sueños, abrí la puerta para irme. En ese momento, Michele salía de escena. No sé si Dios existe, comisario. Pero es extraño que en ese preciso momento, con el trajín que hay en los camerinos durante la representación, fuese justamente Michele, mi Michele, el único que me vio. Y vaya si me vio, tenía la bata empapada de la sangre de Vezzi, en una mano llevaba las tijeras con la cinta rota, los ojos entornados. De un empujón me metió de nuevo en el camerino.

»Al ver la escena comprendió. Vezzi casi se había desangrado del todo, pero seguía vivo. Entonces Michele le dio un puñetazo en la cara...

Hematoma demasiado pequeño para producir fractura, había dicho el médico; la víctima se había desangrado...

—Me ordenó que me quitara la bata sucia. Envolvió las tijeras en la bata, rompió el espejo y colocó a Vezzi en la silla. Eligió la esquirra más afilada y se la hundió en la herida del cuello, hasta el fondo, sosteniéndola con la bata sucia. Yo lo miraba como si estuviese asomada a una ventana. Después me dijo que esperara allí y que cerrara la puerta con llave. Del armarito sacó el abrigo, la bufanda y el sombrero de Vezzi y se los puso. Recogió la bata y las tijeras y las escondió debajo del abrigo. Y saltó por la ventana.

Para hacer desaparecer todo rastro de la escena del crimen. Para que nadie pensara que podías haber sido tú...

—Lo esperé junto al muerto. Me parecía estar soñando. Un minuto más tarde, o tal vez un año, al otro lado de la puerta, oí que Michele me llamaba en voz baja. Le abrí y entró.

Después de cruzarse en las escaleras con el padre Pierino, que lo confundió con Vezzi...

—Me dijo que necesitaba cambiarse de zapatos porque los llevaba sucios de barro, de lo contrario iba a dejar las huellas en el escenario, donde debía volver poco después. Entonces me desperté, comprendí que debía darme prisa, que podía salvar a mi hijo de la ruina. Ésta vez él me esperó en el camerino y yo subí a la cuarta planta. Dije que venía directamente del convento de la monja enferma y le pedí a Maria que me prestara su bata.

Una bata que le sobraba por todas partes, lo recuerdo...

—Cogí los zapatos y los bajé. Nadie se fija en nosotras, las modistas, cuando vamos de aquí para allá. Los escondí debajo de la bata, que me venía grande. Michele se puso unos zapatos limpios y me dio los sucios, y volví a subir para dejarlos en su sitio. De las llaves se ocupó él.

La puerta cerrada, abierta a patadas por Lasio...

—Después cogí el traje y le dije a la señora Lilla que ya lo había terminado. Le había hecho el último ajuste, el último corte.

El último corte.

Ahora que Maddalena se había callado, el viento daba la impresión de soplar con más fuerza. El tiempo parecía haberse detenido. La mujer miraba ante sí y veía sus fantasmas; la mano posada sobre el vientre la mantenía ligada al presente.

Ricciardi se movió en la silla y llamó su atención.

—Atiéndame bien, señorita. Su destino, el de Nespoli y sobre todo el de su hijo están unidos para siempre. No pueden pensar en construir la vida de esa criatura sobre la mentira y el castigo de un inocente.

Maddalena seguía mirando el vacío.

—Conozco a un abogado que me debe un favor. Ya se ocupará él de defender a Nespoli. Si mantiene su versión actual, no tiene salida. Pero si la cambiara, quizá quede alguna esperanza.

La mujer se estremeció y miró al comisario.

—¿Una esperanza? ¿Para Michele? ¿Y cuál sería?

—El homicidio por razones de honor se castiga con una pena máxima de tres años de prisión. Mi condición para dejarla en libertad es que diga que Nespoli intervino porque Vezzi intentó forzarla y usted pidió ayuda.

—¿Y yo? ¿Y mi hijo?

—A usted no le pasará nada. Es la víctima. El ocultamiento de pruebas recaerá en Nespoli y en su condena. Debe declarar que iba usted a casarse, que se lo dijo a Vezzi cuando le hizo las primeras proposiciones a las que usted se opuso con firmeza. Que no lo dijo enseguida por miedo, porque está en estado de buena esperanza, y el hijo es de Michele.

Maddalena se sobresaltó.

—¡Pero no es verdad y yo lo sé!

—Créame, señorita, su hijo saldrá ganando. Por lo demás, no tiene usted otra salida. La alternativa es ir a la cárcel.

La mujer agachó la cabeza bajo el peso de la situación. No tenía elección.

—Comprendo, comisario. Es justo, así debe ser. Esperaré a Michele. Pero ¿se lo creerán los jueces? Vezzi era un hombre importante y nosotros somos unos pobres diablos. ¿Qué esperanza tenemos?

Miraba a Ricciardi. Y de repente, de sus ojos azules y luminosos empezaron a brotar unos lagrimones.

Mientras bordeaba el Palazzo Reale, Ricciardi pensaba en el hambre y el amor. En esta ocasión, los dos viejos enemigos se habían unido para perpetrar su crimen. Había dejado a Maddalena, frágil y sola, la rubia cabeza envuelta en el pañuelo, tras hacerle

prometer que al día siguiente, al salir del trabajo, se presentaría en la oficina del abogado; ya se encargaría él de ponerlo al corriente de los hechos. Y no costaría nada. Después decidió que la larga jornada todavía no había concluido.

El cielo estaba despejado gracias al viento; la luna y las estrellas alumbraban la calle desierta, mientras las luces que colgaban sobre el centro de la calzada se agitaban impetuosas. El amor. Enfermedad a veces mortal, pero necesaria. Tal vez no sea posible vivir sin él, pensaba Ricciardi mientras avanzaba con las manos en los bolsillos del sobretodo. Desde los callejones oscuros había ojos que lo miraban, lo reconocían y decidían que no era la presa ideal para el último atraco del día. El comisario llegó a la esquina de la via Partenope, a la izquierda vio las altas olas romper contra la escollera. Y a la derecha, los grandes hoteles.

En la cocina de su casa, Enrica había terminado de lavar los platos con su meticulosa atención de siempre. Había comprobado, en varias ocasiones, que en la ventana de enfrente las cortinas estaban corridas. Ésa noche la congoja le oprimía el corazón y no sabía por qué. Se sentía sola, abandonada. ¿Dónde estás esta noche, amor mío?

Livia observaba la ira del mar desde la ventana de la tercera planta del hotel Excelsior. Fumaba y pensaba. Al día siguiente se marcharía de la ciudad e intentaría retomar su vida; una vez más. ¿Encontraría la fuerza necesaria? Observó fugazmente la maleta ya hecha. ¿Qué me llevo de aquí? ¿Y qué dejo en esta ciudad donde el mar aúlla bailando con el viento?

Su pensamiento no fue para Arnaldo; tuvo la sensación de no haberlo conocido nunca. Dibujados por el humo vio otra vez los ojos verdes, febriles. El orgullo, el desencanto de esos ojos. La soledad y la necesidad de amor en el fondo del alma. Y el dolor, ese inmenso dolor. ¿Por qué no me permitiste mitigar ese dolor? Dio la última calada y contempló otra vez el mar embravecido. En la espuma de las olas que llegaba hasta la calle, vio una silueta caminando de cara al viento y la reconoció. El corazón le dio un vuelco.

En la recepción del hotel, el portero no quería avisar a la señora Vezzi. Aquél hombre despeinado y mojado, con los ojos verdes ardientes de fiebre, daba miedo. Estaba pensando en llamar a dos botones para que lo ayudasen a echarlo, cuando del ascensor bajó jadeante la señora. Livia tenía los ojos iluminados, brillantes. Se había echado el sobretodo encima del salto de cama, se había arreglado un poco la tupida y suave cabellera negra, se había puesto unos zapatos y había bajado. El corazón le martilleaba en los oídos, tenía la boca seca. Había acudido a ella.

Enrica se había sentado en un sillón y había cogido la caja con el bordado. Lanzó otra mirada a la ventana. Nada. La congoja no le daba tregua. Tenía ganas de llorar.

Ricciardi observó a Livia, estaba más hermosa que nunca. La mirada luminosa, los labios carnosos desplegados en una sonrisa. Le dijo que debía hablar con ella. Que era importante. Le preguntó dónde quería que hablaran; él contestó: «Caminemos».

En cuanto salieron, Livia se estremeció y se aferró al brazo de Ricciardi. Él empezó a hablar.

—A veces, la verdad no es la que parece. Es más, casi nunca lo es. En cierta manera se asemeja a la extraña luz de estas farolas, ¿sabes, Livia? —empezó Ricciardi, tuteándola por primera vez—. A veces alumbra aquí, otras allá. Nunca todo a la vez. Entonces debemos imaginarnos lo que no se ve. Hay que intuirlo por una palabra dicha o callada, por una huella, por una señal. A veces, por una nota.

»Los que nos dedicamos a este oficio tenemos otro ojo, somos capaces de ver aquello que los demás no ven. Y así ocurrió esta vez, Livia. No cuadraba que alguien como tu marido hubiese muerto a causa de un insulto, de una de sus ocurrencias. En realidad, no murió por eso. ¿Quieres saber por qué murió tu marido? Murió por culpa del hambre y del amor. Por eso murió. Ahora te lo cuento.

Livia oía la voz de Ricciardi en medio del rumor del viento y el mar. Ya no tenía frío. Ella recorría las calles oscuras, comía basura en los portales, en compañía de los perros callejeros y de las ratas. Aprendía a coser observando a una vieja monja. Quería cantar en un pueblo de montaña, en Calabria. Le pegó a un viejo profesor del conservatorio. Sentía cómo la manoseaba un maldito sastre repulsivo. Y en otra ocasión se dejó encandilar por un tenor rico y famoso. Llevaba en el vientre un hijo suyo, que seguía vivo, y todavía no había nacido. Y otra vez, toda aquella sangre.

La voz de Ricciardi mecía a Livia, que ni siquiera notaba las lágrimas que surcaban su rostro y se mezclaban con el agua de mar rociada por el viento. Caminaba aferrada al brazo fuerte y doliente, y desde el cuello levantado de aquel abrigo le llegaba todo el amor del sufrimiento ajeno.

—¿Lo comprendes, Livia? Si en el tribunal no hay alguien que declare quién era de verdad Arnaldo Vezzi, encerrarán a ese pobre muchacho en Poggioreale, de donde no lo dejarán salir nunca. Y la muchacha se quedará sola, porque en esta ciudad, a una mujer pobre y deshonrada ya no la quiere nadie. Y el niño irá a engrosar las filas del hampa, en el mejor de los casos, si no muere antes aplastado bajo un carruaje o consumido por las enfermedades.

Livia caminó un trecho más, luego le dijo al viento y al cuello del abrigo:

—¿Y qué podría hacer yo? ¿No comprendes que ahora soy la honorable viuda de

un gran hombre? Me convertiría en una vil ingrata que escupe sobre alguien que ya no puede defenderse.

—Piensa en el niño, Livia. Piensa en la posibilidad que tienes de darle a ese niño una familia y una esperanza de futuro. Si quieres, si te parece, piensa también en tu hijo, en lo que te pediría que hicieras si siguiera vivo.

La mujer apretó con fuerza el brazo al que se aferraba. Suspiró en medio del viento que le alborotaba el cabello.

—¿Y tú? ¿Qué hay para ti? ¿Tienes una esperanza de futuro? ¿Por qué no me das tu esperanza y haces que sea también mía?

Continuaron caminando en silencio hasta llegar nuevamente a la entrada del hotel. Tras la puerta de cristal, el portero los miraba perplejo.

Ricciardi se detuvo y miró con fijeza a Livia.

—No es mi hora, Livia. Ni mi lugar. Tienes derecho a ser feliz, tienes derecho a la suerte que te ha sido negada. Eres hermosa, Livia, y joven. Tienes derecho; yo todavía no.

Livia lo miró a través de las lágrimas y la humedad del mar, y le sonrió.

—De acuerdo. Declararé ante el tribunal. Lo haré por mi Carletto. Y por ti.

Y se quedó mirándolo, en medio del ruido del viento y el mar.

La mujer que bordaba notó que la congoja ya no le oprimía tanto el pecho. Incluso antes de levantar la vista sabía que las cortinas de la ventana de enfrente estaban corridas.

Sin dejar de bordar, Enrica sonrió.

Agradecimientos

Ricciardi debe dar las gracias a algunas personas por el hecho de estar aquí. En primer lugar a Francesco Pinto y Domenico Procacci, por su inteligencia lúcida y temeraria.

A Rosaria Carpinelli, porque su mano atenta está presente de la primera a la última palabra del texto; a Aldo Putignano, porque sabe volar manteniendo los pies bien firmes en la tierra.

Debe dar las gracias a Michele por su constante ayuda, a Giovanni y Roberto, porque le dan sentido a todo.

Por lo que a mí respecta, y no solo por Ricciardi, vaya mi más profundo agradecimiento a mi dulcísima Paola.



MAURIZIO DE GIOVANNI nació en Nápoles en 1958 ciudad en la que actualmente vive con sus hijos y su esposa Paola, fiel colaboradora.

Trabajaba como empleado de banca cuando con casi 50 años se apuntó a un curso de creación literaria humorística. Sus compañeros enviaron uno de sus relatos al concurso literario Tiro Rapido, patrocinado por Porche y celebrado en el Gran Café Gambrinus de Nápoles. Mientras estaba sentado pensando en qué escribir, una mujer se asomó a la ventana, sólo él la vio. Así nació Ricciardi un hombre que puede ver lo que los otros no ven. En principio como protagonista de un cuento ambientado en Nápoles cuando corrían los años 30 del siglo pasado, y el éxito de estas pocas páginas fue tan rotundo que el autor siguió trabajando.

Admirado por la crítica y el público italianos, y conocido ya en muchos países europeos, Maurizio de Giovanni es uno de los valores emergentes de la novela negra europea, digno compañero de Camilleri y Vázquez Montalbán.